

BUENOS AIRES VISTO DESDE UN AVIÓN

LA PLAZA COLÓN Y SUS ADYACENCIAS

ENERO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

FEBRERO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28

MARZO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	31				

ABRIL

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30		

MAYO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24 31	25	26	27	28	29	30

JUNIO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
	1	2	3	4	5	6
7	8	9	10	11	12	13
14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27
28	29	30				

JULIO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	

AGOSTO

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
						1
2	3	4	5	6	7	8
9	10	11	12	13	14	15
16	17	18	19	20	21	22
23 30	24 31	25	26	27	28	29

SEPTIEMBRE

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30			

OCTUBRE

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
				1	2	3
4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17
18	19	20	21	22	23	24
25	26	27	28	29	30	31

NOVIEMBRE

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30					

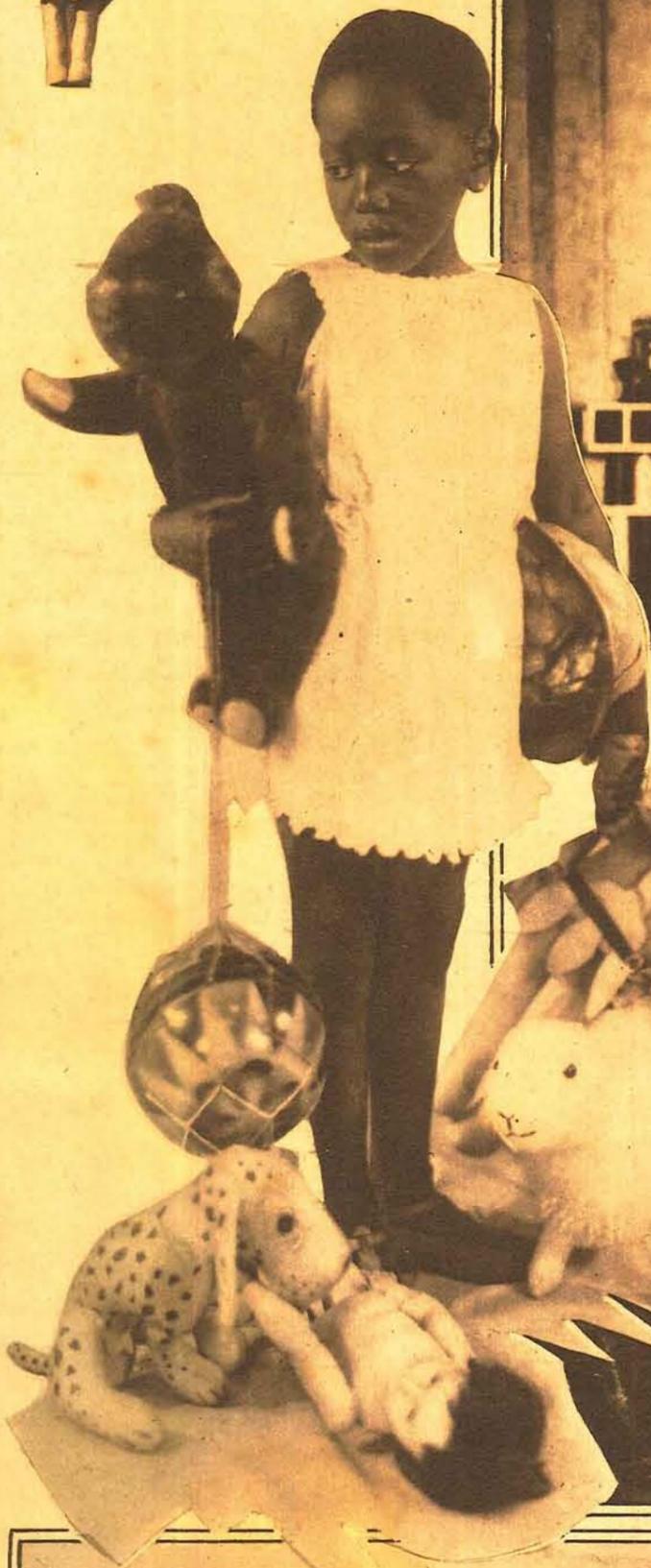
DICIEMBRE

Domingo	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado
		1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31		

LA NACION



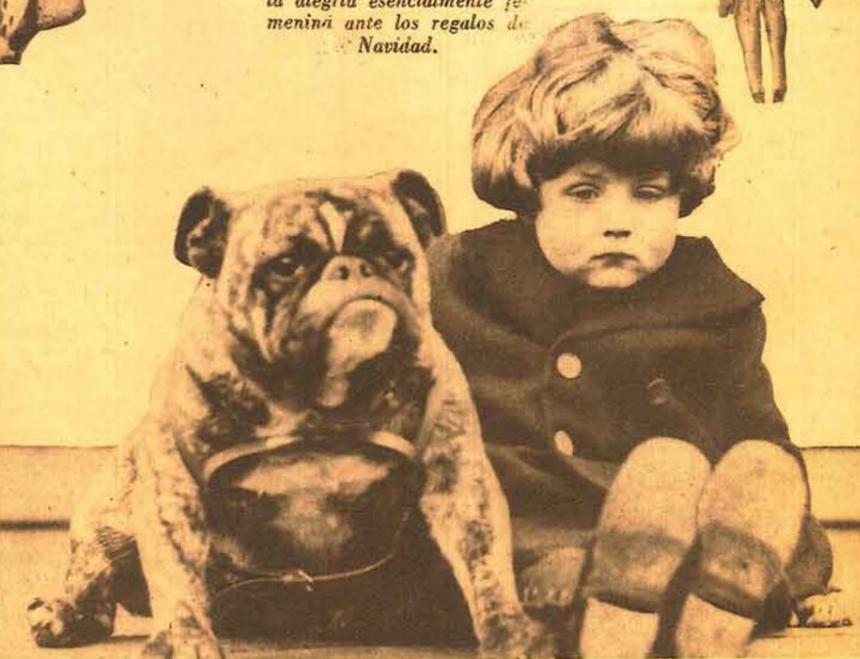
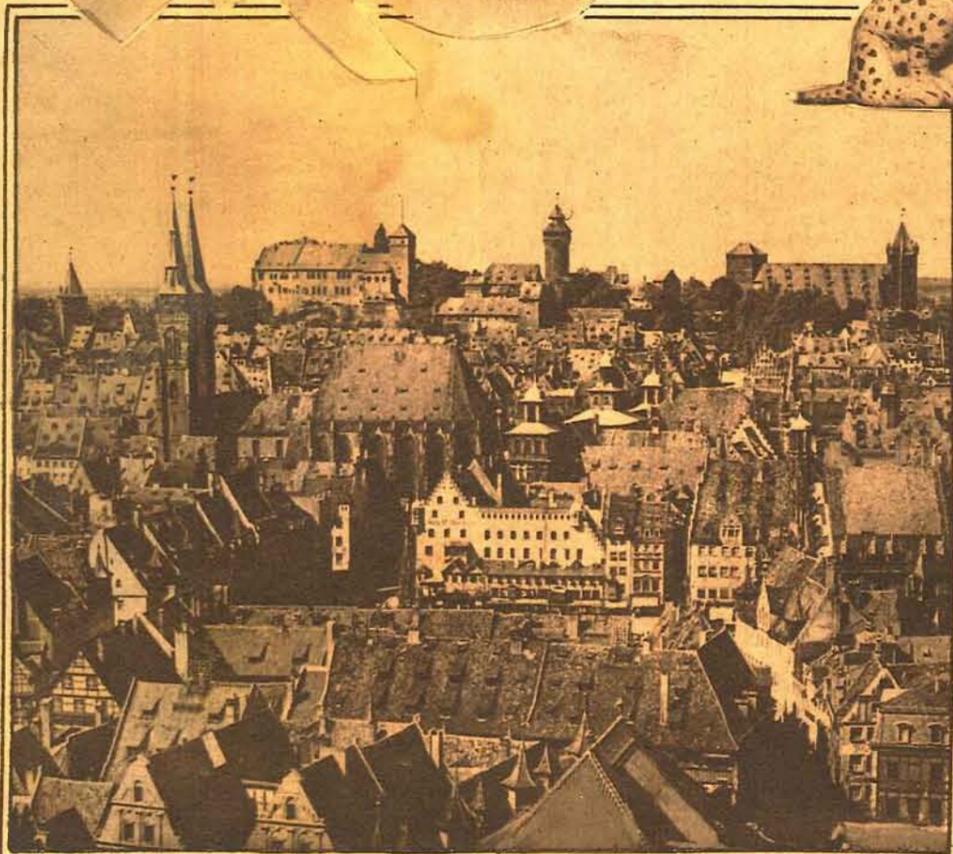
Navidad, día simbólico de sentimientos y de ilusiones. En todos los niños de todas las razas, los juguetes encierran la emoción más intensa.



Merry Xmas



Mary Kornman representa la alegría esencialmente femenina ante los regalos de Navidad.



Nuremberg, la ciudad alemana de los juguetes. Acaso los Reyes Magos hagan su mayor provisión en ella...



Puppy con su juguete viviente, que es a la vez un celoso guardián. Por lo menos, su aspecto no es muy tranquilizador.



La más bella contramaestre de la armada: Loretta Young, quien prueba su habilidad en transmitir un mensaje por semáforo.

En San Pedro, California, durante las maniobras navales: los reflectores en acción.



La indumentaria en el tennis?..

TRAJES amplios para facilitar el movimiento. Si la jugadora usa melena, lo mejor es actuar con la cabeza descubierta. Yo he recurrido al gorro debido a mi cabello largo. Creo que el turbante es pesado y da mucho calor, dificultando la acción. La visera de la Wills es práctica, sin duda alguna, pero yo jamás he acudido a ella por no serme molesto el sol. En una palabra: polleras amplias y blusas escotadas siempre en blanco porque alegra más. El color, en todo caso, en un gorro o en un saco.

M.A. de Calatayud



MARIA ADELA PESCE DE CALATAYUD, que el año pasado en compañía de la señora Analía Obarrio de Aguirre ganó el Campeonato Nacional de Damas y que durante el actual ha integrado el equipo de primera división del Buenos Aires Lawn Tennis Club, formando pareja con la señora Julieta Ezcurra de Dellepiane, actuando siempre con señalado éxito.



Susana Lenglen.



Lily de Alvarez.



Helen Wills.



Delia Belli de Caimi Garnendia.

Maria Adela Pesce de Calatayud.

Julieta Ezcurra de Dellepiane.

Nelida Giusti.

Analía Obarrio de Aguirre.

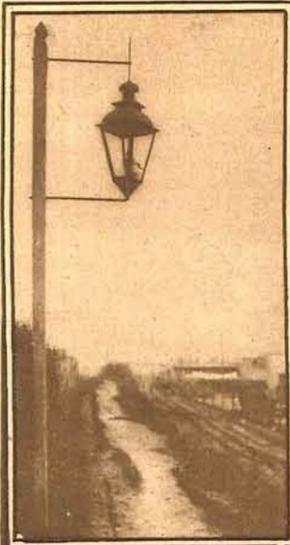
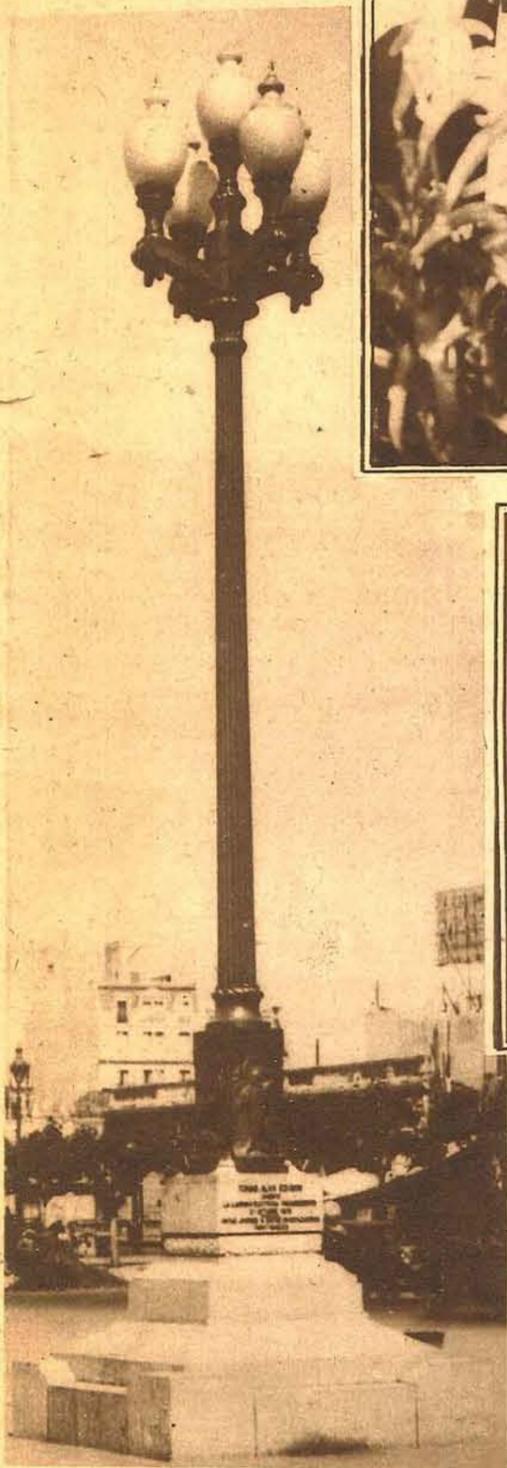
Leonilda Giusti.

Haydée Campos Urquiza.

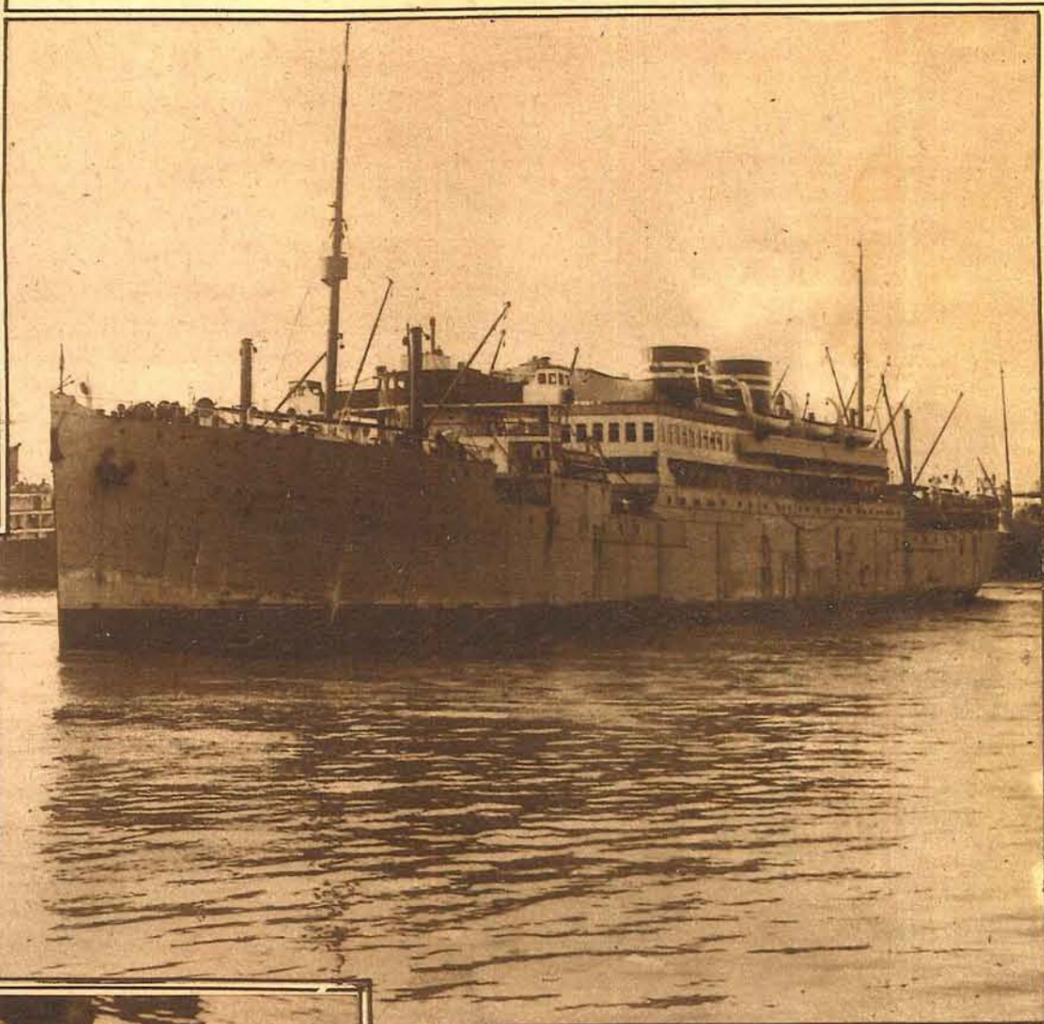
Gladys Wood Ruff.

ALGUNAS DE LAS ESTRELLAS DE NUESTROS "COURTS"

El nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi, consagró el enlace de la señorita María Bosch Alvear con el señor Esteban de Estrada, ceremonia de la que fueron padrinos doña Rosario Estrada de Estrada y el doctor Ernesto Bosch.



CONTRASTES PORTENOS.—La columna que se destaca por la potencia de sus lámparas y la sobriedad de su estilo ocupa un lugar de privilegio en plena avenida Callao. El modesto farol a kerosene del arrabal disimula, con su luz tímida, los defectos de la barriada que alumbra.



El Highland Prince, majestuoso en su grandeza de trasatlántico, conduce pasajeros de un lado al otro del Riachuelo quizá ha llevado, en su continuo ir y venir, tanta gente como aquél.

LAS CANAS

hay que hacerlas desaparecer, pero en forma inteligente, y ello sólo se consigue usando el **COLORANTE ALSINA**, pues su preparación eminentemente científica hace que sus tonalidades sean perfectas y siempre iguales, dando, así, al cabello la sensación del color natural.

CAJA \$ 7.— Interior \$ 7.50

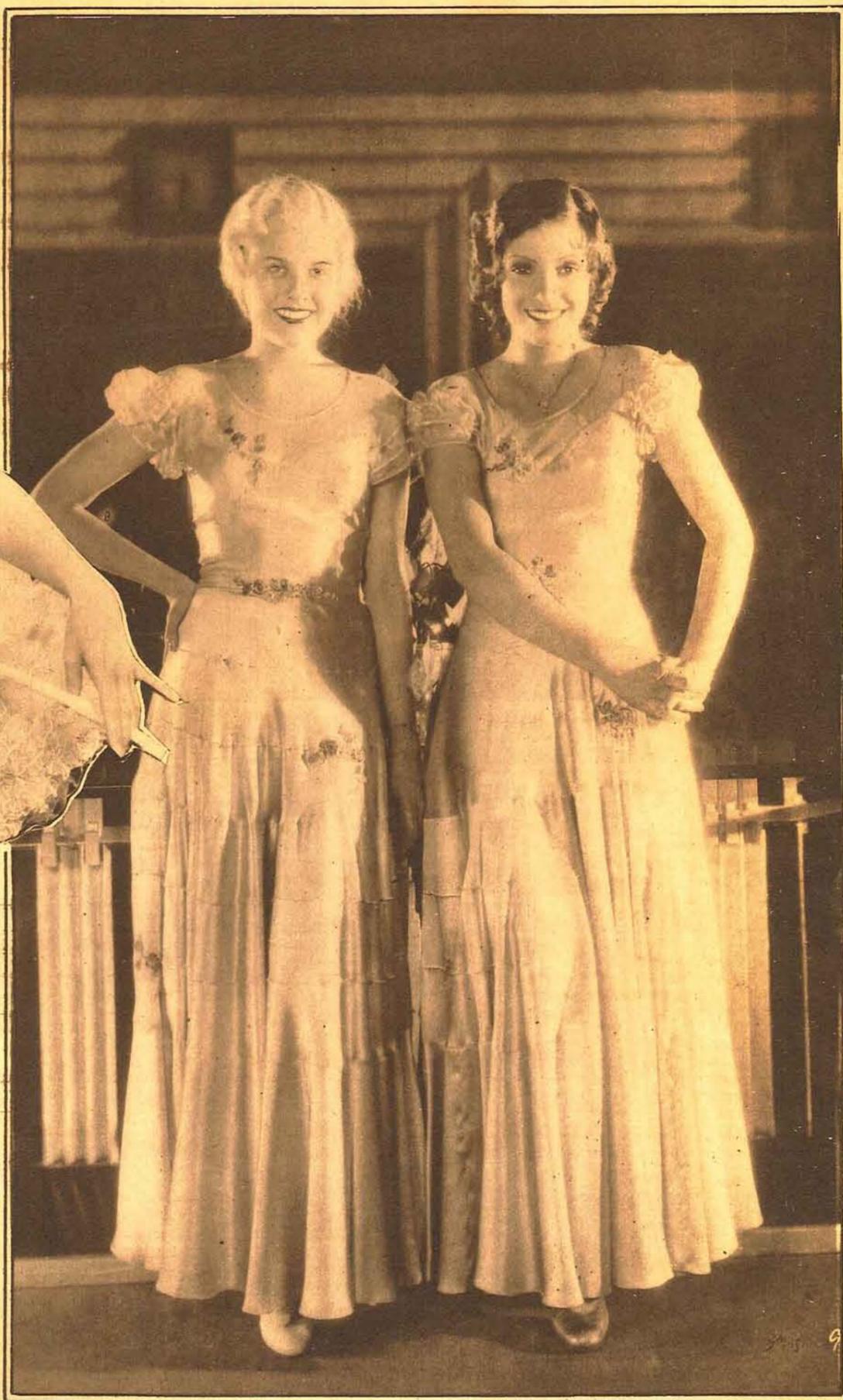
Para evitar falsificaciones exija la caja cerrada.

Aplicaciones y venta:

MAIPU 843 - U. T. 31 Ret. 0374



MARILYN MILLER,
de la First National
Pictures.



DOROTHY GRANGER,
de la
Metro - Goldwyn - Mayer.

¿Rubia o morena? La tan debatida cuestión parece imponerse en presencia de Joan Marsh y Conchita Montenegro, ataviadas de la misma manera para que el traje no ejerza ninguna influencia en el espíritu de los officiosos jueces.





Maria Mindszenty, primera bailarina de la Opera de Viena, idolo del público vienés que la considera la belleza rubia más perfecta.



El Rey Alfonso XIII, acompañado por el infante don Alfonso de Orleans, jefe de la aviación española y el general Kindelán, en el Aeródromo de Getafe, en Madrid, una semana antes de los últimos sucesos políticos.

Algo que Ud. nunca debe preguntar a su esposa

Por un esposo

No soy un esposo modelo — lejos de ello.

Soy olvidadizo, porfiado, egoísta. Por las mañanas al levantarme no lo hago de muy buen humor. Tiro las cenizas de mis cigarrillos en cualquier parte. Pero hay algo que ha hecho valorarme. Ocurrió la semana pasada.

Un agente de seguros me vino a ver. Un gran tipo. En quince minutos, me hizo conocer aspectos nuevos del seguro de vida. Más o menos me dijo: "Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible mientras viva, con el mínimo de molestias y preocupaciones". "Vd. no desea pagar alquiler toda la vida, espera alguna vez llegar a poseer su casa. Entre sus proyectos está poderse alejar alguna vez de sus actividades para gozar de un merecido descanso."

Me indicó como mi esposa, mis hijos y yo podíamos tener una renta garantida, en el caso de incapacitarme para trabajar. Me señaló como podía proveer para la educación de mis hijos, y como llegar a disponer de una renta al retirarme de mi trabajo. Además me mostró como podía hacer todas estas cosas sobre la base de mis entradas moderadas.

"Perfectamente", le dije. "Vuelva dentro de un par de días, voy a hablar con mi esposa del asunto."

Un asunto delicado

Y ahora viene la parte que ha hecho valorarme. En esos dos días estuve pensando y diciéndome: "En los años que llevamos casados, mi esposa nunca ha pensado que yo pudiera desaparecer".

"Si el médico me llegara a encontrar cualquier cosa y no pudiera contratar mi seguro, el disgusto sería enorme."

Además me hacía esta reflexión: "Aunque mi esposa creyera que el seguro fuera conveniente, por delicadeza no insistiría para que lo tomara."

Terminé por convencerme que contestara "sí" ó "no", estaba obligado a garantizarle una protección. Al cabo de unos días apareció el agente. "Bien", me dijo: "¿ha conversado con su esposa?"

"No", le respondí, "he decidido responsabili-



zarme del asunto, y le hablaré recién cuando tenga la póliza en mi poder".

"Es sorprendente", dijo el agente sonriendo, "la cantidad de hombres que se resuelven en esta misma forma".

Información a su alcance

Los hombres con sentido de responsabilidad pueden obtener información adecuada. Estamos en condiciones de poder resolver muchos problemas, ya sean sus entradas grandes o pequeñas.

Lea la lista al pie de varias cosas que podemos proporcionarle. Envíenos llenado el cupón y además del consejo oportuno recibirá un obsequio útil. Su tranquilidad y la de su familia reclaman que lo haga. No le costará nada. No contrae ninguna obligación. Envíe en seguida el cupón llenado.



El embajador argentino en Washington, doctor Manuel E. Malbrán, acompañado de su hijo don Manuel E. Malbrán junto al busto de San Martín en ocasión de su reciente visita a la Unión Panamericana.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR ESTO.....

ENVIE ESTE CUPON

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
 2. FONDOS para pagar la casa hipotecada ante cualquier eventualidad.
 3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
 4. DINERO en efectivo para los gastos de sucesión.
 5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
 6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

L. N. 30

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre.....

Calle.....

Ciudad.....

Provincia.....

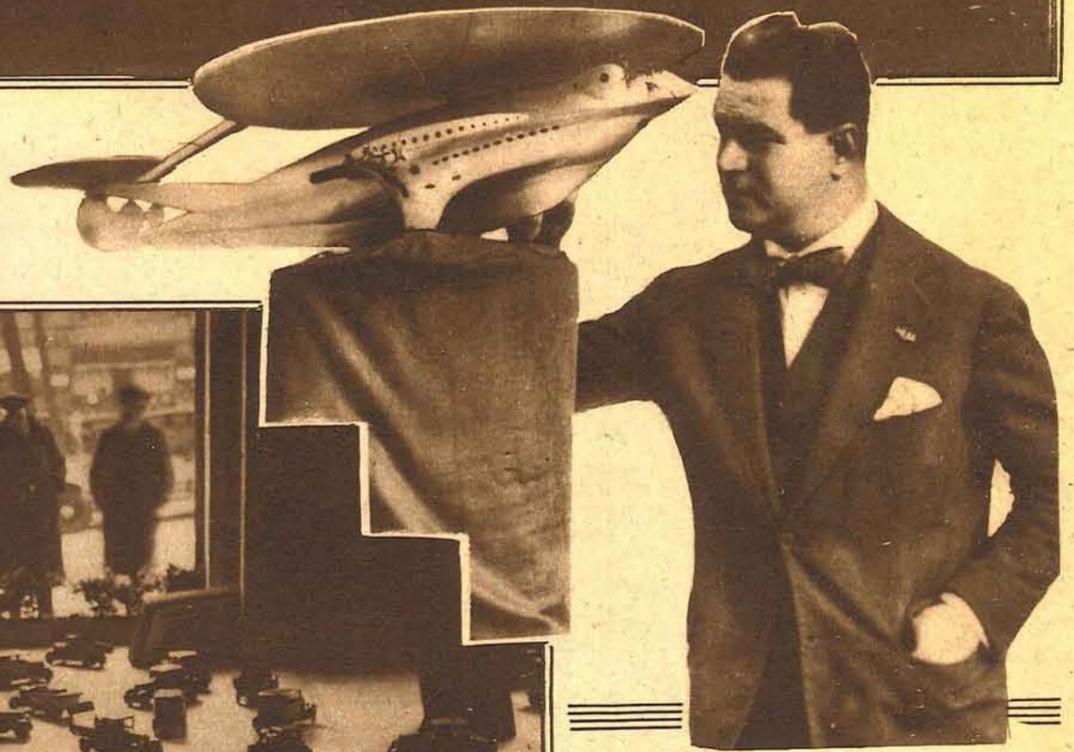
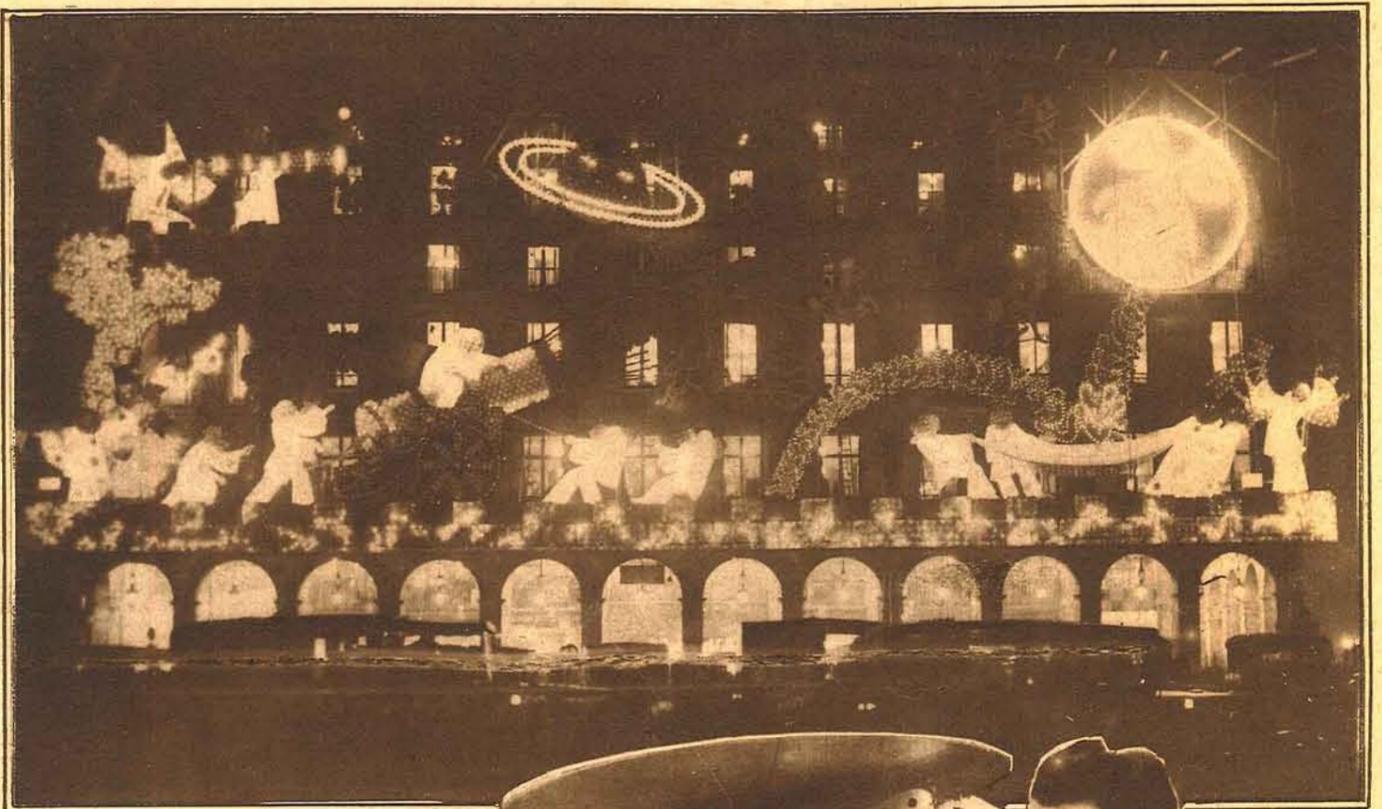
Año de nacimiento.....

KODAK EUROPEO



DE NUESTRA AGENCIA
EN PARIS

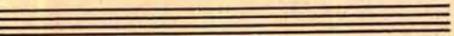
EL PARAÍSO DE LOS NIÑOS. — ¡Noel! ¡Noel! Los grandes almacenes parisinos exhiben sus juguetes en verdaderas exposiciones. El derroche de iluminación puede verse en esta fotografía de uno de esos establecimientos. Durante el día, largas colas de espectadores callejeros desfilan ante los escaparates repletos de juguetes, en combinaciones artísticas. Grandes y pequeños desafían la intemperie cruel de estos días de diciembre brumosos y fríos para recrearse la vista. Las personas mayores abundan más que los pequeños; sin duda, para no estimular apetencias infantiles y quizá para asistir gratuitamente a este lindo espectáculo anual que parece cosa de hadas.



UN INVENTO QUE PUEDE EVITAR MUCHOS SINIESTROS. — Como es sabido, el incendio, el temible "retour de flamme" es la causa más frecuente de las catástrofes aéreas. La fotografía representa al ingeniero italiano Guido Tallei con la maqueta de un aparato de su invención semi-dirigible, semi-avión que, según el creador, será accionado con gases no inflamables. El disco rotativo del avión permite obtener un coeficiente mayor de estabilidad y una fuerza mucho más viva de locomoción y de ascensión. Si en efecto, lograse evitar las catástrofes por inflamación tan frecuentes ahora, Guido Tallei pasaría a la posteridad como un genio y un humanitario.



ALGO QUE NO VIÓ GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS ENANOS. — Un comerciante ingenioso ha organizado en los Campos Eliseos un salón-automóvil en miniatura. La idea es excelente en estos tiempos en que escasean compradores para los coches grandes y afluyen con las próximas fiestas de Navidad los compradores chicos. Teníamos ya en París los golf-miniatura, los deportes de invierno miniatura y ahora el salón-automóvil miniatura. El mundo cansado de ser grande, quiere reducirse. Quizá con la esperanza de reducir también sus terribles problemas.



EL SITIO EN QUE SE ALZARÁ LA ESTATUA DE UN GRANDE HOMBRE. — "El Tigre", por acuerdo del Concejo Municipal de París, tendrá "su" Plaza Clemenceau, y "su" estatua en la confluencia de los Campos Eliseos y Avenida Marigny y de Alejandro III. Es decir, en el sitio más suntuario de París. A la derecha el Gran Palais y a la izquierda el Petit Palais. Y en el fondo, siguiendo el puente Alejandro, los Inválidos, bajo cuya aérea cúpula duerme Napoleón el sueño eterno. La estatua mirará hacia el Arco del Triunfo para encontrarse espiritualmente con el "soldado desconocido..." ¡Hermoso homenaje al Père de la Victoire!





EL BEDUINO RUBIO

UNA SEMBLANZA DE THOMAS EDWARD LAWRENCE

(DEL "CARNET" DE GUERRA DE JOHN L. MASSON)

DIBUJO DE LUIS MACAYA

que lamenté no haberlo tenido más largo... Verbalmente, el cirujano mayor me dió una serie de indicaciones para mi tratamiento ulterior; su receta incluía: tomar una buena habitación en el Winter Palace de Luxor, asistir con regularidad al hipódromo de Alejandria y visitar las tumbas de los faraones. Me despedí de él dispuesto a seguir su régimen, pero el Destino se cruzó en mi paso. Hallé al Destino en el andén de la estación de Ismailia mientras aguardaba el expreso que había de traerme al Cairo. (En estos países el Destino está en todas las encrucijadas como los "policemen" en las esquinas de Londres...). Esta vez el Destino ("Kismet", como le dicen por aquí) se me apareció en bíblico atavío, envuelto en candorosos lienzos y rutilante de oro bajo el sol oriental. Era un joven árabe que parecía la reencarnación de esas imágenes convencionales de Jesús, veneradas por los católicos. Tenía el blanco "agal" de los pastores de Belén ceñido en torno de su cabeza por una doble cuerda de lana negra entretrejida de oro y plata, llevaba una blanca túnica de seda y se cubría con el "aba" o manta de piel de camello también blanco aunque con franjas azules. Iba con los pies descalzos, pero limpios. (Después supe que venía de tomar un baño de cuatro horas en el Sinai Hotel de Suez) y los tenía blancos y pequeños como los de una mujer de nuestra raza. Le vi los ojos azules y vagarosos y descubrí que tenía el cabello rubio.

Esta aparición me sobrecogió como un milagro. Yo había visto beduinos vestidos de esa guisa, pero lejos de hacerme pensar en las leyendas cristianas, traían a mi imaginación historias de bandidos, pues todos eran sucios, barbudos y de miradas feroces. En cambio, este hombre del desierto, que paseaba abstraído por el andén de Ismailia, irradiaba de su persona un aura de bondadoso dominio y dulce persuasión. Yo esperaba, por momentos, que tomase la palabra y fido sólo en ella, comenzase a predicar a los oficiales de estado mayor, al almirante y al general que esperaban el tren, consultando a cada instante sus relojes de pulsera, la paz entre los hombres. Pero cuando más anheloso estaba aguardando el milagro, advertí que llevaba al cinto el corto alfanje damasquinado en oro de los descendientes del Profeta.

Dicen los españoles que nada le sienta peor a un Cristo que un par de pistolas, pero yo confieso que un puñal de ataujía, corto y curvo, se aviene maravillosamente con la cándida vestidura de Nuestro Señor.

3.—LA FIGURA DEL DESTINO

Cuando llegó el tren, el hombre de las blancas vestiduras desapareció entre el confuso montón de los uniformes kakis que asaltaban las portezuelas. No le volví a ver durante el corto viaje ni tampoco a nuestro descenso en la estación del Cairo. La novedad del sitio y el trabajo de dar con un buen alojamiento me lo borraron de la conciencia.

Por la mañana, después de haber dormido con el sueño de la inocencia, hice un reconocimiento hasta el Savoy Hotel, donde están las oficinas del comando. Allí presenté mi certificado, se me dijo que volviera por la tarde, pasada la siesta, y regresé a mi alojamiento por las estrechas calles inundadas de sol y transitada por esa ruidosa multitud de las ciudades de oriente. El tumulto de las calles ofrece un singular contraste con el silencio de las casas, con sus puertas cerradas y sus altas ventanas protegidas por celosías. Este recato vecino a tanto estrépito es como el de sus mujeres veladas y embozadas que no cesan de atraer la mirada de los extranjeros con el ruido cristalino de sus abalorios.

Volví por la tarde al Savoy Hotel (¿por qué habrá en todas las ciudades del mundo un hotel llama-

ción en mis asuntos intestinales, conseguida, por lo demás, gracias a un ataque de sorpresa con el auxilio de los gases asfixiantes del cloroformo. Como recuerdo de su abusiva intromisión en mi sistema íntimo de aprovisionamiento, guardaré para toda mi vida una cicatriz en forma de media luna que no me valdrá ninguna condecoración ni podré exhibir en parada alguna.

Es, sin embargo, una lástima, porque el arco de circunferencia de mi herida describe una media luna tan perfecta que parece el tatuaje hecho por un feroz osmanlí sobre el cuerpo de un prisionero cristiano. ¡Triste ironía del destino! Yo soñaba volver de la guerra con una cruz sobre el pecho, y he aquí que tendré que regresar con una media luna turca en el bajo vientre...

2.—EL PROFETA EN EL ANDEN

Apenas pude tenerme en pie, las autoridades del hospital me notificaron cortés pero terminantemente, que no debía confundir el establecimiento con una casa de huéspedes, y me extendieron un certificado asegurando que necesitaba tres meses de licencia para reponerme de la pérdida de mi apéndice. Dado que este ligero desvío de mi sistema intestinal tenía, según me dijeron, seis centímetros de extensión, me venían a salir quince días de ocio por cada centímetro; confieso

POR ARTURO CANCELA

(Para LA NACION) EL CAIRO, julio del 17.

1.—LA MEDIA LUNA Y LA CRUZ

A tengo un recuerdo de la guerra; ya tengo una herida. La recibí en Ismailia de la mano de un médico militar que cuando llegué al hospital junto con cuarenta enfermos de disentería — había habido una epidemia en las cuadrillas —, como yo no ofrecía los mismos síntomas, se empeñó en que tenía apendicitis. La dieta a que me sometió inmediatamente



después de haberme visto me quitó las pocas fuerzas que me quedaban y no pude oponerme a su interven-

do así?), donde obtuve sin mayor dificultad la confirmación de mi licencia. Al cruzar el "hall" en camino de salida, tuve una sorpresa. Allí, arrellanado en un sillón de mimbre, estaba el "profeta del andén", con sus blancas vestiduras, sus ojos azules y su corto alfanje principesco. Tenía un pequeño libro en la mano y parecía absorto en su lectura. Supuse fuera un libro de oraciones y me acerqué discretamente por su espalda. Tuve que mirar dos veces para dar crédito a mis ojos: ¡aquel personaje bíblico estaba leyendo, en griego, una comedia de Aristófanes!

Me alejé del cuartel general, aturrido por la promiscua representación del blanco beduino que se iba forjando en mi mente. ¿Quién sería? ¿Qué sería?...

Ahora que su misterio se ha disipado y que me veo envuelto en sus planes, me doy cuenta que el Destino me atrapó como caza a las mujeres frías: por la curiosidad...

4.—JANO BIFRONTE

Aquella misma noche, en mi alojamiento — el Sheppard's Hotel que está junto a las clausuradas oficinas de la agencia Cook — fui invitado a la mesa del coronel Wright. Mi aire macerado y mi uniforme de teniente provocaron su cortesía. No era yo el único comensal suyo, porque había, aparte de los nuestros, tres lugares vacíos. Mientras hablábamos de temas generales fueron llegando los esperados: el comandante Hogarth, el capitán Woolley y finalmente, el "profeta del andén", que me fué presentado con toda sencillez bajo el nombre de Mr. Lawrence. Viéndole de cerca es imposible equivocarse respecto a su nacionalidad; el aparente beduino tiene ese encendido color que da el sol a los hombres de nuestra raza. Su piel y su acento son inconfundibles, pero siendo tan inglés, ¿qué hace bajo semejante disfraz?

El coronel Wright hizo una ligera alusión a su atavío y Mr. Lawrence repuso con naturalidad suma: "Ayer, después de seis meses de ausencia, volví a mi hotel y hallé mis ropas carcomidas por la polilla". Sonrióse débilmente y, como para disimular su timidez, llevó la mano al mentón. Entonces advertí que lucía en el meñique un extraño anillo con un camafeo a modo de sello. Como vió brillar en mis ojos la curiosidad, me alargó su mano para que examinase la joya: es un camafeo romano con la imagen de Jano Bifronte. En ese instante el coronel Wright — coronel de ingenieros — a quien yo había referido por la mañana la historia de mi herida, la trasladaba a sus comensales sazónándola con algunos chistes sobre mi desilusión.

Mr. Lawrence comprendió al vuelo la causa de mi tristeza y procuró consolarme con estas palabras: "No se aflija usted, Mr. Masson: la Media Luna no es un emblema genuinamente turco; es el viejo símbolo de Artemis y de Hécate que adornaba los edificios de Bizancio y que los bárbaros invasores trasladaron a sus banderas como un trofeo"...

El capitán Woolley hizo una observación sobre el culto de Hécate en la civilización cretense y el comandante Hogarth se lanzó inmediatamente en una larga disertación sobre la emigración de los dioses de Oriente a Occidente. Woolley, sin ningún respeto por su jerarquía, lo interrumpió de rato en rato, con breves rectificaciones precisas, y Mr. Lawrence, sonriendo, mostraba, sin salir de su mutismo, que no estaba de acuerdo con ninguno de los dos.

—Hemos caído en un mitin de arqueólogos — me dijo el coronel Wright para sacarme de mi asombro—. Efectivamente era así, porque después supe que el comandante Hogarth era antes de la guerra uno de los pilares del British Museum. A fines del siglo pasado había encontrado en Melos unos vasos — actualmente en el Museo de Atenas — que datan de 4000 años antes de J. C. Después de una serie de investigaciones en Creta, Egipto y Siria, se había empeñado en poner en descubierto los monumentos de la cultura hittita. Era el iniciador de las excavaciones en Karchemish, en la orilla izquierda del Eufrates, cerca de Alepo. Bajo su dirección habían trabajado allí hasta el comienzo de la guerra sus actuales contradictores.

Como una de las tantas consecuencias del doble asesinato de Sarajevo, el Dr. David Hogarth, del British Museum, se ha convertido en el comandante Hogarth, R. N. V. R., director de la Oficina Árabe del Estado Mayor del Ejército de operaciones en la Palestina. Igualmente Mr. G. Leonard Woolley ha pasado a ser jefe del "Intelligence Department" en Port Said, con el grado de capitán, y Thomas Edward Lawrence, hasta hace poco simple teniente y antes de la guerra aprendiz de arqueólogo, es ahora jefe de estado mayor en el ejército del rey del Hedjaz...

En un momento de la conversación el comandante Hogarth se empeñó en identificar el culto de Hécate con el de la desconocida divinidad lunar a la cual rindió tributo el emperador Juliano en Harran antes de lanzarse a su desastrosa campaña final. Este recuerdo ha traído el de otras campañas en los mismos lugares: la derrota de las legiones romanas mandadas por Crassus y las batallas posteriores de los califas de Bagdad contra sus rivales.

Inesperadamente, Lawrence ha abandonado su mutismo y se ha puesto a disertar con apasionado colorido sobre la estrategia de Senaquerib, de Ramsés I, de Jenofonte y de César, de todos los que nos han precedido en empresas guerreras sobre la estrecha banda de tierra por cuya conquista combaten ahora nuestras tropas. Ha perorado como un catedrático militar que fuese a la vez un poeta. Al conjuro de su palabra, los terribles guerreros asirios, de ganchuda nariz y barbas ensortijadas; los rodantes escuadrones egipcios, temibles en el ataque y mucho más temibles en la persecución; los ágiles infantes griegos de Jenofonte, entonando su peán bélico; las pesadas legiones romanas con sus águilas de bronce a la cabeza, se alzaron de entre el polvo de los siglos y comenzaron a desfilar en nuestra imaginación como en un día de revista. Después pasaron los enormes ejércitos persas con sus elefantes y sus arqueros, los conquistado-

res musulmanes montados en caballos pequeños, bríosos y crinados, y los cruzados cristianos, todos forrados de acero, solemnes e imponentes dentro de su rígida armadura...

Cuando Lawrence concluyó de hablar habíamos quedado tan cerca de los tiempos modernos, que el pensamiento de todos nosotros recayó en la actualidad: ¿de qué provecho eran esos conocimientos ahora en la época de los grandes explosivos, de los ferrocarriles y los aeroplanos?

Como si leyese en nuestro interior, el falso beduino alzó de nuevo la voz:

—No hay que forjarse demasiadas ilusiones — dijo, calmamente, en un tono frío que contrastaba con su acalorada disertación anterior — respecto a la eficacia de los métodos modernos en esta tierra de desiertos y ruinas. En los vastos arenales, los cañones se entierran y los aeroplanos resultan una vana amenaza; los grandes ejércitos perecen de sed y el ferrocarril mejor custodiado resulta tan frágil como un juguete de niño. Frente a un enemigo ágil, capaz de dispersarse en cinco minutos hacia los treinta y dos rumbos del horizonte, ¿qué puede hacer un general imbuído de los principios tácticos de Occidente? La estrategia europea es un juego que exige condiciones determinadas: grandes poblaciones, buenos caminos, puentes, vías férreas y un enemigo al frente que acepte las reglas del juego, que estudie en los mismos mapas, use las mismas armas e invoque los mismos dioses y las mismas convenciones internacionales. En cuanto las características del terreno varían o el adversario adopta una táctica irregular, los generales de Occidente están condenados al fracaso... a menos que olviden todo lo que han aprendido.

Por suerte para nosotros — añadió ruborizándose a causa de su tono didáctico — los turcos están dirigidos por europeos y por alemanes, sobre todo, más aferrados a sus principios que un escocés a su dinero...

Se llevó la mano al mentón y, por primera vez advertí que contrastando con su frente serena y su mirar bondadoso, tenía la fuerte quijada y el labio cruel de los hombres de acción. Era un soñador, pero un soñador temible, dispuesto a realizar sus ensueños. Por debajo de sus ojos azules, avanzaba su mandíbula como queriendo alcanzar la imagen que aquellos habían escogido entre las innumerables imágenes de lo venidero. El belfo exento de sensualidad anunciaba que sería capaz de todo por asir su quimera.

De tal modo, tras haberle visto evocar de entre las tinieblas de la historia los ejércitos de lo pasado, le contemplé un momento haciendo surgir de la niebla de lo porvenir un nuevo ejército y una nueva nación. Porque Lawrence pensaba en ese instante en los árabes del desierto que al conjuro de su palabra se habían alzado reclamando su independencia y amenazaban, por la espalda, desde las lindes de sus arenales, las comunicaciones de los turcos con la antigua Bizancio.

Lawrence habíase quedado con la mano en la barbilla. El camafeo que ostentaba en el meñique con la teratológica representación del dios de las dos caras, adquirió entonces, para mí, el valor de un símbolo. El dios dotado de la maravillosa facultad de conocer lo pasado y adivinar lo porvenir era, por cierto, la divinidad adecuada a aquellos escudriñadores de ruinas empeñados en edificar un mundo nuevo. ¡Dios de las puertas y de las indicaciones, dios ubicado en el tiempo, Jano Bifronte! Sólo al verte en la mano de aquel hombre y en aquel lugar, pude alcanzar la significación plena de tus atributos, aparentemente inconciliables. Porque el genio de la guerra se nutre de lo pasado para engendrar lo venidero, y todo nuevo período en la Historia pasa bajo el pórtico sangriento de las batallas: Jano Bifronte, dios de la guerra, dios de las puertas...

5.—"THE PRACTICAL JOKERS AT WORK"...

El coronel Wright, nuestro anfitrión, nos trajo bruscamente a la realidad formulando una pregunta técnica. Se volvió hacia Lawrence y sonriendo, le interrogó:

—¿Cómo siguen sus trabajos ferroviarios?

—¡Oh, muy bien!—repuso con otra sonrisa el aludido—. Tenemos cuatro batallones remendando continuamente la línea...

Al oír estas palabras del falso beduino, el corazón me dió un vuelco. ¡Así que el hombre que había ganado mi admiración era un vulgar ingeniero, consagrado a la odiosa tarea de tender rieles y hacer correr trenes! Lleno de despecho contra mí mismo por haberme engañado y de desprecio hacia el objeto de mi error, bajé la cabeza como un niño enfurruñado y me di a esperar la conclusión de la interminable comida.

Me propuse no hablar una sola palabra y huir al día siguiente del hotel para escapar a la tediosa compañía de esos hombres de mi oficio. Porque después de la satisfecha respuesta de Lawrence la conversación había recaído exclusivamente sobre "la línea", sobre el Ferrocarril de los Peregrinos, que va desde Alepo hasta Medina. Mi obcecación me impidió advertir desde el comienzo de la plática que ese ferrocarril no era nuestro, que pertenecía a los turcos y seguía en sus manos; pero no tardé en reparar en esa circunstancia. Mas, al darme cuenta de ella, otro problema surgió en mi mente: ¿cómo Lawrence prestaba servicio en una línea enemiga? Tuve la ingenuidad de quebrar mi mutismo para hacer la pregunta que me in-

quietaba, y apenas la formulé, el coronel Wright, que estaba en ese instante bebiendo su copa de Porto, tuvo un acceso de tos y arrojó el vino por las narices. Acudió inmediatamente a la servilleta y hundió su cara en ella como una viuda llorando ante las visitas. El comandante Hogarth se dió a acariciar su barbilla rubia, emitiendo, de vez en cuando, un ronquido subterráneo, y el capitán Woolley entregóse a hacer guiños picarescos a Lawrence, con el desenfado de una "cocotte". A todo esto, el falso beduino, empleado en las reparaciones del Ferrocarril de los Peregrinos, sonreía beatíficamente...

Esta escena duró cinco minutos. En dos ocasiones, el coronel Wright apartó la servilleta de su cara, pero al ver la mía, en la que se espejaba el asombro, volvió a cubrirse y a sollozar de hilaridad. El comandante Hogarth a medida que pasaba el tiempo, mesábase la barba entrecana con mayor energía y daba ronquidos cada vez más claros. Woolley, por su parte, había llegado a ser escandaloso. Sólo el falso beduino, con impasibilidad oriental, seguía sonriendo angelicamente.

Al cabo de los cinco minutos, como no había ninguna alteración en la situación, me puse de pie y formulando una fría disculpa me alejé de la mesa. Ninguno de ellos hizo un gesto para impedir mi retirada.

Instantes más tarde, me había atrincherado en mi habitación del hotel y me disponía a leer un cuento de las "Mil y Una Noches" para serenarme, cuando llamaron a la puerta. Era el mensajero del Sheppard con un sobre sin dirección. No lo abrí porque ya venía abierto, pero volqué sobre mi cama su contenido. Hasta una docena de copias fotográficas cayeron sobre la colcha y junto con ellas un papel escrito a lápiz que rezaba así: "Documentación gráfica parcial sobre los trabajos llevados a cabo últimamente por el mayor Lawrence en la línea férrea de Alepo a Medina".

Sin curiosidad alguna arrojé una mirada sobre las fotografías; todas menos una habían caído cara abajo y mostraban su blanco reverso gemelo. La única que había caído en su ley, parecía la fotografía de una flor monstruosa o el retrato de un calamar de la fauna abisal. Intrigado, la examiné de cerca: era la instantánea de una explosión formidable. Detrás de la espesa nube de humo no podía advertirse nada, pero en el borde inferior de la copia, las letras en blanco de la Kodak autográfica, explicaban: "Voladura de la estación de Mudowwara, 5. 2. 17..."

Afebradamente fui dando vuelta a las otras fotografías y descubriendo en ellas puentes derruidos, rieles levantados y retorcidos, máquinas volcadas, trenes espantosamente descarrilados, vagones de transporte incendiados y hasta una magnífica locomotora de fabricación belga, deshecha por una explosión y a medias enterrada en la arena como si hubiera querido apagar con ésta el incendio interior que la devoraba. Junto a ella, calcinado por el terrible explosivo (200 libras de lidita) el cadáver del maquinista, sin piernas y con un solo brazo, que, negro y descarnado, parecía una palanca...

Este museo de horrores, llevaba en cada cuadro, una leyenda explicativa, una fecha y la firma de Lawrence, toda en blanco como sus vestiduras.

Cuando bajé al comedor para devolver los documentos y presentar mis excusas, los cuatro bromistas ya se habían ido.



El coronel T. E. Lawrence, vestido de Príncipe de la Meca

ILUSTRACION
DE ERNESTO M. SCOTTI



pues la madre se oponía, naturalmente, a que ellas saliesen de la casa para jugar al fútbol con los varones.

El regalo del tío Paco—un relojito de acero—vino muy bien para fijar la hora en que se inició el encuentro. Pero no se pudo ver más que esa hora. A los pocos minutos de iniciado ocurrió que Maruja y sus hermanitas abandonaron la tapia precipitadamente, poseídas de un gran susto, y entraron las tres corriendo, pálidas y demudadas, al mismo tiempo que los dos varones también entraban huyendo de la calle y cerraban la casa dando portazo, como si los persiguiese un toro desmandado.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó la madre.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Josefina.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el tío Paco.

Pero los chicos se habían quedado mudos del sobresalto, y Dios sabe hasta cuándo no se habría sabido nada, si en la puerta no hubieran sonado aquellos tres aldabonazos que retumbaron en toda la casa y a los que acudió la madre detrás de la sirvienta. La sirvienta abrió un poquito, asomó la cabeza y luego dijo:

—Señora, es un vigilante.

—¿Un vigilante! ¿Y qué quiere?

—Pregunta por un muchacho que debe ser Catalino.

—Y Catalino, ¿dónde está?

—Según dice el vigilante, parece que se ha metido por debajo de la persiana del garage.

—¿Huyendo de él?

—Eso dice.

—¿Y qué ha hecho Catalino?

—Jugar al fútbol en la calle.

La señora exclamó un poco indignada:

—¡Ave María, señor! ¡Bien podían ocuparse de que la limpiarán!

Oído lo cual por el vigilante el hombre se incomodó, empujó la puerta entornada y le dijo a la señora directamente:

—Yo cumplo con la Ordenanza, y tengo que llevar preso a ese mocito. Será mejor que lo entreguen, porque si no el comisario le pondrá en esta puerta un imaginaria y a lo último lo va a pasar peor.

La señora sintió un poco de miedo, y como su marido no estaba en casa, consultó con el tío Paco, preguntándole qué haría. El tío Paco, sin vacilar, se mostró partidario de la entrega de Catalino.

—Pero no hay que entregarlo con la pelota—agregó el tío Paco.

—¿Y si el vigilante la reclama?

—Si la reclama, iré yo.

Afortunadamente, el vigilante no la reclamó. Pero, de todas maneras, la entrega de Catalino resultó un episodio impresionante para los chicos. Para todos, pero muy singularmente para Julito, que recordaba cómo la pelota había saltado a la calle por una mala jugada suya, cómo después, ya en la calle, él había "chutado" por gusto en lugar de volver a la cancha, y cómo, finalmente, cuando las papas quemaban, porque vieron venir al vigilante, él había salido huyendo para casa con Polito, dejando a Catalino el salvamento de la pelota, por lo que Catalino se perdió.

Con todo eso, Catalino no quiso marchar preso sin antes despedirse de Julito, y fué a buscarlo al cuarto de la plancha, donde, según la sirvienta, se encontraba refugiado. Allí lo vio Catalino, sentado en una canasta, todavía vestido de jugador. El momento fué triste y memorable.

—Bueno, Julito... —dijo mirando para otra parte.

Le pareció que si seguía lloraba, y no pudo decir más. Julito no dijo nada. Cuando ya Catalino se marchaba, pensó llamarlo para prometerle que nadie jugaría con la pelota hasta que él volviese de la cárcel.

No se lo dijo, pero así fué. Sólo que Maruja afirma que fué así porque cuando el papá llegó, a la hora del almuerzo, y le explicaron lo que había ocurrido, habló con el comisario por teléfono y en seguida soltaron a Catalino.



El día en que Julito cumplió ocho años, su papá le regaló una pelota de cuero, una camiseta a rayas blancas y azules, un par de rodilleras y otro par de botines blindados para que jugase al fútbol como los jugadores de verdad. Cuando se despertó aquella mañana, Julito se encontró con todo eso colocado a los pies de la cama. Los ojos de Julito se agrandaron y brillaron como nunca. No creía lo que veía y se tocaba la cara con las manos para saber si estaba despierto o si era que soñaba todavía. Brincó, saltó, abrió el postigo de la ventana y se puso a llamar a sus hermanitos, que seguían durmiendo como lirones.

—Maruja, Polito, Coquita, Anita, ¡miren lo que me han traído!

Todos se iban quedando maravillados y empezaron a vestirse locamente. Polito llamó a Josefina porque se le habían perdido los pantalones. Cuando Josefina entró en la habitación lanzó una expresión de asombro viendo a Julito equipado de jugador. Ya se lo había puesto todo: la camiseta, las rodilleras y los botines. En seguida se acomodó la pelota bajo el brazo, como los guardametas cuando se retratan, y salió corriendo en busca de Catalino, que se hallaba en el garage limpiando el auto. Detrás corrieron en bandada los hermanitos, rodeando a Julito emocionados. Coquita le tocaba la camiseta, Anita le pasaba la mano por un botín y Polito olía la pelota y la miraba sin decidirse a realizar su intento de meter un dedito por la abertura donde asomaba el pitorro de la cámara de aire. Entretanto, Maruja, como mayor y más seria, se mantenía en guardia sobre el grupo y reprimía sus atrevimientos diciendo:

—Bueno, basta; no hay que ser impertinentes.

Todos ansiaban la hora en que Julito se decidiese a distribuir los puestos para jugar. Pero Julito había ido en busca de Catalino, porque él, como dueño de la pelota, se destinaba el puesto de guardameta y quería contar con un adversario de tiro fuerte que le brindase momentos emocionantes. Es verdad que Catalino era un muchacho calzado con alpargatas, y eso ofrecía un reparo bastante grave; pero en cambio tenía más de quince años, pateaba como un potro y mostraba condiciones de jugador que a Julito le parecían ideales, sobre todo si iba a comparárlas con las de aquellos ratoncitos de sus hermanos. Anita, por ejemplo, se perdía detrás de la pelota. Por eso decía Julito:

—Nada. Hay que esperar hasta que acabe Catalino.

Catalino se hizo esperar poco, porque nada le gustaba como el fútbol. Se limpió bien las manos en los pantalones para coger la pelota, la apretó con los pulgares para ver si estaba en forma, y luego, para probarla, se fué con ella al jardín, encabezando el equipo. Allí se sentó en el suelo para afirmarse las alpargatas. Hecho esto se enfrentó con la pelota, y la dió un puntapié tan certero, que desde el mismo centro del jardín la envió al interior de la cocina, sin más que romper el vidrio de la ventana por donde entró y volcar la cacerola del estofado, que al caer espantó al gato y aplastó una docena de huevos.

El ruido que todo esto produjo se mezcló con el grito de ¡goal!, lanzado por los chicos en el jardín y el del susto lanzado por Josefina, que estaba soplando al fuego en la cocina y salió con las manos en la cabeza.

—Señora, venga a ver lo que me han hecho!—clamaba la sirvienta en la galería.

Pero cuando la madre apareció, ya Catalino se había escondido en el garage y los chicos no quisieron acusarlo de lo ocurrido por el temor de perder un compañero de juego tan importante. De todos modos, y por lo pronto, la mamá secuestró la pelota y Julito lloró en un rincón desconsoladamente, rodeado de aquellos cuatro hermanos que lo miraban sin saber qué hacer ante aquella tremenda desgracia. Maruja le decía para conformarlo:

—Julito, ¡por favor! Yo no creo que Zamora lllore así.

—No llorará —contestó Polito—, porque nunca le quitan la pelota.

—¿Qué sabes tú?—replicó Maruja.

Y ya se armaba sobre este punto una discusión, que no se sabe en lo que acabaría, cuando de pronto llegó el tío Paco, trayendo otro regalo para Julito, y en cuanto se enteró de lo ocurrido, mandó llamar a la madre y ofició de mediador para que le devolviesen la pelota. Al final se la entregaron, pero con la siguiente condición: que en el jardín de la casa no volverían a jugar al fútbol. Cuando quisieran jugar, podían irse al terrenito de la esquina, si el dueño lo permitía.

Julito vió el cielo abierto y corrió otra vez en busca de Catalino para que consiguiese el permiso necesario; cosa que Catalino consiguió en seguida, porque el vecino era un hombre condescendiente. Así, pocos momentos después se organizaba un partido de campeonos entre Julito, el Polo y Catalino. Las niñas asistirían asomándose desde la tapia que daba al terrenito,

Catalino en la línea de ataque

por Dooy

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO,
diciembre de 1936



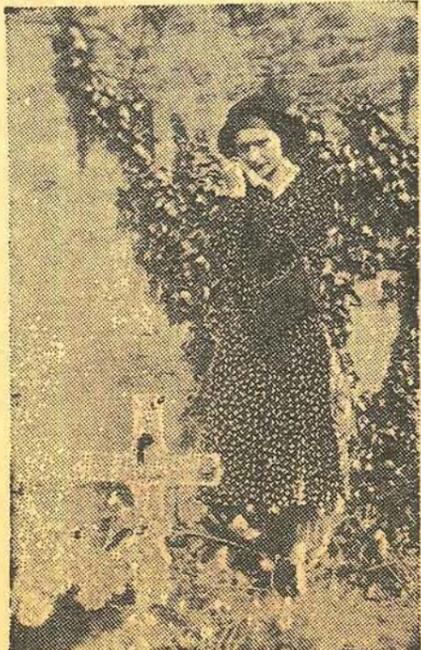
Vera Nemtchinova

Vera
Nemtchinova

EL OCASO DEL
"BALLET" RUSO

Por
OCTAVIO RAMIREZ

Vera Nemtchinova, retratada en la
tumba de Diaghilev, en Venecia



raba los bultos, dijo, como el que busca la explicación de una falta:

—Trajes que había que arreglar.

—¿Continúan ensayando?—les pregunté un poco sorprendido, con la convicción de que se limitarían a repetir los bailes, tales como los habían hecho en la época, bien cercana, de sus éxitos. Y María Chabelska me contestó, esta vez con energía recobrada, con decisión de no entregarse al destino adverso:

—Todas las mañanas, de nueve a doce.

Y me tocaron de inmediato estas dos impresiones: la melancolía de la decadencia y la fuerza de esta voluntad de arte, que no desfallecía por que hubiera bajado del primer escenario, que no descuidaba todos los detalles de su espectáculo, porque tuviera menos categoría, ni permitía fallas, porque el público no las advirtiera. La poderosa voluntad de estos artistas, que no han nacido ni viven más que para su arte.

Y en otro nivel, pero con análogo sentido, se me presenta otro recuerdo que señala la trayectoria del "ballet" ruso, marchando inevitablemente hacia su ocaso. La última vez que vino a Buenos Aires Anna Pavlova estaba ya lejos de la alada perfección que alcanzó en sus años milagrosos. Ella lo sabía, y, aunque no lo confesaba, ni siquiera lo dejaba entrever en la conversación, dos surcos de amargura descendían de la fina rectilínea de sus labios. Dotada de agudo sentido autocrítico, notaba que sus resortes iban perdiendo su portentosa flexibilidad. Y notaba también que los aplausos eran menos largos y los homenajes del público que quiere acercarse a la gran artista, los homenajes que importunan, pero que, en el fondo, halagan, ya no le llegaban con la insistencia tenaz de otras épocas. Recuerdo una noche que esperaba a la puerta de su camarín a que se vistiera. Días antes había esperado, en el mismo sitio, ante el mismo camarín, a una "diva" famosa.

Eranos diez, veinte, treinta, no podría saber cuántos, porque el grupo repercutía con un ruido triunfal de multitud, ante el repiqueteo de los elogios y las exclamaciones. A los pocos días esperaba solo a Anna Pavlova, y tenía, por fuerza, que llegarme aguda la triste elocuencia del contraste. Salí la bailarina inmaterial seguida de una criada. Cruzamos en silencio el enorme escenario del Colón. Pasamos varios corredores; bajamos escaleras, tomamos un automóvil que la esperaba a la puerta, sin que me atreviera a decirle nada, sin poder articular una palabra de elogio por el espectáculo que acababa de presenciarse, porque la veía desentonar en la triste realidad que paladeaba la artista. Cruzamos rumbo al hotel, las calles desiertas, en la noche ya muy avanzada, mientras ella, con su voz suave, pero imperiosa, me iba diciendo:

—Dígale al "chauffeur" que vayamos despacio, muy despacio, que la calle está húmeda. No sé qué tengo, pero desde un tiempo a esta parte estoy en una nerviosidad que todo me sobresalta.

Y he observado, leyendo las necrologías que los diarios franceses han escrito a raíz de la muerte de Diaghilev, una curiosa, una sintomática coincidencia que al leerla me trajo a la memoria estos episodios recogidos al azar. Varios de ellos, muchos, han escrito exactamente igual, con las mismas palabras, esta dolorosa afirmación:

"Con Diaghilev ha muerto el "ballet" ruso."

Por eso no me ha extrañado encontrar a Vera Nemtchinova en una reconcentrada, torva actitud, en la que brillaban, más verdes y más angustiados, sus torturados ojos eslavos. Sentados a una mesa de un restaurante nocturno, me dejó hablar un rato, sin contestar a ninguna de mis preguntas; después, con el semblante envuelto en el humo de su cigarrillo, entre cuyas volutas se recortaba su tajante óvalo con sugestión oriental, me dijo, despegando por primera vez los labios:

—¿Y usted cree que este público, para el que estoy bailando, me comprende?

Pero yo prefiero desviar el tema de la actualidad difícil y llevar la conversación a sus días de éxito. Le hablo de su carrera. Le pregunto cómo empezó, en qué "ballet" obtuvo el primer éxito. Vera Nemtchinova pierde el pensamiento en la lejanía y habla como si le costara un esfuerzo recordar. De sus primeros años sólo dice:

—Estudié en la escuela imperial de Moscú. Duró mi aprendizaje cinco años. Al cabo de ellos salí de Rusia, donde no he vuelto más.

—¿Ni piensa volver?

—Nunca. A pesar de que tengo allí a mis padres. Pero ellos pasan tanta miseria, que no es como para desear volver.

Y leyéndome en la mirada la pregunta, se apresura a contestarla:

—No es porque yo no les mando. Pero yo sólo les puedo mandar muy poco. No porque no gane lo suficiente, sino por otra razón insalvable: si les mando más de una infima suma para que no se mueran de hambre, todo lo confisca el Estado.

Y deja oír una risa amarga, sarcástica, ante la arbitrariedad de la medida.

Le pregunto cuál fué su primer éxito. La bailarina se anima un momento, casi se enciende, y poniendo por primera vez entusiasmo me dice:

—Fué en Londres. Inesperadamente, al llegar al teatro, supimos que la Lopokova, que tenía que hacer "Boutique Fantastique", había desaparecido. Se me dijo que lo hiciera yo, que alguna vez lo había ensayado. Yo era extremadamente joven. Se trataba de un trabajo difícil y me daba un gran temor abordarlo. Pero me animé y tuve un éxito extraordinario, clamoroso. Fué en Londres. ¡Los años de Londres!

Y la bailarina queda, con el recuerdo, prendida unos minutos al pasado.

Le hablo de Diaghilev, con quien trabajó toda su vida. Entonces Vera Nemtchinova, con ese sello teatral que ponen en todos sus actos las personas que viven sobre las tablas, extrae de su cartera un retrato, que seguramente traía para mostrarme, y me dice:

—Aquí estoy retratada sobre la tumba de Diaghilev, en un cementerio de Venecia. Bella decoración para descansar el hombre que vivió soñando con la belleza de los decorados.

Y agrega:

—Era un hombre extraordinario, único en todo, hasta en sus errores. En todo ponía su alma, su talento, su fama, su reputación, su dinero. Para montar un "ballet" gastaba una suma fabulosa, aunque supiera que por más grande que fuera su éxito no llegaría a cubrirlo. Era inquieto, entusiasta, absoluto. No admitía reparos y tenía siempre que ser obedecido.

—¿Con usted, cómo se llevó — le pregunto.

Vera Nemtchinova calla, vacila, luego dice:

—Admirablemente bien durante once años.

Después, animándose, agrega:

—En los últimos años tuvimos nuestras diferencias. Yo me fui de la compañía. Era muy difícil. Pero tenía un gran talento, y yo conservo por él veneración.

Le pregunto cuál es su visión personal del "ballet" ruso. Trato de que me hable con más extensión de su arte y de su carrera. Pero Vera Nemtchinova está esa noche sombría, reconcentrada, distante. Para traerla a la realidad le digo:

—¿Qué proyectos tiene?

Ella esboza una sonrisa vaga, incrédula; después dice, sin mucho entusiasmo:

—Creo que ahora voy a trabajar en los Estados Unidos.

—¿Y después París?

—En París, yo no sé qué se podrá hacer ahora, muerto Diaghilev.

Y otra vez surgen espontáneos y tristes la muerte de Diaghilev y la agonía del "ballet" ruso. ¡Qué lejos están estos bailarines trashumantes, llenos de dificultades, pasando de una a otra ciudad sin entusiasmo y hasta sin comprensión, de aquellas "troupe" de hace diez años, que paseaban el mundo, rutilantes y lujosos, como el séquito de un Rey! Qué lejos el paso silencioso de Anna Pavlova, de la apoteosis constante de Nijinsky, cuando una espiritual marquesa lo presentaba a una Reina, excusándole de haber llegado tarde, con estas palabras:

—Perdonadlo, majestad, porque no pertenece a la familia humana.

El "ballet" ruso, arte de refinamiento y de aristocracia, sigue el destino de la aristocracia rusa. Sus artistas empiezan a pasear el mundo con la huella espectral de sus nobles exilados. El género se va. Vera Nemtchinova ha nacido tarde. Con condiciones para hacer grandes cosas, con juventud para llegar todavía mucho más lejos, seguirá de escenario en escenario, arrastrando la agonía de un arte que se extingue, pero no llegará a culminar, como no llegará a reinar el primogénito de una familia destronada. Y del "ballet" ruso, arte hecho de color, de movimiento, de actitudes, de pasos, de ritmo y de visualidad, tal vez no quedará nada, como no queda nada de una ardua de líneas trazadas en el aire, ni de las huellas que sólo viven un día sobre la arena.

La Taberna de Hoffmann



Interior de la Taberna Hoffmann, y la fiesta de Navidad en la plaza frontera



Dos siluetas del pasado en la Taberna Hoffmann (estampadas en las servilletas de papel)

CUANDO ya no encontraba camino al Berlín de hombros anchos y cuadrados, cuando ya no podía más bajo su arredadora arquitectura hecha por arquitectos completamente macizos, di con una estrecha y oscura entrada a la catacumba del beber, di con la Taberna de Hoffmann.

¡Aquello es lo que yo había buscado durante tantos días, huyendo de los cafés Imperator y entrando y saliendo como alma en pena en los MOKAS, que repiten su orquesta en cuarenta altavoces desperdigados por sus inmensas salas!

¡Por fin encontraba mi salvación cuando ya estaba próximo a crearme un mecanógrafo empleado en un Banco triste!

Busqué el más hondo rincón de la taberna, ennegrecida y baja de techo, y me sorprendió el fenómeno por el cual era una cuña romántica metida debajo de la ciudad y que la levantaba por completo en vilo gracias a la palanca de la poesía.

Berlín comenzó a adquirir una levedad sorprendente y, conocido ese refugio, hubiera podido vivir en él muchos más días.

Había bendecido las entrañas de la ciudad y las había salvado el que un fantasista del valor de Ernesto Teodoro Guillermo Hoffmann se hubiera reunido con sus amigos en esta verdadera cripta.

Enrique Heine, que decía "se necesita mucha imaginación para ver en Berlín algo más que calles tiradas a cordel y berlineses", también debió encontrar en esta cueva tabernaria la salvación al ser peloteado por la ciudad.

Está condensado Hoffmann en el ambiente y se ven correr de mesa en mesa las serpientes de ojos azules y voz de campana de cristal que le contaron las historias más maravillosas de sus cuentos.

Sólo una vida intensa y desvariada como la de Hoffmann puede dar fuerza a un ámbito berlinés y despejarlo del cemento ambiente. Otro poeta romántico y delicado no hubiera podido romper el subsuelo de la burguesía.

¡Qué extraña y revuelta criatura fué Hoffmann!

Refrendario del Tribunal Superior de Berlín, en cuanto acabó su carrera de derecho, pronto es arrancado a la categoría social por la ráfaga en que le envuelve el destino, y comienza su ruta aventurera dando lecciones de música y componiendo sonatas reminiscentes, ya que su verdadera vocación es la literatura, y la música sólo es un fondo que necesita su mente de compositor de fábulas fantasmagóricas. (Me hubiera gustado escribir este trabajo sólo con palabras comenzadas con efe en honor del hombre de las dos efes formidables, que le dan una sed funesta de pesadillas).

Aparece al frente de orquestas y comparsas y hasta compone una ópera titulada "Ondina"; pero el mundo de lo creado da vueltas insinuantes alrededor de su cabeza, y para interpretar sus complicados sesgos recurre a la bebida.

En este descenso, que es una ascensión, pues desciende a los secretos íntimos de la vida, que son su culminancia profunda, penetra en esta taberna en que las cubas de vino viejo se empotran en las paredes y tienen enjundia de Historia licescente.

Hoffmann se sienta solo en estos bancos de madera, buscando esas relaciones del corazón con lo misterioso, que son el principal asunto de sus relatos.

Tras él, unas veces en su compañía y otras veces a distancia, en rincones de tertulia, vienen otros poetas,

a los que emula la figura de Hoffmann, que ya ha podido pactar con el Lucifer de la poesía, pero que va cogido fatalmente a su mano después del convenio mirífico.

Una gran estufa de hierro esmaltado se va oscureciendo con el humo de sus encendidos constantes y sobre la ambotación escriben su nombre todos aquellos visitantes, sobreponiéndose a la banalidad del álbum.

Ahí está como un encerado inmortal, como una lápida de mármol negro, llena de inscripciones funerarias, la estufa que dió calor a aquellos literatos que no sabían aún si iban a amanecer a una nueva vida, en que triunfase la desenvoltura ideal del espíritu o la aplastante patricidad de la materia.

Hoffmann sabe escribir mientras bebe, y así justifica sus embriagueces, pues no se puede ser borracho si no se entreabren cielos del decir en la borrachera o no se sabe cantar mientras dura el tango ideal de las desgarraduras.

Busca Hoffmann lo sorprendente de la mezcolanza del vivir, todo lo que exalta y conmueve la vida que pasa. Lo inesperado y lo inconcebible se mezclan en su obra con ritmo de arte.

Como Aloysius Bertrand, fué impresionado por Callot. Así como en "Gaspard de la Nuit", hay fantasías a la

manera de Callot, en Hoffmann se repiten los "Trazos fantásticos" y los "Caprichos" a la manera del mismo Callot, coincidencia que hará que alguna vez destaque, con ilustración de sus láminas, a este sugeridor de creaciones.

¡Extraño personaje también este Jacobo Callot, que al ver contrariadas sus aficiones por una familia de nobles, emprende una huida a Italia con una banda de gitanos!

Tiene tal importancia ese artista que se destaca en una esquina del arte categorizado de los catálogos, que le creo antecedente de nuestro Goya, con sus "Miserias de la guerra", sus "Horrorosos", y tantas otras aguafuertes de asunto macabro, hechos con el buril escalpelante y apuñalador que después manejó Goya.

Las maternales cubas siguen siendo ordeñadas para el poeta que trabaja en el rincón oscuro del café-taberna, y Hoffmann escribe sus "Cuentos nocturnos", su "Elixir del diablo", su "Hombre doble" y todas las otras obras que le han inmortalizado.

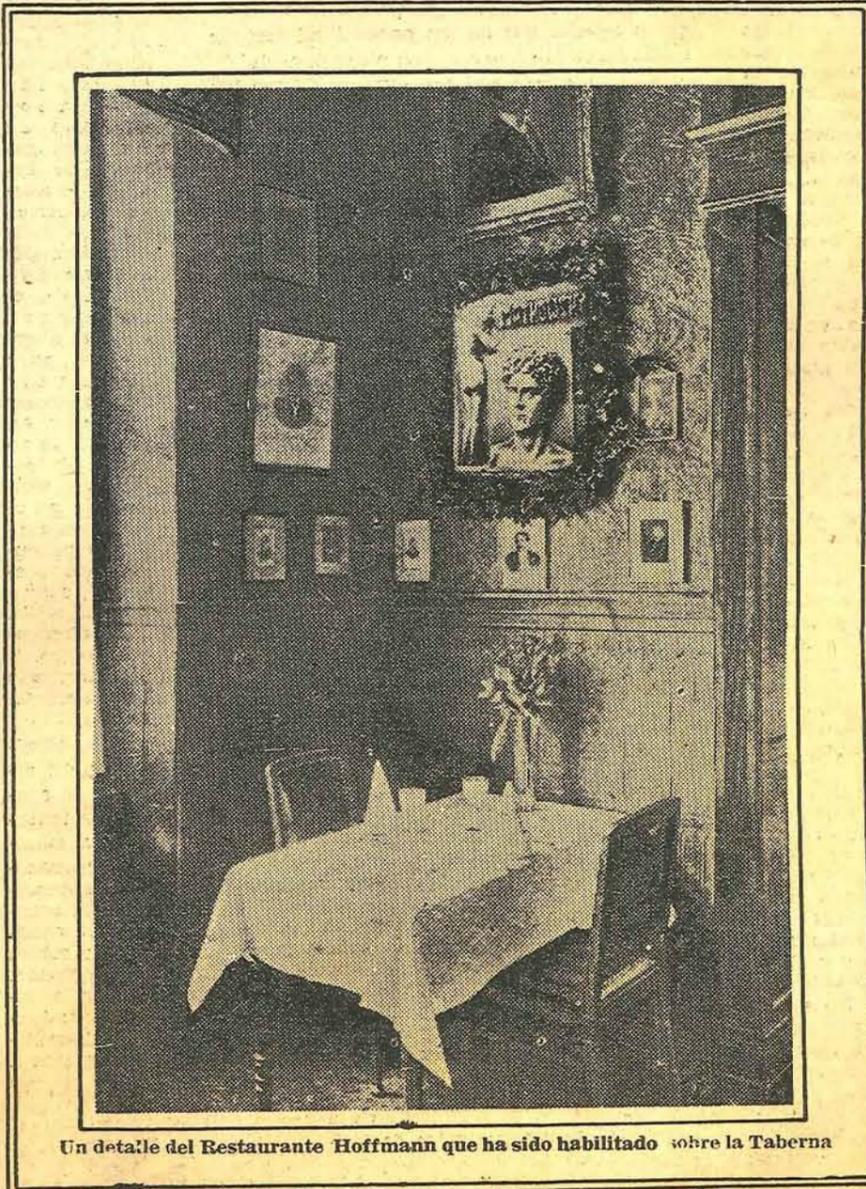
Ve la vida real, llena de notarios y comerciantes y entremedias mete lo inverosímil, lo que esa vida necesita que opere con entrometimiento para desconcertarla. Ese es el juego perfecto de la obra de Hoffmann.

Los dueños de la taberna de Hoffmann, como buenos alemanes, han querido añadir otras glorias a la gloria del literato delirante, y han colgado cuadros de primates y próceres en el recinto; pero todo en vano, porque sólo Hoffmann resplandece, apagando todos los otros trofeos con su única memoria.

Complicando el foco de turismo que a través de los tiempos ha sido la cripta berlinese, han habilitado sobre ella un restaurante en que la iconografía se adorna con marcos mejores y donde las mesas tienen mantel.

Hoffmann no hubiera subido nunca esas escaleras que conducen a los gabinetes del restaurante y su sombra lo maldice desde el rincón del habitáculo forrado de viejas maderas, donde estuvo la cámara oscura de su fantasía.

Varias veces he vuelto al tabernáculo de Hoffmann y siempre me ha hecho respirar y me ha desgravitado el espíritu, logrando la levitación de Berlín al solo conjuro del dedo del poeta, ese dedo que queda sobre la pluma y que aligera el mundo y lo descarga de su pesantez.

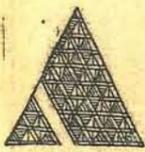


Un detalle del Restaurante Hoffmann que ha sido habilitado sobre la Taberna

Ramon Gomez de la Serna

(Para LA NACION) BERLIN, noviembre de 1930

TEATRO MECÁNICO



UNQUE mis conocimientos en materia de arte cinematográfico sean muy escasos y mi cultura poco profunda, tal vez se me permita, profano como soy, exponer aquí algunas reflexiones de sentido común sobre una cuestión que apasiona simultáneamente a la opinión pública y a los especialistas. Si se me objeta que me salgo de mis atribuciones, deberé responder que es más bien el cinematógrafo quien tiende a salirse de las suyas, puesto que cada día se introduce más audazmente en el dominio del teatro, ya que no disimula su pretensión de instaurar una nueva forma de teatro, el "teatro mecánico". Hoy se anexiona el sonido de la palabra. Pronto se apropiará el relieve y el color. Va a devorar todo. Un inmenso público se apasiona por él. Capitales astronómicos están a su disposición. Los actores, por razones puramente económicas, desertan cada día en mayor grado, la escena por la pantalla. Los autores comienzan a seguirlos. A los que querriamos permanecer fieles a nuestro arte se nos dice: "A ustedes sólo les queda desaparecer; ¡han sido superados!"

Lo repito: no he seguido muy de cerca la evolución del cinematógrafo. No me he entusiasmado, desde el principio, por esa maravillosa invención de la ciencia moderna. No me arrastró la primera ola de entusiasmo popular, ni tampoco la segunda, que comenzaba a llevar hacia las salas oscuras a gran número de intelectuales, de hombres cultivados, de verdaderos artistas. Comprendo muy bien todo lo que se pueda decir sobre un cierto rejuvenecimiento del arte escénico mediante el contacto con el cinematógrafo. He sacado de ello mi provecho como todo el mundo. Pero la mayoría de las virtudes eminentes del cinematógrafo, fáciles de discernir en las representaciones de un arte joven y rudimentario, no son propiamente de naturaleza cinematográfica. Son simplemente de orden dramático. Nunca he admirado sin reservas en la pantalla otra cosa que hermosos documentos o la visión de un mundo que escapa a nuestros sentidos imperfectos. Nunca he sentido la "vena" cinematográfica "sui generis" más que en un solo artista: Charlie Chaplin. Este sí, éste puede ser llamado un creador cinematográfico, porque su personalidad es inseparable de los medios con que se expresa, porque el cinematógrafo tiene necesidad de Chaplin para ser llevadas sus posibilidades más puras hasta el límite y porque Chaplin necesita del cinematógrafo para mostrar lo que debe mostrar.

Ahora bien, ¿cuál es precisamente la actitud de Chaplin ante la brusca abdicación del "film" mudo bajo la hegemonía de las "talkies"? Charlie se niega a repudiar un arte en el que no ha cesado de progresar desde hace quince años. Charlie se niega a hablar en la pantalla. Declara que la "talkie" es anticinematográfica. Aun más; si lo que se cuenta es cierto, Chaplin anuncia una película parlante en la cual se propone representar... un papel mudo. ¡Qué ejemplo! Únicamente Chaplin podía intentarlo. Solamente el que haya podido pensar en ello, ¿no es ya un hecho aleccionador?

Para sentirse cada vez más ganado por esa inquietud, basta con razonar simplemente. Basta con apelar a la memoria. Recuerdo que, hacia 1915 o 1916,

M. Gaumont, el director de la notoria entidad francesa, me rogó que fuese a verle, y me habló así, poco más o menos:

"Estamos completamente absorbidos. El éxito del "film" se ha declarado con la subitaneidad, la extensión y el poder irresistible de un fenómeno de la naturaleza. Desde sus orígenes hemos sido incapaces de dominarlo. Nos hemos limitado a responder industrialmente a las exigencias de un consumo monstruoso. Y hoy día sentimos que estamos perdiendo posibilidades extraordinarias. Queremos reaccionar, puntualizar, ordenar la producción, etc. ¿Quiere usted entrar en la casa y estudiar la cuestión para hacernos proposiciones?"

Esta conversación no tuvo consecuencia alguna, porque bien pronto comprendí que sólo se me invitaba a estudiar la cuestión desde el punto de vista literario, ya que si M. Gaumont deseaba mejorar su producción, no estaba, en cambio, nada dispuesto a alterar sus métodos. Pero únicamente menciono este hecho para indicar que hace quince años un puro industrial del cinematógrafo podía experimentar vagamente que el "film" había de encontrar su camino propio, y tendría que reaccionar contra la rutina para revestir una forma original.

Tales ideas se han desenvuelto ampliamente después de la guerra. El cinematógrafo ha comenzado a no ser ya despreciado. Los intelectuales le acordaron derecho ciudadano. Los artistas se especializaron en el estudio de esta forma nueva que, en su fervor de neófitos, no vacilaban en proclamar la forma del porvenir, destinada a eclipsar todas las demás artes. Fueron creados "studios". Se abrieron salas de vanguardia. En Francia, el mérito de Jean Tedesco consiste en haber sido el primero que buscó la creación de un repertorio de la pantalla, donde únicamente entraban, al lado de las búsquedas fundamentales y de los documentos preciosos, las películas no comerciales, destinadas a marcar una etapa o a proponer un fin en la evolución del arte nuevo.

No me propongo trazar en este lugar la historia de esos tanteos y esfuerzos, sino más bien señalar algunas de

las ideas directrices sobre las cuales pretendían basarse.

Arte de los tiempos modernos, decía, arte de carácter universal. La barrera de las lenguas quedaba destruida. Intérpretes de todas las razas podían colaborar en una misma acción dramática sobre la misma pantalla. Los subtítulos, hilos conductores de la acción muda, pasaban fácilmente de una lengua a otra. Además, los mejores "cineastas" tendían cada vez más a suprimir la proyección escrita, esa supervivencia literaria, en desarrollos cuyo lenguaje literario, propia y exclusivamente cinematográfico, quería bastarse a sí mismo.

"Bastarse a sí mismo": Tal era la ambición literaria de ese arte joven que salía del limbo, que comenzaba a sentirse vivir,

que, poco a poco, a través de errores y caídas, se limitaba, se dibujaba, lograba fisiónomía, esbozaba su teoría, determinaba sus medios, sus puntos de partida, sus fines, todavía lejanos, pero ya señalados luminosamente.

Si no me engaño, si hemos comprendido bien los escritos, las palabras, los ensayos de toda una falange de artistas, el nuevo cinematógrafo se definía esencialmente por oposición al teatro. Para educar a su público, para hacerle medir los progresos realizados en veinticinco años, las salas de vanguardia proyectaban antiguas películas, cuyo "escenario", cuya interpretación

y cuya concepción general no ofrecían más que un calco ingenuo del teatro. Y el público se retorció de risa, juzgando tales películas, no solamente anticuadas, sino también absurdas.

En esta búsqueda, los medios técnicos sólo eran puestos al servicio del espíritu cinematográfico. A veces se apelaba a ellos hasta el abuso. Las tentativas más avanzadas tendían a suministrar una concepción del "cinematógrafo puro" completamente desprendido de la anécdota, afectado a la esencia del ritmo, explorando en los confines de una poesía nueva. Y se sentía en qué medida esa película emancipada, al desprenderse del teatro, iba a influirle y a contraer con él quizá alianzas imprevistas. Los autores dramáticos mostrábase demasiado propicios a

tomar prestados, sin mucho discernimiento, los medios de la pantalla para trasladarlos a la escena. Finalmente, nuestros críticos no vacilaban en pronunciar en sus juicios la siguiente fórmula: esto es cinematógrafo, o: esto no es cinematógrafo, lo mismo que Francis Sarcy decía en otros tiempos: esto es teatro, o: esto no es teatro. Una estética surgía a la vista. Un instrumento hallábase en formación. El trivial acompañamiento musical iba a ceder el puesto a composiciones más adecuadas, en las que el "ruidismo" encontraría su aplicación íntegra y daría lugar a invenciones en el dominio instrumental, a la creación de una nueva orquesta. Paralelamente, se establecía una distinción, cada vez más precisa, entre el ritmo de la escena y el de la pantalla, entre el actor de cinematógrafo y el del teatro, hasta el punto de que ya se trataba de formar verdaderas compañías de conjunto únicamente consagradas al arte mudo. Podría multiplicarse los hechos demostrativos de que asistimos a un desarrollo lógico de la forma cinematográfica, desarrollo presidido por la inteligencia, y en el que podíamos reconocer el soplo del espíritu creador. A los que promovían objeciones se les respondía: Esperad, no juzguéis sin revisión. Aun no hemos alcanzado nuestro fin, pero le perseguimos con paciencia.

Ahora bien, ¿qué ha pasado? Bruscamente, ese fin que con tantos esfuerzos se había extraído del absurdo, es abandonado. Se deja a un lado el camino por el que se avanzaba tan penosamente, esa ruta que, aun a los ojos de los profanos, tenía el mérito de poseer un "sentido". Se le vuelve la espalda. Con arreglo a una palabra de mando, venida de Nueva York, se retorna a los balbuceos. Si Nueva York —o Hollywood— se equivocan, el universo entero deberá seguir la ruta de su error. El arte del cinematógrafo queda súbitamente vaciado de todo concepto propio. No ha hecho falta para esto más que la invención de los aparatos que sincronizan la imagen y el sonido. Ya no es el cinematógrafo un arte que se busca, sino una mecánica que se perfecciona; una novedad de orden material que produce estupor a los hombres vueltos a ser niños; es un juego, un juguete. El siglo XX tiene su teatro mecánico. El cinematógrafo ha muerto. ¿Me engaño quizá? Probablemente. Leo, efectivamente, artículos ditirámicos en honor de las "talkies", escritos por los mismos escritores que antes contribuyeron a impulsar el cinematógrafo en su vía propia, a contrapelo del teatro. Y no comprendo. Pido que se me aclare lo que pasa.

El porvenir pertenece a la película parlante —declaran esos profetas—. Estoy obligado a creerlos, a menos de aplicarles la sentencia popular de los rusos: "abogado, conciencia alquilada". Si están en lo cierto, hay el riesgo de que el teatro humano sea, en breve plazo, suprimido por el teatro mecánico. En ese caso, ¡viva la "talkie"! Si debe matar al teatro, dado el grado de descomposición a que éste ha llegado, no será yo quien lleve luto. El teatro ha merecido colmadamente esa ejecución absoluta. Dejemos hacer a la vida. Aceptemos la sentencia del siglo. Que la "talkie" reine como soberana. Que consagre la mediocridad general. Que la escena sea arrasada. Sobre este emplazamiento — ¡virgen, al fin! — erigiremos nuestro pequeño tablado y descubriremos el drama.

AL NIÑO QUE ME PIDE LA LUNA

EL hijo alza los brazos y me pide la luna.
(Es juguete de niños esta luna de abril
como aquella que un día encantó mi fortuna
e hizo mi viejo verso como un canto de cuna
o una voz infantil...).

Hijo mío; qué pena silenciosa por honda
tu inocente reclamo suele en mí concitar!
Da la brisa en los árboles el compás de una ronda
y la luna purísima, luminosa y redonda
se decide a bajar.

En tus manos la tienes como yo la tenía,
como tu hijo, mañana, a su vez la tendrá.
Por el poco de niño que hay en mí todavía:
¡damelá! ¡damelá!

De la tierra y el cielo eres único dueño;
quien antaño los tuvo, los guardó para ti.
Y hasta el globo radiante que me pides, pequeño,
aunque sólo era rico de tristeza y de sueño,
yo también te lo di!

GUILLERMO SARAMI

(Para LA NACION)

PARIS, noviembre de 1930.

MAQUES-COPEAU

TIPOS DE IMPRENTA

minúsculas

de

diverso tamaño



N el periodismo, como en todo, el hábito forma una segunda naturaleza. Y entre la tarea consuetudinaria y el hombre que la realiza, llega a haber una compenetración que es un intercambio de rasgos característicos. La crónica se parece al cronista, pero también el cronista absorbe y asimila modalidades de la "materia" tratada. En un repórter policial hay la misma fría indiferencia que los policianos de profesión muestran ante el dolor humano, la sangre, el crimen, la múltiple miseria dolorosa que se "tramita" por las comisarias de una gran ciudad. Eso en la exterioridad de la persona; la diferencia está adentro. Así como para un policiano la esquina de Santa Fe y Callao es la 17a. y la de Brandsen y Del Crucero la 24a., para un cronista bien embebido por los años en la faena descriptiva, un crimen en la 17a. no puede ser sino "un drama" y una muerte en la 24a. un simple asesinato. Si la muerte es una mujer, para un policiano es una mujer y para el cronista una dama más o menos misteriosa. A la policía le falta imaginación como a sus cronistas les sobra. El hecho, la "materia", ha distribuido mal entre sus dos clientes su caudal de sugerencias. Por eso la policía no descubre nada y los periodistas jamás dan por enteramente descubierto un crimen. De ese perenne choque de la yasca con el pedernal nace la impopularidad de la policía y la difusión pasmosa de los novelones policiales. La policía es la piedra; el cronista, la yasca; la llama es la enfermiza curiosidad del público. Las dos causas y el efecto andan siempre juntos y son completamente dispares.



A un cronista policial en funciones le gusta que lo confundan con la policía; a la policía le fastidia la confusión. El público querría ser a la vez cronista y pesquisante. Así es de ingenua la vanidad y de torpe en la elección de sus motivos.



Un cronista policial que está relatando un suceso en el que hubo una muerte, es un aviador que va volando amenazado por el pozo de aire del ridículo. Si no pone mucha atención en lo que escribe, le saldrán disparates de este tamaño:

—“En eso Fulano, que era el que discutía con el muerto...”



El cronista de sucesos policiales es el más diligente de todos los cronistas. Con él se puede contar—dicen los secretarios de redacción—para cualquier

trabajo y a cualquier hora. Es siempre un agente de facción: le gusta "hacerle una boleta" a cualquier suceso que vaya pasando a contramano.



El repórter que va por obligación a las oficinas públicas termina por contagiarse del empleado fiscal, que es el ser menos diligente del mundo. Un hombre que sabe mucho de estas cosas del periodismo y que lo ha practicado durante más de treinta años con una dedicación ejemplar, suele decir que a la Casa de Gobierno no hace falta mandar cronistas: bastaría con adiestrar un perro que llevara una canasta y se paseara por los ministerios recogiendo en ella los boletines hechos con papel carbónico.

Claro está que esa visión caricaturesca se excede por el lado de la caricatura, pero es indudable que no se aleja de la realidad tanto como podría pensarse.

No hay hombre capaz de substraerse al ritmo de vida de su medio ambiente. El cronista de asuntos gubernativos trabaja dentro del diario con ritmo de diario, pero sus visitas al palacio de la Plaza de Mayo le frenan todos los resortes de la actividad.



El repórter de un ministerio acaba por parecerse físicamente a su ministro. Es, por consiguiente, un ser que cambia de físico cada seis años, y a veces más a menudo. Es lástima que no puedan darse gráficos ejemplos. Los hay elocuentísimos.

Se parece al ministro y tiene sus mismas preocupaciones. No hay cronista financiero que no sea un hombre plagado de virtudes domésticas y prodigiosamente dotado para el ahorro. El de Guerra suele parecer un comandante retirado. Y si es de Guerra y Marina al mismo tiempo, como sucede a veces, el marino absorbe al militar y el hombre es suave en la forma y comandante en el fondo. Un cronista de la cancillería es en el porte, en la manera y en el traje, un introductor de noticias. Antes, cuando había cronistas de la Presidencia, existía el tipo dreadnought del cronista: el hombre importante que se deja atribuir la paternidad de editoriales de cuya aparición en su diario no tenía la menor noticia. Ni podía tenerla.

El del Interior es un ministerio muy contagioso: al cronista suele darle por ser reservado y fomentar con una sonrisita cargada de discreción y sugerencia, la vaga alusión a los importantes secretos que él debe conocer. El repórter del Interior es, como su ministro, un político en potencia. O en rebelde impotencia, como ocurría hasta septiembre.

Obras Públicas, Agricultura e Instrucción Pública crean el repórter latero: el que trae listas, planos, gráficos, estadísticas y todo el resto de material fiambre que el regente del taller amontona para darlo a las máquinas cuando no haya nada que hacer. Suelen tener aire de resignación esos cronistas, y son ellos los temibles difusores de una palabreja que en lenguaje gubernativo es un espanto: problema. Cuando el Gobierno le llama problema a un asunto de los suyos, el asunto no marcha.



Los fotógrafos son cronistas maravillosos. Ven lo que otros no ven, por-

que tienen la obligación de verlo todo. Es su espontánea avidez de hombre la que ve y retiene. Yo he conocido repórter gráfico que solía traer más noticias que su noticiero acompañante. Y es claro: si escribir como se habla es una virtud, el fotógrafo es buen informante porque ve para él y no para escribirlo. Retrata como quien conversa.

El fotógrafo no tiene que verlo todo, sino que ver el núcleo. El ojo profesional lo lleva rápidamente al núcleo de un suceso, mientras el repórter tiene que buscarlo y a veces no lo encuentra.



La gente que pregunta por teléfono a los diarios qué sucede, cuando algo muy grave sucede, le hace a quien atiende la consulta la misma impresión de que le estuvieran dando un tirón de las orejas mientras se está afeitando. ¡Si supieran esos curiosos el rosario de malas palabras que uno piensa...!



El repórter voluntario—ese amigo de la casa que viene trayéndonos lo que él sabe, para darnos una manita—es un tipo muy peligroso. Con la mayor facilidad ve burros verdes, edificios que se echan a caminar y otras primicias informativas de análoga importancia. Si el día de la revolución no nos volvíamos locos todos en LA NACION, ya es difícil que por obra de nuestros amigos perdamos alguna vez el juicio.



El periodismo moderno ha hecho que toda la substancia emotiva de cada columna aflore a la superficie, que es decir a la altura en que el título se pavonea. Una página perfecta sería aquella que al lector le hiciera pasear la mirada y la curiosidad en un alocado meneo de un lado a otro, sin dejarle que se hunda en texto alguno, hasta que haya dicho ocho veces: ¡Caramba...!



El telégrafo nacional todavía no ha aprendido la técnica de las grandes noticias sensacionales. El cable transoceánico, en cambio, es un viejo maestro. Por su vía las catástrofes parecen venir en la adecuada salsa. Incluso el membrete en inglés infunde seriedad trágica a sus noticias.



El periodista cablero—el que se entienda con los cables—es un ser sin emoción. Como se pasa la vida tragi-

nando ecos de desdicha, termina por no importársele nada de nada. Para él, 25 muertes en Hong-Kong son una pavadita; le cuesta hacerse a la idea de que 25 muertes en la Boca no sean una pavadita. Como suele ser extranjero, la Boca y Hong-Kong tanto le dan.

El periodista cablero tiene su sensibilidad traducida al esperanto.



El cronista de turf es un conciudadano que se declara forfait en toda carrera que no se corra en su pista. Salvo muy honrosas excepciones, no suele servir ni para ir a ver quien viene.



Los colegas de la sección Teatros viven—o a mí me lo parece—en el mejor de los mundos. De día duermen, porque para eso trabajan de noche. Y de noche no aportan por el diario, porque tienen que andar por los teatros.



Vale más no verlo aparecer al cronista de Navegación. Cuando sale a luz, es portando un naufragio a cuestas y pidiendo que le hagan un mapa explicativo del sitio del siniestro. El cronista de Navegación es un "cachiyuyo": anuncia el desastre.



El crítico musical es un hombre que no usa reloj. Se aparece a la 1 de la mañana, vestido de frac. Sus carillas son las últimas en llegar al taller. Lo cual suele tener compensación, según dicen los secretarios: que están bien escritas.

DINTY MOORE

DIBUJOS DE ALEJANDRO SIRIO

BRONCEE SU PIEL

al sol sin sufrir el dolor de las quemaduras empleando diariamente la Crema de Almendras **GLENZ**, cuya benéfica acción mantendrá la belleza y lozanía de su cutis.

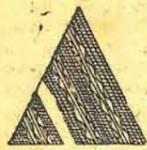
CREMA GLENZ



DIALOGO CON MI SOMBRA

Por VICENTE MARTINEZ CUITIÑO

(Para LA NACION) PARIS, noviembre de 1930.



QUELLA noche de verano dejé el comedor del hotel habitado por numerosos turistas de todas las regiones del planeta, y me dirigí a orillas del lago, lámina de misterio que ahondaba en abismo azul el reflejo de la bóveda estrellada.

Saturado como estaba de comentarios pueriles, de acentos inútiles, sin contar las músicas sincopadas que complican con su persecución brutal la sencilla mesa de los paseantes humildes, quise darme un baño de silencio en uno de los bancos de la costa.

Bien pronto la ciudad quedó lejos. Yo aspiraba a no oír nada, a ser simplemente una criatura de olvido, de olvido totalizador, entre el bosque inmenso que tenía a mis espaldas y el cuadro nocturnal que ofrecía a mis ojos la naturaleza recogida. Podíase entonces ser uno mismo y tratar de penetrar en el sentido de la noche, auscultar su escondido corazón, y acaso asociarse en la profundidad de su conciencia. El cielo, el bosque, el lago, la montaña, la sombra embalsamada, silencios de creación. El individuo que hay en mí se había como velado tras no sé qué brumas ilógicas. Y no obstante, me pareció formar parte de una armonía benéfica.

—Estoy en Suiza, me dije, paraíso del orbe. La vida de este pueblo participa, a la vez, de la disciplina germánica, de la claridad francesa, de la ductilidad itálica. Gentes limpias de cuerpo y alma, varones sabios y mujeres capaces, parecen realizar aquí un gran ideal de civilización: la armonía. Armonía en el continente y en el contenido. Quienes fuera de sus fronteras se destrozan en la guerra o se odian en la paz, aquí se abrazan hermanos. Jamás fué más armónica la política, ni tan rítmica la labor, ni más fecundo el trabajo. Patria de los relojes y de la organización, su cultura política no excluye, sin embargo, la emancipación espiritual; antes bien, la acentúa. El suizo tiene la conciencia de la solidaridad social. El engranaje, que es física pura en la marcha de sus relojes, es moral actuante en la vida de sus instituciones. Pero posee también una noción elevada del individuo. Se mejora permanentemente en todos los órdenes. Cuanto más puro, es decir, cuanto más independiente, más útil resulta a la colmena social, de cuya vitalidad depende, a su vez, el bienestar de sus componentes. Tres lenguas, una sola ley. Bastaría extender la constitución federal de los cantones hacia Francia, Alemania e Italia y estaría asegurada para siempre la paz entre estas naciones de tradición guerrera y, por lo tanto, salvada la civilización del viejo continente. Bastaría agregar otros países: la fría Inglaterra, la contradictoria España y aun todo el infierno balcánico, y este concepto — que ya podría ser estética de la historia — iniciaría la edad de la concordia definitiva. Es ahí enfrente, en Ginebra, donde tal vez ha germinado el pensamiento de Briand sobre los Estados Unidos de Europa. Y es, sin duda, en sus constantes visitas a esta región de la dicha humana, que ha comprobado la realidad parcial y la posibilidad absoluta del célebre sueño de Hugo.

Seguramente había hablado fuerte o acaso pensado en voz alta, porque inmediatamente alguien, cuya silueta se perdía en la sombra de un árbol próximo, me preguntó:

—¿Crees entonces que la Sociedad de las Naciones podría reproducir el fenómeno local de los cantones suizos y servir de base a los Estados Unidos de Europa?

—Creo, le respondí tras una breve vacilación. ¿Y tú?, agregó para ponerme a tono con el interlocutor.

—Yo también creo que podría, como podría cumplir el precepto cristiano de "amaos los unos a los otros"; pero, a veces, esa sociedad se me presenta como un vasto laboratorio de panoramas históricos difusos. ¿Qué opinas?

—Opino que es más bien el instrumento jurídico de una bella ilusión colectiva, próxima a concretarse en una gran realidad.

—¿Cómo así?

—Las naciones se dan por su intermedio al ensueño y elaboran bajo reglas estrictas la posible constitución. De ahí a la realidad sólo hay un paso.

—¿Y quién te ha enseñado que las reglas hacen historia?

—Si la historia pertenece a los hombres es porque los hombres la hacen, le contesté algo incomodado por el tono sarcástico de su pregunta.

—Amigo mío — me permitirás que así te llame —, tengo entendido que la historia es un proceso ajeno a la voluntad, buena o mala, de algunos hombres, por muy ilustres que sean.

—¿Niegas el factor psicológico?, le interrogué.

—No me hace falta; pero ya que tú, al parecer, le atribuyes importancia, óyeme: si tú piensas que, a veces, en efecto, un conductor genial coincide con el determinismo que lo elige por agente favoreciendo de tal suerte el desarrollo del proceso, no me negarás, al menos, que la voluntad impersonal de la historia — por así decirlo — y la voluntad personal del agente suelen adoptar direcciones opuestas. En este último caso sólo el agente se equivoca, pues aun cuando le dé la espalda a la historia, la historia mantendrá su rumbo.

—No te entiendo.

—¿Nunca te has embarcado?

—Sí; y con frecuencia.

—¿No te ha ocurrido caminar sobre cubierta en sentido opuesto al del barco?

—Sí.

—Y bien. Aunque tú camines en dirección opuesta a la del barco, el barco te lleva como la historia al agente. Recuerda a Atila, a Carlos XII, a Cromwell; recuerda a Napoleón. Agentes máximos de la historia, la historia se los tragó.

—Yo recuerdo a Wilson, ángel tutelar de la paz.

Y me refiero con él a la luz inteligente y piadosa que señaló derroteros en medio a la catástrofe más horrenda que conocieron los hombres. Para impedir su repetición imaginó la Liga, que es hoy el baluarte internacional del progreso.

—No me hablas de progreso. Cuando más se hablaba de progreso se declaró la guerra europea, cuya ferocidad no conocieron ni remotamente los pueblos más bárbaros del orbe.

Me pareció oír una carcajada... y guardé silencio. Mi desconocido prosiguió:

—¿Has visto "Chanteclair"?

—Sí.

—Creía el iluso que su canto hacía salir el sol.

—¿Y qué relación puede presentar Chanteclair con todo esto?, dije con cierta aspereza.

—¡Ah! Te pones nervioso. Comprende. Te agradaría más que te designara en fórmulas metafísicas ideales que no se realizan. Claro está: te gustaría oír citas de sociólogos y constitucionalistas, de filósofos, acaso. Echas de menos los antecedentes doctrinarios y toda esa bibliografía copiosa con la que se apuntala casi siempre un pensamiento endeble. Sin embargo, ten calma y contéstame: ¿no encuentras cierta semejanza entre la ilusión de Chanteclair y tu ilusión de los Estados Unidos de Europa?

—¿Cómo he de encontrarla? Mi ilusión tiene un fundamento, la justicia, y un ideal, la paz.

—Me alegro de que no confundas el ideal con la ilusión, ni la justicia con el ideal, me replicó con un acento entre burlón y piadoso. Y agregó con cierta melancolía: Yo también amo la justicia y la paz. Me engañaron como novias perdidas el 14. Mira mis ojos tristes. Contempla la palidez de mi rostro. Mucho me temo que sigan siendo infieles. Pero... no hablemos de mí. ¿Qué anhela tu ilusión?

—Extinguir esa pesadilla atormentadora de la guerra y asegurar la felicidad

de todos los hombres, le afirmé imperativamente.

Y trascendiendo en su inflexión un humorismo agresivo, exclamó inmediatamente:

—¿Y dónde has aprendido que los hombres desean la felicidad que otros conciben? ¿Conoces tú a los hombres? ¿Olvidas su procedencia? Además, ¿un esquimal no es un hombre? ¿Cómo podrías establecer una fraternidad entre un esquimal, un habitante de Java y un forjador del nuevo derecho internacional de Ginebra? ¿Hay regla que los nivele?

—Todos ellos viven, aman, lloran, sufren, sueñan...

—Muy bien; pero viven, aman y sueñan de distinto modo, aunque sufran o lloren por igual.

Iba a contestarle que el amor es llanto, mas no me dió tiempo, pues continuó diciendo rápidamente:

—¿Has pensado un solo momento al menos en la diversidad de sus ambientes, en la variedad de sus razas, en la semejanza de su religión, de su moral, de las condiciones de producción que tu instrumento jurídico ha de tener en cuenta, para no hablarte de la divergencia de las condiciones económicas, financieras y sociales de los países que el nuevo derecho de Ginebra no podría dejar de respetar sin atentar contra su propia esencia? ¿Has pensado en las naciones de la Liga, que no pertenecen a Europa? ¿Has pensado en las naciones ausentes de la Liga?

—A las ausentes se les prohibirá — aun mediante la fuerza — que cometan injusticias y desencadenen vientos de dolor y de muerte sobre el mundo, fuera de que nadie podrá razonar con éxito contra el ideal de la concordia humana, asegure con vehemencia.

—Hablas sinceramente, pero te apartas de la realidad. Habitas románticamente en una nube.

—¿Por qué? — Olvidas que la injusticia asiática puede, por ejemplo, convenir al Estado inglés, y que la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad de que nace la República Francesa nada tienen que ver con las normas del Japón ni con la estructura social de la China.

—Lo cual no impediría que se adhieran a las sanciones de la Sociedad o a los mandatos de los Estados Unidos de Europa, como no ha impedido que Inglaterra y el Japón mantuvieran un pacto. Además, pienso que los asiáticos imitan muy bien a los europeos.

—Tienes razón. Los imitan muy bien. Por eso realizarán ellos, a su vez, los Estados Unidos del Asia. ¿Crees que los Estados Unidos de Europa se quedarían tranquilos con sus imitadores? ¿No imaginas que al final de cuentas tendrían que mantener con ellos esas dulces relaciones diplomáticas que frecuentemente terminan en una violenta guerra?

—Eso, le dije con acritud, significa negar el principio de la cooperación internacional.

—No lo niego, amigo mío. Por el contrario, creo que es necesario, pero creo también que la cooperación internacional es más fecunda cuando representa verdaderamente la cooperación de los pueblos. ¿No es que tu ilusión de los Estados Unidos de Europa busca un equilibrio entre las naciones?

—Así es.

—Y bien: para que haya equilibrio entre las naciones será menester que lo haya previamente entre las partes mismas de que se compone cada nación. ¿No te parece?

—Tú sí que sueñas, le repliqué. El equilibrio interno sólo depende de la fuerza.

—No comprendo, entonces, qué entiendes tú por equilibrio.

—¿Equilibrio? Pues... una igualdad de dos o más fuerzas que se contrarrestan.

—Fíjate que no basta para tu ilusión. Aun en mecánica, hay equilibrio si cuando suprimes las fuerzas que actúan sobre el cuerpo no cambia ni su estado ni su movimiento. ¿Quieres decirme qué pasaría en el mundo si cesaran de actuar las fuerzas que mantienen el equilibrio interno de las naciones? Tú me hablabas de paz y dabas a tu ilusión la justicia por fundamento. ¿Te olvidas de los principios que invocas? ¿Te olvidas de los pueblos?

—De lo que no me olvido es de que las trayectorias de la humanidad han sido siempre impuestas por las soluciones guerreras.

—Luego, ¿por qué hablas de paz?

—Precisamente, porque es el largo y hondo deseo de una humanidad azotada por el recuerdo trágico del 14 y porque es la consecuencia de una solución guerrera que la impuso, como impuso además a la Sociedad de las Naciones haciendo honor a la cultura de los grandes estados directores. Es allí en la Liga — cuna de una nueva era — donde toda discrepancia se suaviza y donde han de desaparecer todas las divergencias de los pueblos para que la nueva trayectoria de la Humanidad se cumpla.

—¿Eres un hombre feliz! Piensas que las trayectorias de la Humanidad nacen de las soluciones guerreras. ¿No te parece más bien que las soluciones guerreras son simples accidentes en las trayectorias de la humanidad?

—¿Por qué? — Los antecedentes de la humanidad son contrarios a tu pensamiento. Si la solución guerrera fuera verdaderamente una solución, sólo hubiera existido una guerra. Recuerdo que todas las soluciones guerreras han sido trasgredidas...

—Por la ofuscación de la victoria o la amargura de la derrota. Es lógico entonces buscar por todos los medios el reinado definitivo de la paz.

—Veo que vuelves a los hombres... Fueron trasgredidas porque nuevas circunstancias aportaron nuevas divergencias, o acaso porque las causas originarias de las guerras nunca desaparecieron con los tratados. La historia de las guerras es la historia de los tratados, la historia de los tratados no es la historia de la humanidad.

Me pareció oír otra carcajada. Mi desconocido, al cabo de un minuto prosiguió:

—Desde luego, es más fácil evitar un duelo que una guerra.

—No lo creo. El mundo se rige hoy por convenciones y las convenciones son ley para las partes, tanto en el derecho internacional público como en el privado.

—¿Quieres, acaso, decirme que las guerras son pleitos armados?

—Tú te burlas de mí, le increpé. Pero yo me río de ti y de la dialéctica con que pretendes ocultar una intención de mofa.

Se produjo un silencio. Supuse que el interlocutor se excusaría. Nada de eso ocurrió. Continuó hablando sin hacer ningún caso de mis palabras.

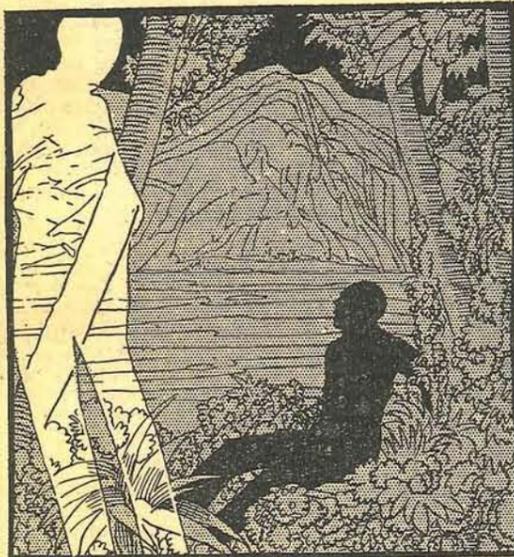
—El "homo homini lupus" es la expresión de una estructura social determinada, sin embargo — agregó —. Y la humanidad no tendrá la otra historia que merece hasta que el proceso no la modifique. Dime una cosa, amigo: ¿no te parece cómico que toda medida adoptada por la Sociedad de las Naciones debe ser ratificada por los parlamentos de las naciones signatarias?

—¿Cómo ha de parecerme cómico? Me parece imprescindible, lógico y prudente. Esa es la única garantía de la perdurabilidad de los tratados. El estatuto sobre el cual reposa la organización de la Liga — ante la paz — tiene fuerza porque los estados son personas jurídicas aptas para contratar. La aprobación parlamentaria es la ratificación otorgada por la soberanía del estado. Desde ese momento, lo que firmó su representante y aprobó el estado soberano es ley para el estado, sin que nada puedan contra ella las posibles fluctuaciones políticas de orden interno.

—Ni más ni menos que cuando firman los hombres.

—Es cierto.

—Pero habíamos quedado en que las guerras son pleitos armados. No te exaltes. ¿Has pensado que ningún



parlamento firmará medidas adoptadas contra los intereses que representa?

—Tú hablas de intereses y yo me refiero a ideales.

—¿Tú te refieres a ideales? En política un ideal es la flor de un interés. No te enojés. No quiero herir tus creencias ni tu vocabulario, pero desciende de tu nube, o mira desde tu nube si quieres, y fijate si no es posible que en el ideal de una nación quepa el hambre de una de sus colonias.

—No es posible. Lo que dices es sencillamente monstruoso.

—¡Oh, iluso! ¿Te gustaría pasear por África, Asia, y aun por las Guayanas?

—Esos pueblos son felices.

—En efecto. Uno puede ser feliz en el sufrimiento. Te lo han probado los santos. A esos pueblos les agrada, sin duda, sufrir y cierta felicidad europea consiste en que su "concepto de dicha" no se modifique.

—Si hablas irónicamente—le repliqué, molesto por la suficiencia de que hacia gala—no te contradigas al menos. Hoy me aseguraste que los hombres aman, viven y sueñan de modo distinto. En consecuencia, pueden ser felices de manera diferente.

—Así es—me contestó—, y por lo mismo pueden querer una paz diversamente sentida. Unos la querrán sin armas, otros con ellas; unos la desearán libre de aduanas, otros con ellas; unos pretenderán saborearla en salsas realistas, otros en republicanas. ¿No se te ocurre que en esa diversidad de salsas ya existiría una grave divergencia? ¿Podrías asegurarme que nunca existiría una oposición entre las exigencias de la organización internacional de la paz y el libre juego de las instituciones políticas? Entretanto, ¿se desarmar las naciones? ¿No te parecería previo el problema? ¿No crees que si los estados no han sido capaces de cumplir el tratado de Versalles en lo que se relaciona con el desarme, es porque manifiestan un espíritu de desconfianza perfectamente contraria a la confianza mutua sobre el cual habría de desarrollarse la idea de los Estados Unidos de Europa? ¿No me aceptas que si el pensamiento de los Estados Unidos de Europa responde a una doctrina de pureza debe contener implícitamente el otro ideal—más amplio y más bello—de los Estados Unidos del globo? ¿No convienes en que si la Unión Federal Europea se detiene en límites continentales surgirán otras uniones, tanto o más peligrosas que aquella? ¿Y si nuevas uniones no surgieran, cómo me garantizarías que aquella Unión Federal no hará sentir su predominio sobre las pobres naciones que no supieron federalizarse? ¿Cuando un estado hace sentir su predominio no se aparta de la justicia? ¿Y si nacieran nuevas uniones, qué ocurriría? ¿No es armarse lo que más place a cada unión? ¿La unión no es ya una fuerza? ¿La fuerza misma no es ya un arma? ¿Por qué no me contestas?

—Podría contestarte lo mismo que sostienen los delegados de Ginebra, que saben tanto o más que tú—le argüí para evitar mayores discusiones.

—Tienes razón. Saben más que yo y que tú. Y además, son buenos hombres empeñados en el bien.

—O iluminados.

—En efecto; los estados envían a Ginebra sus héroes de la paz, sus iluminados, cimas, sin duda, de esa humanidad soñadora, a la que tú también perteneces. Y los envían con un brillante séquito de técnicos del derecho, de personas noblemente idealistas y candorosamente geniales, capaces de usar maneras de terciopelo y de ponerle sordina al mismo silencio. Pero dentro de sus fronteras hay mucha gente interesada en permanecer sorda a la melodiosa canción de Ginebra. Tienen esas gentes ocupados sus oídos. Oyen tan sólo el estrépito de las usinas donde se funde el acero de los cañones o el rumor de los laboratorios donde una química insensible condensa en minúsculas pastillas enormes nubes de gases asfixiantes.

—Lo cual no impediría que el sueño de Ginebra se realice y cumpla su cometido.

—Si. Es posible que tus iluminados lleguen a gozar un día su gran sueño. Más aún: llegarán tal vez a dormir dulcemente sobre sus laureles inmaculados, pero mientras el viejo continente remueve tan sólo su legalidad formal sin pensar en su estructura, bastaría que una bestezuela metafísica se yerga en un apartado confin de

su suelo para que al día siguiente, y contra todos los cálculos de Ginebra, la pobre humanidad europea advierta el rojizo resplandor de un incendio. Hay una pólvora que estalla por su propia cuenta, sin esperar la orden. Esa pólvora tiene su concomitancia moral en el odio, tea de guerra que puede tanto como las granadas. Es la que desgraciadamente vuelve a preparar, a pesar de la Liga, esta fecunda sociedad de hombres que ha visto despedazarse un mundo, sin que haya visto, por crueldad histórica, si quieres, desaparecer los principios que determinaron la catástrofe. ¿Por qué tiembla Polonia? ¿Por qué grita Hitler? ¿Por qué se exalta Yugoslavia? ¿Por qué se estrema mece Hungría? ¿Por qué maniobran constantemente los aeroplanos de guerra sobre las crestas de los Alpes? ¿Por qué bajo el hermoso cielo italiano hay profesores de contienda y muchedumbres nerviosas que parecieran sentir nostalgias de la pelea?

Nada contesté.

—¿Por qué callas?—me preguntó.

—¿Es que empiezas a tener más miedo de la paz que de la guerra?

—Yo amo la paz. No puede causarme miedo lo que me inspira amor.

—¿Cómo se ve que no has amado, buen hombre?

—Yo amo la paz—le repetí con sequedad—. Tu pesimismo tendrá un rápido mentís, así que los maestros de energía que se reúnen en Ginebra levanten el humanitario edificio de la Federación Europea.

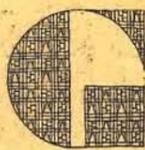
—¿Oh, no te exasperes! No es digno de tu ilusión. Y oye: lo que puede ocurrir mañana puede ocurrir dentro de uno o dos lustros. Al fin y al cabo, un punto en la historia es medio siglo. No quiero poner sombras en tu alma al asegurarte que un nuevo incendio europeo reduciría a cenizas la civilización. El hombre tendrá que empezar de nuevo. La humanidad sabe resurgir de sus escombros... pero... ¿qué dolor! ¿no?... ¿Te imaginas la catástrofe? ¿Me equivoco, acaso?

Pienso, sin embargo, que si Hugo el profeta viviera hoy, no hablaría de los Estados Unidos de Europa, sino de los Estados Unidos del Hombre, pues él quería salvar al hombre. Y Europa viviría por el hombre y no el hombre por Europa. Y tú soñarías la frase de Briand, cuando en un arrebato de entusiasmo se calificó "ciudadano del mundo" en Suiza, patria de los relojes y de la organización, según sus propias palabras. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero el hombre, amigo mío, no se transforma sino muy lentamente. Su vida es siempre su problema, su alegría es siempre su ilusión, su amor es siempre su imprevisión, su dolor es siempre su verdad. Frente a su "yo" que pugna por libertarse, está el límite social con la amenaza de una nueva tragedia: la muchedumbre optimista ante el individuo incrédulo, la especie que vive a pesar del individuo que muere y de las sociedades que pasan... y toda la historia actuando con su pesadumbre secular, sus ejemplos desgarradores, sus heroísmos ciegos o sublimes y su impotencia cabal para dar caza cierta a la quimera que huye...

Un bólico rayó el cielo y fué una gema el lago. La brisa trajo en sus alas una extraña melodía en cuyas notas yo sentí pasar indefinibles tormentos. Mi interlocutor había callado. No atiné a interrumpir su silencio, pero quise contemplarlo. Me habían interesado sus meditaciones tanto como el destilar de su escepticismo absorbo en el destino de mis semejantes. Graciosa criatura ésta, pensé, proscripta por los ruidos de la urbe, que como mi humilde persona busca la quietud de la noche para desatar los lazos materiales que la vinculan al bullicio de la vida actual. Quise darle mi mano fraternal, no obstante el sentido irónico que dió frecuentemente a su palabra. Cuando abandoné el banco para ir a su busca y saludarlo, sólo vi una sombra que se alargaba. Bajo la copa del árbol próximo no había nadie. Hablé fuerte, nadie me respondió. ¿Aquella noche era mi sombra?... Devuelto a mi realidad, evité el análisis y me dirigí nuevamente al hotel. Caminé largo rato. Una luna de novela comenzó a derramar plata sobre las distantes cumbres alpinas. En el espejo del lago virutas argentadas mezcláronse al millón de luceritos con que se adornaba el negro macizo de la montaña. Se me figuraron los ojos de la tierra. Eran las luces de la ciudad. No comprendí cómo no las había apagado para gozar el encanto de aquella noche profunda.



ROLAMO GIGLI, en su "Diario de Siena", editado en 1722, así escribe: "Cristóbal Colón tuvo especial devoción por la imagen de la Virgen de Santa María in Portici de Fontegiusta, y como

prueba de ello mandó a aquella Madonna, después de la conquista de las Indias, su espada y algunos desmesurados huesos de monstruos marinos."

Y Vicente Bonsignori, en su "Historia de la República de Siena" (Tipografía Senese, 1856), añade este interesante detalle: "Por antigua tradición— así dice—, sabemos que Cristóbal Colón fué alumno de esta Universidad".

Si se piensa que la Universidad de Siena existía desde el año 1246, y que a ella acudían los estudiosos de todas las regiones de la península, la afirmación de que también Colón frecuentó sus aulas no es cosa que pueda causar extrañeza.

Lo que sí, en cambio, sorprende y mueve a la curiosidad, es el hecho de que después del descubrimiento de América, esto es, cuando el peso del dolor y de la gloria debían haberle hecho olvidar los años juveniles transcurridos en la ciudad de Toscana, él se acordase de mandar sus armas, como en cumplimiento de un voto, a la venerada Madonna de la iglesia de Fontegiusta.

¿Acaso signifique esto una acción de gracias del genovés por el descubrimiento del Nuevo Mundo? Esta es la opinión de Gigli. Pero no concuerda, en cambio, con la leyenda, que tan profundas raíces ha echado en el corazón del pueblo. Según ésta, Cristóbal Colón, estando en Siena, se habría perdidamente enamorado de una bella y noble joven, que habitaba en un severo palacio situado en la vía Camollia, no muy lejos de donde él tenía su cuartito de estudiante.

Una suave noche del mes de mayo iba andando Colón hacia su casa, por las calles silenciosas, cuando llegó de repente a sus oídos la voz de una mujer. Alzó la mirada, buscando entre las sombras de una ventana gótica el rostro de aquella mujer, cuya voz poseía acentos más dulces que su misma melancolía, pero a nadie pudo distinguir.

A la noche siguiente volvió a pasar bajo aquella ventana y allí se quedó esperando; hasta que de nuevo la voz de oro volvió a rasgar el silencio de la noche, haciendo palpitar el corazón del hombre. Un ligero temblor en la voz, y a un momento dado, un rostro de mujer asomóse a la ventana. Una sonrisa pasó por los labios de la joven, el rubor tiñó sus mejillas,

pero el joven no tuvo ni fuerzas para vencer su estupor y responder con una sonrisa. Quizá ella, en aquel momento, se apiadase del galán, y no pudiendo, como es probable que el instinto le hubiese sugerido, consolarlo con un beso, quitóse de la cintura una flor y se la lanzó.

El idilio bien puede decirse que aquí concluyó, ya que ninguna otra dulzura fué concedida a los dos jóvenes.

Ella acostumbraba a salir cada día con su madre para ir a rezar a la vecina iglesia de Fontegiusta, y todos los días también el enamorado se encontraba en su camino, dispuesto a ofrecerle el agua bendita, feliz tan sólo con sentir el contacto de sus dedos.

Pero las distancias sociales que separaban al estudiante forastero de la noble de Siena truncaron al nacer este desesperado amor.

La última tarde que Colón visitó la iglesia de Fontegiusta fué para pedir a la Madonna le diese fuerzas para partir, y al saludar por última vez a la joven, lo hizo con una frase que significaba de un modo implícito un voto: "La Virgen de Fontegiusta le dará noticias mías".

Pero es probable que las noticias llegasen a la amada ya demasiado tarde, esto es, cuando la espera de toda una vida hubiese malogrado su belleza y sus fuerzas.

Las armas que se admiran colgadas en la iglesia de Fontegiusta son sencillas y desnudas: un yelmo, una espada y un arcabuz.

Un poco más allá hay también un gigantesco hueso de ballena y un escudo que también se atribuye a Colón.

¿Mandó todo ello Colón a la Virgen en acción de gracias por la gran empresa realizada, o para recordar a la mujer de sus sueños la fidelidad de su amor y la verdad de sus promesas?

¿Habrán efectivamente pertenecido a Colón las tales armas?

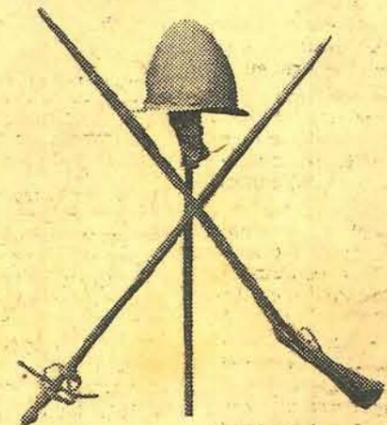
Las dos leyendas son dignas de atención; pero bien pudiera ser que, al amar tanto a la bella de Camollia, él fuese devoto de la Virgen de Fontegiusta tan sólo porque ella frecuentaba aquella iglesia, y entonces más verosímil y lógica aparece la segunda hipótesis. Sobre todo, dado que las armas—como si fuesen allí puestas en virtud de un deseo—están colocadas encima de un gran cuadro que, según la tradición, reproduce las facciones de la joven amada por el gran navegante. Es éste el célebre cuadro de Baltasar Peruzzi, que se titula "La Sibilla Tiburtina", figura que el pintor—siempre según la tradición popular—habría reproducido fielmente de un retrato de la joven de Camollia.

CARTAS D ITALIA EL PRIMER AMOR D CRISTOBAL COLON EN SIENA POR ALBERTO D ANGELIS.

(Para LA NACION)
SIENA, noviembre de 1930.



La "Sibilla Tiburtina", en la que se supone que el pintor Baltasar Peruzzi reprodujo los rasgos de la joven amada de Cristóbal Colón



Las armas de Colón, que en la iglesia de Fontegiusta, de Siena, se hallan colocadas sobre el retrato de la supuesta amada del gran almirante

das encima de un gran cuadro que, según la tradición, reproduce las facciones de la joven amada por el gran navegante. Es éste el célebre cuadro de Baltasar Peruzzi, que se titula "La Sibilla Tiburtina", figura que el pintor—siempre según la tradición popular—habría reproducido fielmente de un retrato de la joven de Camollia.

LA PIGMENTACION Y EL DESNUDISMO

POR JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION)
BILBAO, 1930

El rostro pálido tiene en estos tiempos de sport, de cielo libre, un aire enfermizo, como de convalecencia de local cerrado. Recuerda los pescados blancuzcos, en sus frascos de alcohol, que se alinean en los museos marítimos junto a la vértebra seca de ballena y a la piragua esquimal barnizada con aceite de foca. Es como una máscara de la fatiga, hecha con huellas de insomnio y de despertar; tiene la fiebre y las manchas lunáticas de los retratos al magnesio.

Ya no se lleva. Ya no es posible pasear por el mundo esa carne de hostia que pone una nota de cadáver en el desfile de los cuerpos curtidos por el mar y por el sol y por el viento alpestre de las cumbres. Y la Humanidad se desnuda, abandona la hilatura y el fieltro y la suela y la perla de la corbata, y se ofrece alegremente al añil de lo alto.

El problema consiste ahora en reducir las fronteras del pudor en los tostados de serie; en conquistar territorios de piel para la luz. El traje de baño, que era como un formidable y recio imperio antes de la guerra, ha ido perdiendo sus provincias más famosas, sus regiones de litoral con preferencia; y hoy se ve reducido a una extensión mínima, sin apenas salida hacia las costas. En la historia del traje destinado a visitas y antepasados oceánicos, el hecho es tan trascendental como el de una gran nación formada con los países de Francia, España y Portugal, que quedase reducida, rápidamente, a la realidad central de la República de Andorra.

Y esta cosa mínima es lo que sirve para hacer sociedad: el frac de las playas. Porque sobre las arenas salvajes, en las que todavía no ruedan las garitas listadas y al borde de las cuales no se organizan concursos de "cock-tails", el ser humano se tiende al sol y entra en los rizos del mar y sale de ellos, sin otra muestra de la capacidad industrial del hombre que la corona de oro que puede brillar en su dentadura.

Hay que pigmentarse, hay que salarse, hay que absorber el yodo de la onda y la colofonia del pino. Hay que traer a la ciudad ese barniz de salud de los campesinos y de los pescadores.

La helioterapia no interesa como terapéutica. Se puede creer en su acción salutar, sin embargo, mucho más que en la acción salutar de un tejido de Manchester o de Tarrasa. Lo importante es que el sol deje en nosotros un aire sano, una superficie morena; lo importante es darle una capa de hogaza bien tostada al cadáver dinámico que acabamos de descubrir en nosotros.

El sol nos siluetea, vigoriza la línea, define contornos, recorta crudamente el cuerpo sobre el centelleo del día y hasta honorabiliza la grasa de la obesidad con el escamoteo de su blandurriez y de su color originario de manteca.

El sol nos petrifica o nos maderiza ilusoriamente. Hay no poco de buen gusto y mucho de pudor en este deseo de que la carne vaya perdiendo animidad al perder los rosas lívidos de Rubens. Se trata de que olvidemos que lo pálido es la antesala de lo verde azulado de la descomposición.

La Humanidad se agolpa en los litorales, movida por una fuerza centrífuga que la expulsa durante el verano del centro de los países. Tienen las costas un borde palpitante de cuerpos semidesnudos, curtidos, negros, en todas las gamas de la cafetación, sobre la canela de las playas.

Esa dama sueca, con su melena de yute y su maillot blanco, tiene en la arena, su propio negativo fotográfico.

El día entero al sol. En las playas selectas, "cock-tails" en traje de baño, comida en traje de baño, té en traje de baño, "dancing" en traje de baño...

Unicamente cuando el sol desaparece entre nácares, incendiando un borde de mar, los cuerpos se arrancan su superpiel de playa, pequeña como un diávolo y ceñida como un guante, y entran en los trajes de la noche, sintiéndolos como armaduras en sus movimientos. El smoking se hace entonces coraza de raso y de pechera y parece que suspende las axilas de dos anillas de circo. La mujer recobra una feminidad académica de flor, a fuerza de pétalos de seda.

También las muchedumbres. También el pueblo se baña en el mar y en la luz.

En los tiempos del bigote militar y del pantalón blanco de rayas y del cuello de pajarita y del "cannotier" y del cinturón de gimnasta con una aplicación de cuerno para el reloj y otra para el silbo, la playa era un salón de arena con su zócalo de mar, reservado a la elegancia, al prismático y a la máquina fotográfica de cajón. Entonces ellos y ellas tomaban los nueve baños medicinales (tenía que ser un número impar) dentro de unas telas recias y gordas cuyos pliegues se petrificaban en la inmersión y adquirían un color desmayado de musgo entre las repetidas trencillas blancas y el ancla bordada.

Días de los "confesionarios" y de la palidez, en los que el cuerpo que entraba en el agua apenas recibía un sudor de Océano, grasiéntillo, a través de los trajes-alfombra de calzón de pollo.

Algunos años antes, Isabel II se bañaba en Zaráuz en veinte centímetros de proceloso océano, protegida por una valla de bañeros que tenía la misión de cerrarla el horizonte y de romper en sus espaldas el oleaje, para que la bravura cantábrica llegara domada y murmuradora a los reales tobillos de su Majestad.

El pueblo entra ahora a chorros en los litorales rubios, que parecían acotados por los subscriptores de "La Epoca" y de "El Hogar y la Moda". Es una conquista de la masa. Y los domingos, en la franja de arena calcinada porque no la refresca el mar como a su hermana, la morena, que absorbe láminas de marea, las planas de "El Socialista" y de "El Liberal" y de "La Lucha de Clases", quedan allí sembradas, con sus círculos parafinados por la grasa de la tortilla y de la merluza frita, como un campo de batalla.

Todo el mundo siente la misma ansia de disfraz de negro, de piel selvática. Hay en ello también la voluptuosidad del robo; se roba, se acumula sol y mar, para irradiarlo desde nosotros a la hora de cruzar el asfalto estepario de la ciudad.

Nos sentimos como acompañados de la salud y del sport y un poco matrimonizados con el Océano.

Vamos rápidamente al desnudismo integral, que ya se practica de una manera sectaria en algunos países, con un sentido naturista muy poco natural. En campos cerrados como los de las ganaderías. Con más atmósfera densa de harén que de euforia libre y casta. Con mucho más de Venus entre cortinajes y reclinada (interpretación clásica del pincel) que de Venus vertical, limpia y fresca, naciendo entre espumas. Son los vegetarianos y los esperantistas, que pasan sin ningún espíritu sportivo, en nombre de una cultura de maníaco y de edición popular, del tablero de ajedrez a un adamismo sucio y gordo.

Vamos rápidamente al desnudismo integral; pero a plena luz. "Sin ser socio", como se exige en esos paraísos terrenales de los antitaparrabistas.

La moral, por lo visto, no responde a principios inmutables. Se deforma, ensancha sus límites. Con un poco de malhumor acaba por aceptarlo casi todo. Y se diría que no se equivoca Keyserling cuando asegura que lo inmoral no es sino un estado transitorio hacia una moral nueva.

He aquí la lógica de un salvaje, completamente desnudo, al que le preguntaban si no sentía frío en el invierno:

—¿Tú, en invierno, tienes frío en cara?

—En la cara no.

—Pues yo, todo cara.

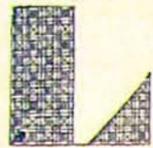
¡El pudor también acaba por admitir que todo es cara!

DIBUJOS DE BILLIKEN

Billiken
1000 900 30

MEDIO SIGLO ATRAS

BALANCE POLITICO DEL AÑO OCHENTA



La organización constitucional de la República tiene tres etapas fundamentales: 1853, 1860 y 1880. En 1853 se sancionó por el Congreso Constituyente de Santa Fe, convocado por el general Justo José de Urquiza como "Director Provisorio de la Confederación", la Constitución Nacional que acataron trece provincias representadas en dicho congreso. En 1860, después de siete años de secesión, Buenos Aires, que hizo triunfar todos los principios en que fundó su disidencia, revisó en una convención local la obra del Congreso Constituyente de Santa Fe, y en cumplimiento del pacto de 11 de noviembre de 1859 se reunió un nuevo congreso en el que por primera vez estuvieron representadas las 14 provincias de la Nación. Ese congreso aceptó todas las reformas propuestas por Buenos Aires, y la unión se hizo. Nuevos acontecimientos la retardaron en realidad por unos meses. Buenos Aires debió apelar de nuevo a las armas para sostener sus derechos, y la batalla de Pavón se impuso como un sacrificio necesario para que esta vez la unión nacional fuera un hecho indestructible. En 1880 se dió solución al problema de la residencia de las autoridades nacionales con jurisdicción federal en la ciudad de Buenos Aires.

Pero aparte de ello, el año 1880 es uno de los más interesantes e instructivos de nuestra corta historia política. Evidentemente, la solución del problema de la Capital, dada la forma en que se realizó, importó una violación de la reforma constitucional sancionada veinte años antes. Fué un acto de fuerza. Sin que hubiera estado en el plan político que tan azarosos acontecimientos produjo ese año, resultó una consecuencia de la lucha por la renovación presidencial. La victoria electoral alcanzada por el círculo político que sostuvo la candidatura del general Julio A. Roca, impuso la federalización de Buenos Aires, sin que se respetara la letra ni el espíritu de la reforma constitucional en cuya virtud se hizo la fusión de todas las provincias. En definitiva: la cuestión fué resuelta y cuenta hoy con la sanción del tiempo. Casi uniformemente, se la considera una solución plausible. En una democracia como la nuestra, la ley de la mayoría es la única posible. Quiera decir, pues, que cualesquiera sean las disidencias individuales, no cabe volver sobre lo resuelto en circunstancias tan poco propicias hace medio siglo.

En 1874 fué elegido presidente de la Nación el señor Nicolás Avellaneda, de destacada actuación como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, durante la presidencia del señor Sarmiento, a quien sucedió en el gobierno. El señor Avellaneda, que ascendió al mando entre los resplandores de la revolución que provocó su elección, tropezó con no pocas dificultades en el desempeño de su acción gubernativa. Sus adversarios políticos le hacían acusaciones graves. Un movimiento revolucionario con amplias ramificaciones se hallaba en pie. El señor Avellaneda tuvo entonces una conferencia con el jefe de la oposición, general Bartolomé Mitre, y se convino en iniciar la política llamada de la conciliación de los partidos. El señor Adolfo Alsina, jefe del Partido Autonomista, que fué vicepresidente durante el gobierno del señor Sarmiento, ocupaba el Ministerio de

Guerra y Marina. Según constancias históricas irrecusables, el señor Alsina fué un sostenedor empeñoso de esa política de la conciliación que abandonó el señor Avellaneda a la muerte de su brioso ministro. La ruptura de la conciliación significó una decepción para la oposición, que vió precipitarse al presidente en una política personal. Al señor Alsina sucedió en el Ministerio de Guerra el general Roca, que completó su carrera militar con su campaña de ocupación del desierto, de tan proficuos resultados, como que importó la ocupación efectiva de cuantiosas tierras hasta entonces sometidas al poder de los indios. El señor Sarmiento fué llamado por el señor Avellaneda al Ministerio del Interior. Su desempeño fué breve. Algunos grupos de opinión insinuaron su candidatura a la sucesión presidencial; pero el señor Sarmiento pudo comprobar el franco apoyo oficial en favor del general Roca. Renunció el Ministerio y denunció en el Senado la existencia de una liga de gobernadores "dirigida por el presidente de la República". Ese célebre discurso, en que el orador dijo "tener los puños llenos de verdades", fué pronunciado cuando el señor Sarmiento había ya presentado su dimisión al presidente. Como no se le había aceptado hasta ese momento, dijo: "Minuto más, minuto menos, soy ministro de la República". En ese carácter hizo la sensacional denuncia que tanto comprometía personalmente al presidente.

Las provincias de Buenos Aires y Corrientes, fieles a la política de la conciliación, la sostuvieron, a pesar de todo. La candidatura presidencial del señor Carlos Tejedor concretaba sus aspiraciones; pero existía la sensación de que el gobierno federal ejercía presión sobre la opinión pública para sacar triunfante su candidato, extremando todos los recursos a su alcance. Los ciudadanos, para el ejercicio de sus derechos de tales, se hallarían trabados por las fuerzas de mar y tierra, cuyo comando en jefe ejercía el presidente en virtud de atribuciones expresas conferidas por la Constitución Nacional. Comenzaron aquéllos a ejercitarse en el tiro; luego se organizaron en batallones de "Rifleros" y dispusieron personal e individualmente de las armas que llevaban a sus domicilios. El gobierno nacional llegó a alarmarse e hizo en febrero un despliegue de fuerzas que provocó una violenta reacción popular. Existía un estado real de efervescencia: el pueblo de Buenos Aires se lanzó a las calles y fué arengado en la Plaza de Lorea por el general Emilio Mitre, que a sus calidades marciales indiscutibles unía los atributos de un verdadero tribuno. El gobierno nacional trató de calmar al pueblo y ofreció garantías, que por el momento trajeron alguna tranquilidad. Pero muy luego se vió que el proceso electoral continuaba bajo el mismo pie. Los ánimos se enconaron de nuevo. Estallido de la guerra civil se podía predecir para breve plazo. El comercio, las corporaciones independientes y todos aquellos que ya no militaban activamente en política trataron de pesar en la balanza para lograr la pacificación del país. Un gran mitin por la paz fué organizado; constituyó una manifestación imponente de la opinión pú-

blica. Su orador fué el Dr. Guillermo Rawson, figura consular de la República, ex ministro del Interior durante la presidencia del general Mitre, hombre de una elocuencia singular, y cuya palabra serena y cálida a un mismo tiempo tradujo sin literatura ni juegos retóricos ante el presidente de la República la gravedad de aquel momento excepcional. El señor Avellaneda pronunció en respuesta una de sus grandes arengas populares. Poseía el señor Avellaneda la gravedad del acento, la inspiración repentina y esa facultad, en fin, que se sintetiza llamándola "dominio de la palabra". Transmitió al pueblo, que ansiosamente lo escuchaba, la tranquilidad en cuya busca fué. Pero simultáneamente se realizaba un hecho de gran trascendencia política entre los dos candidatos antagónicos a la presidencia de la República. El señor Tejedor aceptó la iniciativa de algunos amigos de conversar sobre política con el general Roca, para tratar de llegar al mismo resultado que perseguía el mitin de la paz. El general Roca se hallaba en Rosario y se trasladó en un barco de la armada a Tigre, lugar convenido para la conferencia. El señor Tejedor propuso que ambos declinaran su candidatura y se buscara, de acuerdo con los partidos de conciliación, una fórmula de solución nacional. El general Roca pronunció entonces aquellas palabras suyas tan conocidas: que él era como el gerente de una casa de comercio que podía girar lo propio, pero no lo ajeno. Propuso al señor Tejedor que aceptara la vicepresidencia sobre la base de su candidatura presidencial. El señor Tejedor, adusto y severo, rechazó indignadamente la proposición. La conferencia terminó así, anunciando la proximidad de días lóbregos para la República.

El señor Tejedor se trasladó en ferrocarril hasta la ciudad, y en la estación central lo esperó una multitud de sus adictos que lo vitoreó acompañándolo en manifestación hasta su casa particular de la calle Moreno. Allí pronunció el gobernador y candidato juicios terribles sobre su adversario político, e hizo conocer, del pueblo reunido, las palabras textuales del general Roca en la conferencia política que acababa de realizar con él. En estas circunstancias dijo: "yo lo espero todo del pueblo de Buenos Aires". Los acontecimientos se precipitaron. La resistencia activa de la provincia de Buenos Aires cobró formas palpables. El pueblo se armaba para resistir por la fuerza, si era necesario, la política presidencial.

El señor Avellaneda, aconsejado por sus ministros señores Carlos Pellegrini, que había substituído al general Roca en la cartera de Guerra y Marina, y Miguel Goyena, que estaba a cargo de la de Justicia, Culto e Instrucción Pública, abandonó la Capital, se refugió en el campamento de la Chacarita, donde se hallaba el 10. de caballería, al mando del coronel Manuel J. Campos, y por un decreto fijó la capital de la República en el pueblo de Belgrano, que hoy es simplemente una parroquia de la ciudad. Al propio tiempo declaró "rebelde" al gobierno de la provincia.

Buenos Aires se aprestó a la resistencia. Sus batallones de cívicos se movilizaron, pero el gobernador resolvió que no se moviera ni un hombre sino

para repeler un ataque. Este se produjo, y las heroicas jornadas de junio rotularon con sangre la valiente resistencia al allanamiento de la autonomía. Los combates de Mercedes, Barracas y Puente Alsina son el testimonio perdurable del espíritu cívico de un pueblo que se ofreció en sacrificio antes de ver domeñada su altivez.

El gobernador Tejedor, ante la sangre derramada, resolvió espontáneamente retirar su candidatura y resignar el gobierno de la provincia. El general Mitre, nombrado jefe general de la Defensa, llevó la expresión del sentir del pueblo al presidente de la República, y debido a su mediación, y con la intervención de los señores Félix Frias, el vicegobernador José María Moreno, amigo de la intimidad del señor Avellaneda, y Amancio Alcorta, se hizo la paz sobre la base de que serían respetados los poderes públicos de la provincia de Buenos Aires.

Hasta entonces no había aparecido para nada la cuestión de la capital de la Nación. Empero, el presidente Avellaneda, que en su mensaje del año anterior había anunciado su propósito de dar solución al pleito antes de entregar el mando a su sucesor, sostuvo ante la minoría del Congreso reunida en Belgrano, en virtud del decreto antes aludido, y que erigida en autoridad de hecho había destituido a los diputados que se negaron a acatarlo y que eran mayoría respecto a aquélla, que la ley de capital en Buenos Aires era la única solución viable. Tenía sanción, entretanto, en el Senado nacional desde el año anterior un proyecto de ley fijando a la capital federal en Rosario.

El presidente decretó la intervención en la provincia, y logró que el Congreso así constituido la sancionara con fuerza de ley. El interventor nacional, general José María Bustillo, ocupó con fuerzas nacionales el local de la legislatura provincial, y la declaró disuelta. Los poderes públicos no fueron, pues, respetados. El señor José María Moreno, que ocupaba la gobernación en virtud de la actitud del gobernador señor Tejedor, abandonó en consecuencia el cargo.

En tales circunstancias el Congreso sancionó la ley de capital y llamó a elecciones de renovación de la Legislatura, pero que legalizaron la cesión del territorio de la ciudad de acuerdo con el artículo 30. de la Constitución. Las elecciones se realizaron sin la concurrencia de la oposición. Declaró ésta que bajo el estado de sitio y ante las medidas de fuerza realizadas que anulaban de hecho la fe de los pactos, los comicios no ofrecían garantía alguna. La legislatura elegida en tal forma cedió el territorio, y el 8 de diciembre de 1880 la ciudad de Buenos Aires dejó de pertenecer a la provincia para convertirse en la capital federal de la Nación.

Así se resolvió el largo pleito. Sólo quedó de él la palabra inspirada y profética de Leandro Alem, que vaticinó que la capital en Buenos Aires significaría el entronizamiento de los gobiernos de fuerza, que abatirían el civismo y anularían la personalidad política de la provincia, sin que con ello ganara la cultura política de la Nación. La cuestión es ardua y cada espíritu estudioso y observador la juzgará de acuerdo con su temperamento y su educación cívica. Como quiera que sea, ese es el saldo que resulta del balance político de aquel año tempestuoso.

NOTAS DE DEPORTE Y DE MAÑANA

POR
LA MARQUESA
DE SAN CARLOS

DIBUJOS DE
REYNALDO LUZA

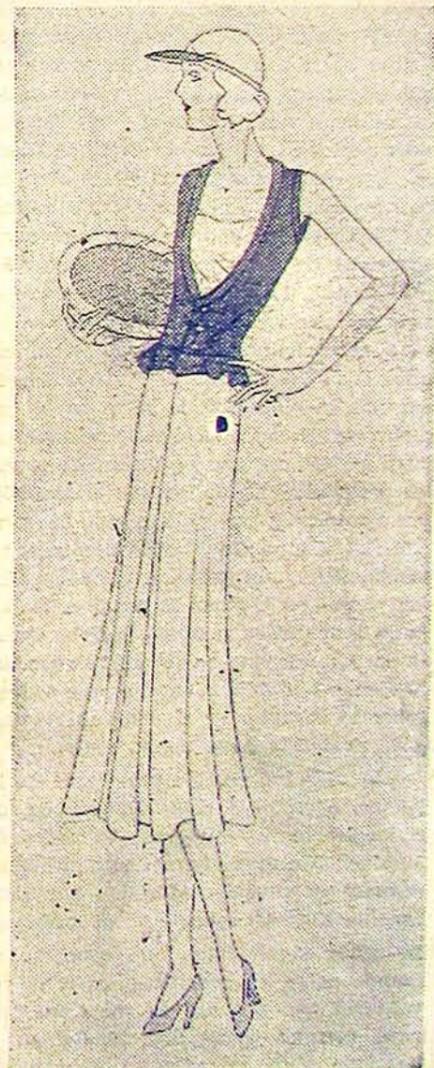
PARIS, noviembre 1930.



SCHIAPARELLI

Vestido de "lainage" azul pastel. Blusa en crêpe del mismo tono. El cuello de la chaqueta es en terciopelo negro y el de la blusa de tricot negro. La falda está dispuesta en tres cortes diagonales.

Encantadora y original toilette de tennis con falda pantalón. Es de tricot de seda blanco, el chaleco colorado y muy entallado.



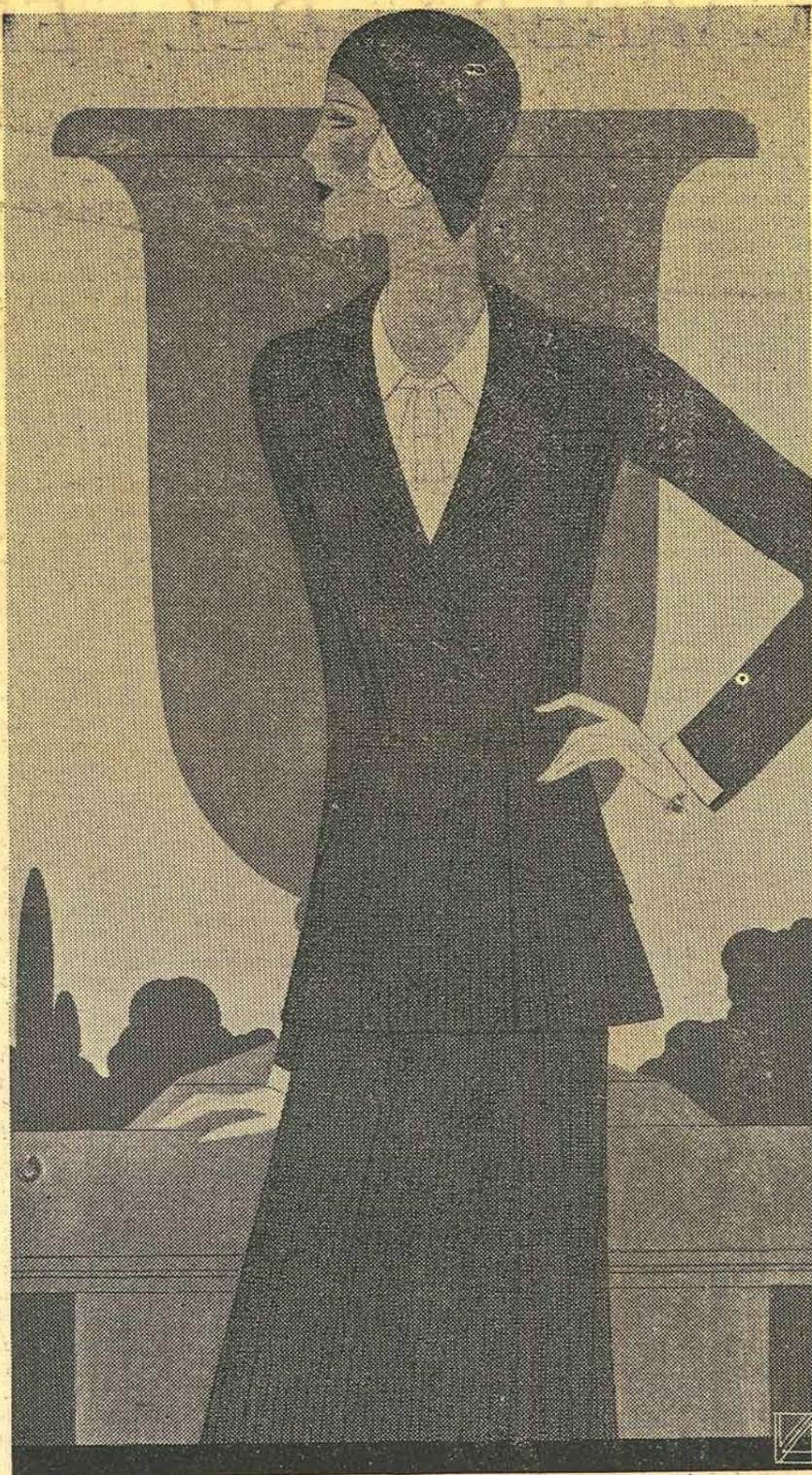
"Country Club" de Schiaparelli. Traje de lana de tres piezas. El tejido es de fondo azul marino con un dibujo amarillo. Fleco al borde de la falda. La blusa es de "crêpe satin" y de color amarillo fuerte.

PARA cada momento del día una toilette distinta. Esta sentencia la ha dictado con inflexible severidad la moda de hoy, y de ese modo logra imponernos sus diversas fases, pudiendo decirse que la silueta cambia conforme avanza la hora del día y a medida que se va desarrollando el programa que ocupa nuestra vida diaria. Hay el verdadero traje de "sport", el que es indispensable a la mujer que se dedica a practicar un ejercicio: tennis, golf... Comprendiendo la influencia que ha adquirido el deporte en la vida de la mujer moderna, las colecciones más importantes nos presentan gran número de modelos destinados a satisfacer el deseo que tiene toda coqueta de parecer siempre "bien vestida". Nada puede resultar más feo que ver una mujer que hubiese descuidado observar la corrección de su silueta antes de presentarse en un tennis court o al comenzar una partida de golf. Es inútil suponer que una mujer elegante y refinada pueda jamás ser la víctima de tal error. Porque lo más probable es que aun mucho antes de adquirir algún conocimiento del juego ya habrá estudiado previamente todos aquellos detalles que le aconsejan su buen gusto y la necesidad de saberse vestir en armonía con cada momento de su vida.

Para jugar al golf es aún posible adoptar una toilette de sport que igualmente pueda servir para el campo o para un día de cacería, pero la toilette llamada de "tennis" tiene que ser exclusivamente dedicada a ese deporte, y puede alcanzar al extremo de elegancia que nos sorprende en estos dos modelos de Schiaparelli, cuyos dibujos reproducimos. Madame Schiaparelli interpreta el traje de sport de un modo que nos admira, tanto por su gusto como por la corrección y la sobriedad con que no obstante nos revela ideas y detalles nuevos, sin jamás apartarse de esa corrección perfecta que rinde homenaje al deporte al cual el traje ha sido destinado. Su nueva colección merece el éxito que ha obtenido. La línea continúa sensiblemente la misma. Con los trajes de deporte, muchos chalecos de piel natural lavable. "Echarpes" de jersey grueso de dos o tres tonos, guantes de piel y algunos manguitos. Varios abrigos con anchas bocamangas de piel en una sola manga formando manguito. Vestidos de lana con anchos canesús en crochet y los cinturones sencillamente cruzados y retorcidos, sin cierre aparente. Las blusas son preciosas, en jersey y lana o de crepón de China. Colores que dominan en la colección de Schiaparelli: el negro, los marrones oscuros, el beige y azul marino, y la combinación de color es muy original y nueva.

De Lolontz hemos escogido este conjunto que justifica la elegancia práctica y muy parisienne que siempre domina en sus colecciones. Empezamos por encontrar que la línea de los trajes de mañana y de los abrigos conserva la

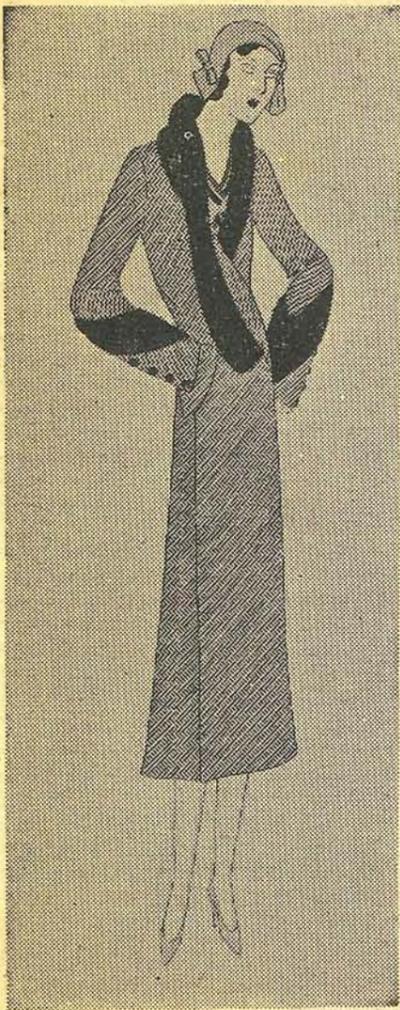




Precioso modelo de Jane Regny para el golf. La chaqueta escocesa presenta la gran novedad de su colección.



CHANEL
Vestido de "lainage" a pequeños cuadros verdes y marrones. Blusa en "crêpe de Chine" blanca.



Abrigo de sport de Lelong. Se hace en tejido de lana fantasía con rayas amarillas, beige y verde. Está guarnecido de nutria.

Elegante vestido de Lelong en jersey liso, adornado con franjas en tres tonos de verde. La hebilla es de metal.



misma individualidad y refinamiento, y el aspecto de novedad se introduce sólo por medio de los detalles y de los adornos que usa. Lelong presenta la mayoría de estos modelos en tonos oscuros de verde, marrón y azul. Es importante observar que continúa omitiéndose todo lo que pudiera resultar osado y excéntrico.

Jeane Regny ha hecho el traje con la chaqueta escocesa que señalamos muy en especial porque marca la interesante novedad de su colección, dándole una preciosa nota de chic y un sello personal. Trajes como éste pueden ponerse para golf o para un paseo matinal, reuniendo además la atracción de una línea muy joven.

Con la firma de Chanel les enviamos este traje dibujado por D. Reynaldo Luza para expresar una vez más la divisa del artista insigne de nuestra época: "sencillez y distinción". Recientemente ha enseñado su nueva colección, en la que hemos visto trajes de sport y de calle dignos de su estilo sin igual. Sustituye el tweed usando un jersey más o menos grueso que da la impresión de tweed y que a veces es unido y otras chiné. Chalecos de satén o piqué blanco y blusas de satén o crespón de China completan los trajes sastre, y tanto en los chalecos y blusas como en sus vestidos Chanel marca una tendencia hacia el cuello alto y vuelto con corbata. Una nota de sumo interés la constituyen sus nuevos abrigos de sport; son, por mejor dicho, paletots en forma y entallados, de línea masculina y con anchas solapas; tienen un chic admirable y hacen resaltar extraordinariamente la elegancia natural que pueda tener una mujer.

Resumen general de las impresiones que hemos recogido yendo a elegir estos modelos, cuyos dibujos les enviamos:

Muchos de tres piezas, faldas y abrigos largos en lana y jersey. Las faldas a media pierna, con amplitud suficiente para dejar libertad a los movimientos. Abrigos marcando el talle.

Trajes de jersey, en los cuales las más bonitas fantasías han realizado efectos nuevos, disposiciones nuevas, combinaciones de jersey liso con jersey tweed.

El favor renovado de los trajes sastre, y, naturalmente, con ellos las blusas. Las mujeres elegantes las han adoptado en seguida, gustándoles la diversidad y las fantasías que permiten. Son de crespón de China, de satén o de un jersey muy fino; en algunos casos adorables tricots forman la blusa.

Los marrones oscuros, beige, marino, rojo y verde se emplean mucho, sin que esto prohíba a cada una que busque el color que mejor le vaya. En el colorido de cada rostro hay un reflejo distinto.

LA CARRERA DEL ELISEO

GASTON Doumergue terminará el 13 de junio del año próximo sus siete años de presidencia. Por consiguiente, está abierta su sucesión y entramos ya en ese período preparatorio de la elección en el cual todas las ambiciones aparecen con una aparente discreción, con desinterés simulado. Es la época de las negativas, de las rectificaciones respecto a las candidaturas. Fulano, que se parece por instalarse en el Eliseo, afirma que no habrá fuerza humana capaz de obligarlo a presentarse. Temería, si confesase su deseo secreto, dar seis meses a sus adversarios para que desprestigien sus méritos, para que desacrediten su pasado político. Dice que sólo el interés de la patria — más aun, la salvación de la patria — podrían hacer capitular su modestia y anular su firme resolución de consagrarse únicamente a los electores de su querido distrito. Pero, ¡ah! si su partido se lo suplicase, si Francia se arroja a sus pies, no podría substraerse a los deseos sagrados que se transformarían en órdenes. ¡Antes, no! Esperando que lleguen esas súplicas se limita a recoger opiniones y a dar la suya en el curso de las comidas que ofrece, por series, a los miembros de ambas Cámaras. Sus amigos recorren los pasillos parlamentarios; su mujer multiplica las visitas a las "damas de la República"; en los salones pondera el talento de los comediantes que distraen los ocios de los hombres de Estado. Sus mismos hijos tienen un papel que desempeñar, pues es preciso que sus camaradas, hijos de parlamentarios influyentes, proclamen en la mesa de familia: "¡El padre de X es realmente un gran hombre!". Semejante consideración tiene su importancia, pues el padre del joven no dejará de pensar: "Es cierto. Si ayudo a X a entrar en el Eliseo, Jacques será amigo del hijo del presidente. ¡Qué lazo tan sólido entre nuestra familia y "la Corona"!"

Si se quisiera conocer los verdaderos candidatos serios a la carrera elísea sería necesario averiguar si es exacto que tal candidato ha contratado a tal cocinero para preparar sus comidas, y si aquel senador se cuida él mismo de la calidad de los cigarros que se fumarán en su casa. Pues la hora del cigarro es, más que nunca, el instante político por excelencia; ofreciendo un mal cigarro, humedo y verdoso, no se convencerá a un adversario de la bondad de los propios sentimientos. Pero, por el contrario, un buen habano suave y rubio envuelve maravillosamente una maniobra de captación; bajo su encanto el diputado de la derecha se dejará convencer de que tal colega de la banda opuesta respetará la fe religiosa y defenderá la socialista no andará lejos de creer que, con un presidente moderado, las izquierdas tendrán vía expedita. De esas atmósferas misteriosas en las cuales se sonríe, se pulsa el ambiente, se recogen bellas promesas, se busca el punto débil del más fuerte y las ambiciones secretas del más débil.

En las últimas semanas anteriores a la convocatoria del Congreso vemos una lucha de otro género. Bajo la presión del tiempo será necesario confesar la candidatura, so pena de que la investidura de los grupos raya a otro "presidenciable". Entonces la ambición se despojará de su máscara: el nombre del competidor aparecerá como un insulto, como un desafío. Sin lanzarse a grandes polémicas, "se minará el terreno" al adversario, mediante el golpeo de pequeñas murmuraciones insidiosas y el arañazo de menudas calumnias. Los amigos respectivos de los candidatos se-

rán los encargados de preparar el ambiente en los salones y en las tertulias parlamentarias. He aquí el modelo de sus conversaciones. El agente presidencial dirá, por ejemplo, hablando del rival de su amigo:

—Es el mejor de todos. Ya conocen ustedes mi aprecio y mi consideración por él. Sin embargo, tengo escrúpulos en darle mi voto a causa de su mujer. Esa pobre Suzanne haría un papel lamentable en el Eliseo. ¿Se la figuran ustedes recibiendo a un soberano extranjero? ¡Seríamos la irrisión de Europa!

El rumor pífido se abrirá camino, estád seguros. Hará tambalearse la candidatura de Y. Pero los amigos de este último no se quedarán atrás en hacer objeciones contra Z. Mientras los dos adversarios se destrozan mutuamente, apareciendo al fin manchados de oprobio y rojos de vergüenza, llegará el momento propicio para el "outsider" fresco, el candidato de la hora undécima, que se formará una especie de virginidad política, no dejando a la opinión política el tiempo de reponerse ni de estropear la hermosa leyenda que sus partidarios, rápidos y devotos, exhibirán ante los ojos del Congreso deslumbrado.

Esta táctica ejecutada de manera segura y discreta, demuestra por la importancia otorgada a la función, el prestigio que ha sabido adquirir con el uso la suprema magistratura de la República. La presidencia del Estado, si bien fué siempre objeto de ambiciones, careció durante mucho tiempo de gran prestigio cerca de la opinión media. El francés no es, no lo olvidemos, republicano más que a medias. Lo que le hace estar contra la monarquía no es tanto la restauración de un rey como la supervivencia de una organización aristocrática. Por espíritu igualitario aceptó, sin gran entusiasmo por lo demás, la república, pues ésta ofrece la posibilidad del desquite social de la pequeña burguesía sobre los Grandes. Pero la magistratura presidencial le parece extravagante en su concepción y horra de brillo. Comprendía mejor las funciones de un rey y se consolaba de tener un gobierno sin corona aclamando a los soberanos extranjeros que le visitan con uniforme púrpura y oro.

La presidencia sufrió, durante largo tiempo, esa depreciación y quedó afectada con ello la suerte de los jefes de Estado. El primero, Mac Mahon, víctima de un equívoco; el segundo, Grevy, arrojado por un escándalo; después, Carnot, asesinado; Félix Faure, muerto misteriosamente; Casimir Perrier, desgraciado; Emilio Loubet, bombardeado con huevos podridos en su primera presentación ante el público, ofrecían la serie continua de un destino

aciago. Sin embargo, este último presidente, por vez primera en la historia del régimen, acabó su período de siete años y, cosa notable, el balance de su reputación era mejor a su partida que a su entrada en el Eliseo. Por tanto, el hombre había ganado en el poder y la función también. La presidencia de M. Fallières interrumpió este progreso. Tosco y desgraciado, fué combatido por los enemigos del régimen, suscitando la rechifla del país entero. Se le había denominado "le boeuf". Esta palabra basta para juzgarle.

Con M. Poincaré entró en el Eliseo un elemento nuevo. Este presidente reunía en sí un equilibrio de cualidades apreciadas en el país; su origen se acordaba con su valer personal. Como Carnot, como Casimir Perrier, pertenecía a una aristocracia, a una selección republicana, pero agregaba a ella la inteligencia, el talento, la distinción de espíritu. Y, después sobrevino la guerra. M. Poincaré fué un presidente de Historia de Francia. Dirigió el Estado con el máximo de acción personal permitida por las instituciones y su magistratura pareció continuar la función de sus predecesores, los reyes Capetos: ampliar la tierra francesa hasta el Rin. Tras el accidente físico de que fué víctima el presidente Deschanel, y el accidente político que derribó a M. Millerand, sacudido por una tempestad de corta duración, la tradición poincari-

na fué reanudada por M. Doumergue. Y aun más, nuestro actual presidente no ha conocido los odios ni las discusiones. Es el presidente sin enemigos. Su amplia sonrisa — que era un medio de gobierno — ha despertado la sonrisa de Francia. Ha inspirado quizá a M. Tardieu esa política del optimismo que si no quita nada a las dificultades del presente, es de todas formas un tónico para un pueblo nervioso que sufre una prueba ruda y que canta alegres cantos su pena para consolarse.

Este ascenso de la función presidencial hacia un más alto prestigio explica, en parte, el ardor de la competencia para la carrera hacia el Eliseo. Pero en el resplandor nuevo que dora la butaca del primer magistrado de la República entran también razones más humildes, históricas. Los regímenes no cambian a los pueblos; son los pueblos quienes cambian los regímenes. Empeñada con su República, Francia no ha tenido reposo hasta que no ha puesto orden, medida y jerarquía en las instituciones nuevas. Por el escalón de los tres grados establecidos en las elecciones, la Constitución de 1875 tendía al resultado de colocar la función de jefe del Estado, si no por encima de los partidos, sí al menos al abrigo de las sacudidas

proporcionadas por los escrutinios populares.

Mientras que las paredes de todas las aldeas repetían, en mil carteles, los horrores y los vicios atribuidos a los candidatos-diputados, la competencia senatorial, en segundo grado, no alarmaba más que a la cabeza del departamento, a un colegio restringido y, en la cumbre de la jerarquía, la campaña presidencial no tenía por testigo más que la Capital y, en la Capital, los novecientos electores encerrados en sus palacios. Los electores avisados y las menudas perfidias no estaban excluidos de la lucha, pero ni los grandes diarios los repetían ni los carteles les hacían eco. En el "ring" de Versalles el alcance de los golpes se mide escasamente. Allí no se llevan ni los muertos ni los heridos en la arena. Sangra, cuando más, algún amor propio escarnecido. Pero el mismo vencido debe apresurarse a sonreír para evitar el ridículo.

A las condiciones orgánicas de la elección, que favorecen al prestigio de la magistratura, han correspondido los desvelos y los refinamientos del Protocolo que, rodeando al presidente de un resplandor que cada vez más señalado, han hecho su función más envidiable. Con su lujo un poco pasado de moda, propio de una casa de burgués poltrón, el Eliseo adquiere la importancia de un palacio de sueños democráticos. Desde la mirada vigilante del jefe de Seguridad, que protege la vida del jefe del Estado, desde la inquietud obsequiosa de los altos funcionarios, el paso augusto del jefe del Protocolo y la deferencia respetuosa de los ministros, hasta el rumor de los caballeros y el gesto del palafrenero, la salida majestuosa del presidente de la República representa, a los ojos de los parlamentarios deslumbrados, la coronación casi real de una carrera enteramente consagrada al triunfo de la Democracia. Es extraño que no se distribuya a los niños de las escuelas, junto con los manuales "Tú serás labrador", "Tú serás soldado", otro librito titulado "Tú serás el presidente de la República". Pues todo ciudadano lleva en su equipaje de los Derechos el de soñar que se sentará un día en la butaca elísea donde asumirá, por siete años, la sucesión provisional de Pepino el Breve y de Napoleón.

Esos sueños grandiosos explican perfectamente, si no los justifican, los feroces codazos y las zancadillas a que se entregan los que no quieren ser presidentes. ¡Qué no harán cuando quieran lo contrario!

De aquí a la fecha de la elección tendremos tiempo de contar por qué M. Briand se encierra en su habitación, cómo M. Raoul Perret se cree calificado, por qué carambola M. Lebrun se estima el hombre providencial y perdon a qué razonamientos algunos personajes menores prohíben que se desdénen sus posibilidades. Quizá incluso nos sea necesario justificar a M. Doumergue por acceder a presentarse de nuevo, en tanto declara que preferiría morir antes que ser reelegido. No queda excluido que M. Poincaré explique aquí el mismo cómo su voluntad muy sincera de no volver más al Eliseo ha debido ceder a circunstancias que le privaban de la facultad de elección.

Un cuadro tan recargado de posibilidades anula por el momento todos los pronósticos. El interés de la carrera sigue siendo privado y los salones políticos pueden prepararse a una hermosa temporada. El signo de interrogación que brilla sobre el avión de Costes y Bellonte parece ser en verdad la señal de los tiempos. Este signo se graba hoy en el frente del Eliseo, junto a la palabra mágica: "¿Quién?". A ella agregaremos, junto con "¿Por qué?" y "¿Cómo?", la pregunta que nos interesa más: "¿Qué hará...?".

Canción de paso

En la agonía del amanecer
tu nombre, en mi dulzura, renacia.
Viento mojado. El alba. La ciudad
con las últimas luces encendidas.
La pesera nocturna hasta mis manos
blandas de acariciarte descendía,
y en mi rostro besado, un cielo agónico
de sueño verdecía.

Miré las nubes pardas. Una estrella
se destrenzaba el pelo entredormida.

Entre la noche y el amanecer,
con tu recuerdo mi alegría.
Apuré el paso; tuve miedo;
tuve miedo a las luces amarillas.

Hermanos del amor, la huyente sombra,
en umbrales caída.
Tu voz, tus ojos alabados. ¿Eran
un sueño? ¿Acaso pesadilla?
Come de vino el corazón turbado,
con el alba volvía.
Tú estabas en la noche; en la ventana
de alguna noche desaparecida.
Sólo de tu cariño un gran cansancio.
Y una canción, también entredormida.

Eras la luna. Verdecía el alba.
En ese instante te lloré perdida.

González Carabido



RENE RICHARD

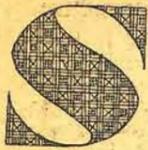
(Para LA NACION) PARIS, noviembre de 1930.

El misterioso crimen del escarabajo

Por S.S. Van Dyne

CAPITULO X

(Viernes 13 de julio; 1.15 tarde)



SCARLETT la siguió con mirada llena de simpatía y emoción.

—¡Pobre muchacha! — comentó suspirando —. Sentía por Kyle gran veneración, Vance. Su padre y Kyle fueron muy amigos, y cuando el viejo Abercrombie murió, Kyle cuidó de ella como si se hubiera tratado de su propia hija. La tragedia ésta significa para ella un rudo golpe.

—Lo comprendo perfectamente... —asintió Vance—. Sin embargo, tiene a Hani para consolarla. Observo, doctor, entre paréntesis, que su sirviente egipcio parece llevarse bien con su esposa.

—¿Cómo?... ¿Cómo? — respondió Bliss alzando la cabeza y realizando visiblemente un esfuerzo por concentrar su atención—. ¡Ah, sí! Hani... Es un perro fiel... en lo que se refiere a mi esposa. No se ha separado de su lado desde que su padre murió, ni me ha perdonado jamás el delito de que me casara con ella.

Sonrió amargamente y cayó en un estado de insensibilidad completa, de ausencia.

—¿A qué viene tanta palabrería inútil? — exclamó de pronto Heath, volviéndose hacia el juez de instrucción—. Dígame usted, jefe: ¿no cree usted que hay ya motivos de sobra para formular una acusación en regla?

Markham pareció sinceramente azorado. Su impresión personal movió a ordenar el arresto del doctor Bliss, pero la fe que tenía en Vance le hacía titubear. Iba a responder al comisario cuando el "detective" de guardia en la meseta de la escalera llamó a aquél.

—¡Está aquí el furgón de la Asistencia Pública! —gritó.

—¡Muy bien! ¡Que bajen en seguida los hombres! —ordenó el comisario ahuecando las manos a modo de bocina.

Todo el tiempo que duró el traslado del cadáver de Kyle permaneció Heath contemplando con agresividad rencorosa al abrumado Bliss.

—¿Y ahora, qué? —preguntó luego, adoptando una actitud de disgusto y resignación.

Markham se impacientaba también cada vez más. Llamó aparte a Vance y ambos sostuvieron una breve conversación en voz baja. No pudo oír nada de ella, pero advirtió, desde luego, la vehemencia con que Vance se expresaba.

—Muy bien —respondió al fin Markham, reuniéndose al grupo—. Pero tenga usted entendido que si no llega en seguida a algo concreto, nos veremos precisados a tomar medidas.

Vance empezó a pasear arriba y abajo, frente a las vitrinas, con la vista fija en el suelo, mientras todos nosotros le mirábamos intrigados. Hasta el mismo Bliss levantó la cabeza y le contempló con expresión de curiosidad esperanzada.

—Ninguna de esas pruebas descubiertas dice la verdad, Markham — afirmó Vance—. Hay algo en ellas que pretende inducirnos a error. Es como una clave que expresará una cosa y quisiera significar otra distinta. Le repito a usted que la explicación más fácil es siempre la explicación



equivocada. La verdadera clave del asunto está aquí, junto a nosotros, al alcance de la mano, y no podemos todavía dar con ella...

Parecía profundamente perplejo y descontento, y su lento pasear ocultaba una tensión nerviosa cuya significación no escapaba para mí.

De repente se detuvo frente al charco de sangre que había al final de la hilera de vitrinas y se inclinó sobre él. Lo examinó durante unos segundos y luego alzó la vista al armarito. Sus ojos recorrieron muy despacio la cortina a medio correr y fueron a posarse en el listón de madera que bordeaba la vitrina. Miró de nuevo después el charco de sangre y tuvo la impresión de que estaba midiendo distancias y tratando de establecer la relación exacta que había entre la sangre, la cortina, el armarito y el listón de madera del borde.

En seguida se incorporó y se acercó a la cortina, vuelto de espaldas a nosotros.

—Muy interesante todo esto... —murmuró—. Tal vez...

Tomó una silla y la colocó frente a la vitrina, en el lugar exacto donde había estado la cabeza de Kyle. Luego se subió a la silla y permaneció un buen rato examinando la parte superior del armarito.

—¡Palabra que esto es maravilloso! —le oímos exclamar para sí.

Se ajustó el monóculo, extendió la mano sobre el borde de la vitrina y recogió algo situado muy cerca de donde Hani nos había dicho que puso la noche anterior la escultura de Sakhmet. No pudimos enterarnos de la índole del objeto misterioso, porque Vance se apresuró a guardárselo en un bolsillo del chaleco. Un momento después bajó de la silla y miró a Markham con expresión de contento.

—Este asesinato ofrece decididamente perspectivas magníficas —comentó.

Antes de que explicara el alcance de su observación, apareció de nuevo Hennessey en la meseta de la escalera y gritó, dirigiéndose a Heath:

—¡Aquí hay un sujeto que dice llamarse Salveter y que quiere ver al doctor Bliss!

El joven Salveter se aproximó a nosotros con aire interrogativo. Saludó a Scarlett con una inclinación de cabeza y reparó después en la presencia de Vance.

—¡Oh! ¿Cómo está usted?

—preguntó sorprendido evidentemente de encontrarle allí—. Hacia mucho tiempo que no nos veíamos... desde Egipto, ¿verdad? ¿Qué ocurre aquí?

—¿Una intervención militar, por fortuna?

Su jovialidad sonaba a hueco.

Era un hombre sano, fuerte, de aspecto agresivo. Podría

Hundidas las manos en los bolsillos del saco, Salveter mostrábase ya apaciguado por completo

tener unos treinta años. Cabello rubio, ojos pardos y profundos, nariz pequeña y boca firme y delgada. Contextura física de atleta.

Mientras hablaba con Vance paseó con intensa curiosidad la mirada alrededor del museo, cual si esperase encontrar allí a alguien más.

Vance guardó silencio unos instantes y tras de observar fijamente a Salveter, respondió, al fin, en un tono que me chocó desde un principio como deliberadamente falto de cordialidad:

—No, Mr. Salveter. No se trata de intervención militar, sino policial. Ocurre que su tío ha muerto... que ha sido asesinado.

—¡Oh!

La noticia causó al joven doloroso estupor, pero se recobró bien pronto y un hondo surco airado apareció en su frente.

—¿Asesinado? — repitió, al tiempo que se volvía recelosamente hacia el doctor Bliss—. Estaba citado con usted hoy por la mañana, señor... ¿Cómo y cuándo le asesinaron?

Fué Vance quien respondió a la pregunta.

—El crimen sucedió a eso de las diez, Mr. Salveter. Su tío de usted fué bárbaramente golpeado en la cabeza con esa pequeña escultura de Sakhmet.

Mr. Scarlett descubrió el cadáver aquí y corrió a mi casa a avisarme. Yo, a mi vez, puse el hecho en conocimiento del juez de instrucción, que es este señor. Este otro caballero es el comisario Heath, jefe de la brigada de Investigación Criminal.

—¡Un crimen cobarde! —exclamó Salveter, apretando la mandíbula fuerte y poderosa.

—Un crimen cobarde, sí —intervino el doctor Bliss alzando la vista por vez primera hasta Salveter—. Significa el fin de todos nuestros trabajos, hijo mío... de todas nuestras excavaciones...

—Excavaciones... — repitió Salveter, sin dejar de observar al doctor —. ¿Qué importan ahora las excavaciones? Lo que yo quisiera es echarle las manos encima al perro miserable que cometió el asesinato.

Giró rápidamente sobre sus talones y enfrentó a Markham.

—¿Puedo serle a usted útil en algo, señor?

Sus ojos parecían dos ascuas. Daba la sensación de una peligrosa bestia salvaje pronta a lanzarse sobre la presa.

—Demasiada energía, Mr. Salveter... —murmuró Vance sentándose—. Demasiada energía... Comprendo perfectamente los sentimientos de usted, pero creo también que la

La excesiva energía del joven Salveter

Ilustración de Pedro Delucchi

agresividad, virtud inapreciable en algunas circunstancias, resulta en ésta completamente inútil. ¿Por qué no me hace usted el favor de dar un par de veces la vuelta a la cuadra caminando todo lo de prisa que pueda y de volver luego? Nos interesaría muchísimo cambiar unas cuantas corteses impresiones con usted, pero cuando interrogamos a alguien necesitamos como condición previa que nuestro interlocutor se halle en posesión de toda su calma y sangre fría.

Salveter lanzó a Vance una mirada feroz, y éste la sostuvo con suave indiferencia. El choque aquel de miradas duró lo menos treinta segundos, y después de ellos Salveter alzó sus anchos hombros. No era el primer hombre que intentaba desconcertar a mi amigo, ni tampoco el primero que no lo conseguía.

—Prescindiremos del paseito —replicó con admirable docilidad—. Pregunte cuanto quiera.

Vance dió una larga chupada a su cigarro.

—¿A qué hora salió usted de casa esta mañana, Mr. Salveter?

—A eso de las nueve y media.

Hundidas las manos en los bolsillos del saco, Salveter mostrábase ya apaciguado por completo. Y aunque mantenía los ojos fijos en Vance sin pestañear, no había en sus maneras tensión nerviosa ni arrogancia.

—¿Y no dejó usted por casualidad abierta la puerta de la calle?

—No... ¿A santo de qué iba a dejarla abierta?

—¿Cómo podría yo saberlo, señor? — respondió Vance con sonrisa amabilísima—. Y se trata, sin embargo, de una cuestión vital en cierto modo. Mr. Scarlett halló la puerta abierta al llegar aquí de diez a diez y media.

—Pues yo no la dejé así. ¿Qué más?

—Creo saber que se dirigió usted al Museo Metropolitano. ¿Logró usted los informes que buscaba?

—Sí.

Vance miró el reloj.

—Es la una y veinte, lo cual quiere decir que ha estado usted ausente unas cuatro horas. ¿Fué usted, por casualidad, andando hasta la calle 82? ¿Volvió usted también a pie?

Salveter apretó los dientes y miró con aire de desafío al indolente Vance.

—No fui ni vine andando. (No acerté a definir exactamente si estaba tratando de dominarse o si se hallaba realmente atemorizado). Tomé un autobús en la avenida y regresé en un taxi.

—Pongamos una hora entre ir y venir. Le quedaron a usted entonces tres horas para realizar sus diligencias.

—Exacto matemáticamente — afirmó Salveter rechinando otra vez los dientes—. Pero ocurrió que al entrar en el museo me detuve en las salas de la derecha para curiosear un poco la tumba de Per-neb. Había oído decir hace unos días, que contaba con algunos objetos nuevos e interesantes la colección de los hallazgos en la cámara mortuoria. Sabrá usted que Per-neb, de la dinastía V...

—Sí, sí... Ya sé. ¿Y cuánto tiempo estuvo usted curioseando las novedades de la colección Per-neb?

—Pues... Mire usted, Mr. Vance — exclamó Salveter con recelo cada vez mayor—. Ignoro a dónde quiere usted ir

a parar, pero si ello puede contribuir a ayudarle a usted en sus investigaciones acerca de la muerte del pobre tío Kyle, estoy desde luego dispuesto a responder a todas sus preguntas. Permanecí cerca de una hora en las salas egipcias. Me interesaron, y como no tenía prisa alguna... Sabía que mi tío Kyle estaba citado aquí con el doctor Bliss, y pensé que bastaría con que regresase a la hora del almuerzo.

—Sin embargo, no ha regresado usted a la hora del almuerzo... — observó Vance.

—¿Y qué hay con eso? Me hicieron esperar tres cuartos de hora largos en la antesala del conservador del museo. Mr. Lythgoe estaba conversando con Lindsley Hall sobre no sé qué historias de unos dibujos. Y después tuve que aguardar otra media hora larga mientras telefoneaba al Dr. Reiser al Museo de Bellas Artes de Boston. Y menos mal que logré llegar aquí por fin.

Vance aceptó en apariencia sus declaraciones. Se puso de pie y sacó un pequeño cuaderno de apuntaciones, mientras se palpaba con la diestra el bolsillo como en busca de algo con qué escribir.

—¿Sería usted tan amable que me prestara su lápiz, Mr. Salveter? — solicitó—. El mío parece haber desaparecido.

(La petición me interesó grandemente, porque sabía yo que Vance no llevaba jamás lápiz, sino que usaba invariablemente una pequeña estilográfica de oro sujeta a la cadena del reloj?)

—Encantado — respondió Salveter sacando de un bolsillo un largo lápiz exagonal amarillo.

Vance lo tomó y apuntó con él varias cosas en el cuaderno. Antes de devolvérselo a su dueño hizo una pausa y miró la marca de aquél.

—Mongol número 1... — murmuró—. Son muy populares estos Faber 482... ¿Utiliza usted siempre los mismos? — Nunca uso otros.

—Muchísimas gracias — añadió Vance tendiéndole el lápiz y guardándose el cuaderno—. Y ahora, Mr. Salveter, le agradecería a usted infinitamente que nos esperase en la sala. Tal vez tengamos necesidad de interrogarle a usted de nuevo. La Sra. Bliss se encuentra también allí.

Dijo esto como sin darle importancia. Salveter entornó los párpados y dirigió a Vance una larga mirada de reojo.

—¿Ah, sí? — respondió—. Perfectamente. Estoy a sus órdenes en la salita.

Se volvió hacia Bliss.

—Me siento apenadísimo, señor — añadió—. Comprendo lo que este trágico suceso significa para usted.

Iba a decir algo más, pero se interrumpió bruscamente y empezó a subir la escalera.

—¡Ah, Mr. Salveter! — le detuvo Vance cuando se hallaba a mitad de ella—. Perdóne usted un segundo. ¿Quiere usted tener la bondad de rogar a Hani que baje?

(Continuará)

**ESCORIACIONES
ESCALDADURAS
QUEMADURAS
FICZEMAS
GRANOS**

PASTA VASENOL

Picaduras de insectos y toda clase de afecciones de la piel.



SUEÑO PESADO

Dibujos de GEO McMANUS



LAS MIL Y UNA AVENTURAS

CAPITULO VI

(PÁGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL)

S a los nueve años me encontré con el Amor, a los diez y ocho años me encontré con la Muerte. Desde entonces mi vida toda fué una disputa violenta entre la Muerte y el Amor.

Así como en mi encuentro con el Amor, éste huyó de mí, en mi encuentro con la Muerte, ésta huyó también en el preciso momento en que desnudé mi pecho para recibirla en él.

Tal episodio—que parece modernizar alguna escena de Esquilo—arremolina mis diez y ocho años con un soplo huracanado que se siente venir de la Girona.

He de referirme al caso con todos los detalles que, en buena parte, conservo en anotaciones hechas desde entonces por mí.

Clausurados los periódicos de oposición vehemente—que habían ambientado la Revolución,—ya no cabía más que cubrir la distancia del dicho al hecho.

Pensé en marchar al sur de mi país para ser de los primeros en alistarme, decidido a librar con las armas las batallas que había preparado con la pluma.

Arreglé viaje. Tenía que realizarse éste en forma disimulada para escapar de la vigilancia de las autoridades, atentas al menor motivo de mi parte que las hiciese sospechar algo y las facilitase la aplicación de un castigo de que estaban ganosas.

Para apreciar el cuidado con que debía yo preparar y realizar mi viaje, escapando a los deseos que se tenía de castigar en mi cuanto se publicara en la prensa de oposición recientemente amordazada, vale la pena el que acaricie el recuerdo de una anécdota bastante significativa al respecto. Uno de tantos colaboradores en dicha prensa—de apellido Barrera—me pidió que le apadrinase en compañía de Arturo Valdés para pedirle explicaciones a cierta autoridad militar con motivo de ofensas personales que no hacen al caso. Arturo Valdés y yo solicitamos una entrevista del jefe militar, para hacerle saber nuestro encargo; se nos señaló una hora de las últimas de la tarde, y nos preparamos a acudir con la exactitud propia de tan delicado asunto. Minutos antes fui yo obligado a atender exigencias de salud de mi madre, y se acordó substituirse con Pedro Rada y Paz Soldán—gran amigo mío también y escritor especializado en materias históricas—, que de buen grado se prestó a tal desempeño. Ni Rada ni Valdés—que viven todavía—colaboraban en la prensa de oposición. Entrados ambos a la sala de espera del militar en referencia, vieron sorprendidos por no menos de seis fuertes mocetones que, garrote en mano, les hicieron sentir viva la página cervantesca de la magna paliza, convencidos de que provocaron a desafío a quien no tiene por qué entender de ello, es peligrósima quirotada. Como antes de empezar el desaguisado se preguntó por quién era Valdés y por quién era yo, sobre mi noble substituto menudearon los golpes en forma tal, que lo hubieran ultimado si no llega con toda suerte de papeles de la cartera a patentizar su identidad personal. En la mañana siguiente pude ver a Pedro Rada y Paz Soldán—sacrificado a su buena amistad conmigo—en la lamentable condición de un Crucificado a quien manos sacrilegas hubiesen arrancado de la cruz y abierto la cabeza en pedazos...

—Yo te contaré lo que ha pasado—me dijo el buen amigo, y concluyó, con tono de seguridad calofriante:—Tú no podrías contármelo si hubieses ido.

Procuré hacer así, con las mayores precauciones, mis preparativos de viaje. Por poco no resultó éste hacia la Eternidad...

En el día de zarpe del vapor en que debía embarcarme, tuve la coquetería espiritual de irme a despedir de Chorrillos, como si presintiese que mi viaje iba a ser para mucho tiempo.

Mis caprichos de niño taciturno, mis estudios de adolescente silencioso, mis tres amores sumados en un solo dolor, la visión última de la mujer de un solo instante, mis atrevimientos de poeta novel—como los del "musiquillo Luis, enamorado de la Duquesa de Choiseul"—, mis versos apacibles de las campiñas, mis estrofas bravas aprendidas en las playas del mar, todo se lo debía al castillo de naipes que levantó mi madre sobre el escombrado Chorrillos.

Senti la necesidad de irme a despedir de sus campos y de sus olas; quise, antes de la marcha a la Revolución, ver las flores y las espumas que, respectivamente, se cifieron a las sienas y se deshicieron a los pies de las tres primeras mujeres que yo amé, cuyo recuerdo ha de haberlas hecho aparecer inmóviles y distantes—sentadas sobre la gradería de mis sueños, en actitud digna de las tres d'annunzianas Virgenes de las Rocas. Me desasí del recuerdo, y corrí a Lima lleno de esperanza.

El fletero que había de abrirme la puerta de escape me aguardaba en casa, ansioso de recibir anticipada parte del precio de sus trabajos.

Enjuto y retinto; labios abultados y manos descoloridas; ojos de fondo blanquísimo, en contraste con la negrura de la piel; movimientos dudosos, frase entrecortada y mirada resabiosa de toro capoteado.

Habló poco, y con tono de hombre convencido de lo que decía, me señaló una hora y un sitio en el puerto para que yo estuviese listo allí a emprender con seguridad la fuga.

Se despidió humildemente; faltóle poco para darme en la mano el beso que Judas le dió a Jesús—con tal vez irrespetuosa equivocación—en el carrillo.

Su bajada por las escaleras de mi casa a la calle fué rápida, como de hombre que teme arrepentirse; en los bolsillos iban repiqueteando las monedas que yo le había dado, como si se riesen acordándose de las treinta evangélicas...

Vino alguien y me dijo: —Ese fletero puede ser un espía...

Púseme en cuidado. Encontré a un amigo que me merecía toda seguridad, y le consulté mi caso. Tratábase de un hombre harto corrido, fuerte y valeroso: el mayor de ejército Victor Almirón.

—Si no te encuentras conmigo, te pierdes...—me dijo, y luego, sin vacilación, añadió: —Resuelvo acompañarte. Me voy contigo al Sur.

Nos pusimos a hacer indagatorias. Acudimos a la estación Principal a buscar al fletero en el tren en que debía partir al Callao: no le encontramos. Pedimos informes sobre él a otros fleteros que Almirón conocía: no eran halagadores.

Me entendí con el buen amigo, expedito en detalles, y convinimos en anticiparnos a la hora prefija por el fletero, pers-

UNA AVENTURA CON LA MUERTE

(I)

POR

JOSE SANTOS CHOCANO

ciendiendo de él y burlando a los guardianes que con él podía suponerse que me esperaba.

Llegáramos al Callao y nos embarcáramos con una hora de anticipación. Podríamos así escapar al delator, que me esperaría a la hora y en el lugar convenidos, rodeado—había que suponerlo—de guardianes de policía.

Como previéndolo, sin duda, ya que el primer tren en que yo podía irme al Callao llegaría—y así fué—después de las seis, se fijó por primera vez en las pizarras de la Capitanía del puerto una orden terminante para que nadie se em-



Don Nicolás de Piérola, figura descollante en la historia peruana del siglo pasado

barcara ni se desembarcara después de esa hora sin permiso escrito de la autoridad.

Perplejos, a media cuadra del embarcadero, recibimos la noticia de la prohibición.

—¡Perdidos! —Todavía no— replicó mi compañero, y se abotonó completamente el gabán, como quien va a correr.

—Nos iremos en el próximo vapor—le dije.

—Acepto, pero es preciso recoger cuanto tienes ya a bordo. —Con la prohibición nada se puede hacer.

—¡Cómo no!—me dijo con resolución valerosa.

—Más valiera entonces jugar el todo por el todo: iremos los dos.

—No; yo solo. Regresaré.

Resignado me fui a un hotel: comí un poco, bebí otro poco y esperé hasta desesperar. Mi compañero no aparecía. ¿Lo habrían cogido? ¿Se habría escondido a bordo y haría el viaje solo? Una taza de café que apuré de un sorbo me puso excesivamente nervioso: sentí un bochorno, un ímpetu, no de valor, sino de temeridad, y me lancé a escapar hacia la estación, donde el fletero había de esperarme. Era la hora señalada y el tren que debía conducirme acababa

de silbar. Algo más: corri para llegar a tiempo... El Destino me había echado lazo y tiraba de mí con toda fuerza.

En la estación de la Oroya no había nadie: ya el tren había pasado. Como que volví en mí, y pensé que el no haber encontrado al fletero quizá era una buena suerte. Regresé a paso rápido al hotel, adonde mi compañero tenía también que regresar: le encontré en el camino, buscándome, y—claro está—no había podido ir a bordo. Pero no estaba solo: le acompañaba alguien. ¿Quién? ¡El fletero!

Se habían encontrado en el hotel, donde el fletero entró también, buscándome como un desesperado, después de haberme aguardado en el sitio fijo, al que llegué yo tarde.

Se me ocurrió preguntarle qué tren había tomado, y me dijo que el convenido. Le hice saber que lo habíamos buscado en él sin hallarle.

—Sería en la estación Principal; yo tomé el tren en la de la Palma—nos arguyó—. Y, en verdad, no habíamos ido a la estación de la Palma.

Me entregó mi pasaje: uno de segunda clase, con nombre supuesto, para Ilo. Esto, con la explicación del tren, me dió confianza, y le pregunté por dónde habíamos de embarcarnos.

—¡Sigánme!—nos dijo con entereza. Una corazonada me hizo advertirle que si nos cogían presos estábamos espantosamente expuestos a una gran desgracia.

Entonces él, de espaldas—pues nos precedía en la marcha—, a medio volver la cara, como una figura de cera ahumada que se retorciese, en actitud de desdén, tirado el sombrero hacia atrás, blanqueados los ojos, me dijo a toda voz, picándome las fibras más delicadas del amor propio:

—¡Para estas cosas se necesita ser hombre!

Temblé de coraje.

—¡Lo soy!—grité—. Vamos hasta el infierno...

Ya era noche. Como almas que sopla el diablo, atravesamos esas callejas enrevesadas del Callao, tablonas y pies derechos, especie de grupos de manzanas de buques varados. Dimos con nuestros cuerpos en la estación de barajas de la "Oroya", cerca de unos baños en esqueleto y de un muelle fósil. El filo de una luna creciente tajaba las sombras.

Ahí, a vuelta de hoja de la estación, comenzaba la ribera de piedras, con sus largos botes arrumados a manera de caimanes en siesta: hasta ellos estiraban cimbrado cuello de cisnes las olas que doblaban sus sienas de espuma en la pizarra de arena, y se encogían luego con elasticidad pasmosa que hacia danzar sobre ellos a la luna.

Poético era aquello. Cierro los ojos y lo veo claro en mis recuerdos. ¿A qué habíamos ido hasta allí? A buscar al dueño de uno de esos botes, que en la casa de los baños vivía. Nuestro fletero no se bastaba: tenía necesidad de otro que facilitara medios de embarque, cerrado como estaba el puerto. Ese otro había salido de su casa: nuevo obstáculo que saltar. Suenan aún en mis oídos los gritos largos y llenos con que nuestro fletero se echó a llamar al otro: acababa de salir y no estaría lejos. Pero ni su nombre le gritaba, sino un apodo repugnante: el del apodo contestó, al fin, con voz seca que sonó a campana rota. Llegó y nos entendimos.

Las olas se reían de nuestras inocencias, palmoteando a

cada palabra, y la media luna se zambullía en las nubes para no ver nuestra perdición.

Ambos fleteros, el negro flaco y el chinocholo obeso, se hablaron ya a gritos, ya en voz baja, con intermitencias de secretos y arranques de entusiasmos, gesticulando como molinos de viento, y en seguida, haciéndonos una señal de espera con la mano, se deslizaron, hechos sombras, contra los muros, hasta perderse. La media luna en ese instante abrió los ojos; pero nosotros no vimos nada. Golpe de sospecha me llenó el corazón de inquietud, y le dije a mi compañero mi duda; él se hizo que no sospechaba, pero, mal disimuladamente, me dijo: —Mira—. Era un guardia; eran dos; eran tres... Aparecían por la esquina fronteriza. —¡Perdidos!—quise decir, pero no pude, porque vomitado por la sombra apareció el fletero negro. —¡Listos!—nos dijo—. —¿Y el otro?—interrogué—. —Nos espera; no hay que perder tiempo: al oír un silbido se vienen... Todo muy pronto.

En seguida quiso huir; mi compañero lo retuvo un instante por la chaqueta y le indicó un silbido.

—No, así no—replicó él—. De este otro modo...—Silbó como una sierpe, y el diablo nos echó encima a sus secuencias. El infame se hizo humo y nos dejó en el fuego. —¡Ahora sí—me dijo al oír mi compañero con cierta triste seguridad, al ver venirse sobre nosotros a una docena de guardias de policía bien armados de rifles.

Fué un momento dramático. Tenía él en la mano un envoltorio de papeles comprometedores que se me habían confiado. Rapidísimo cruce de palabras nos alistó al instante, y mientras que con resolución de sangre fría de que hasta entonces no me sabía poseedor, me abalancé a los guardias, preguntándoles a grandes voces qué significaba aquello, mi compañero introducía con celeridad por una ventana de casa vecina a la estación todo el mal bulto de papeles peligrosos, que fueron, dichosamente, a parar en manos amigas. Luego... estábamos presos.

De Pilatos a Caifás y de Caifás a Pilatos: comenzó nuestra vía crucis.

Vací sobre el escritorio del intendente de Policía lo que mis bolsillos contenían: nada comprometedor me encontraron.

Hablé fría y racionalmente. El golpe había sido tan fuerte, que no llegué a darme cuenta de él: tan tranquilo estaba.

Un detalle curioso: llegué hasta el punto de impresionar al intendente en forma de que me ofreciera la lancha de la capitanía para marchar a bordo, porque yo no iba al Sur sino a negocios particulares, de lo que tenía y daba pruebas casi inobjectables.

Peró el prefecto de la provincia—que algunas órdenes o instrucciones superiores tenía—hizo llamar al intendente, y éste no regresó—después de largo rato—sino a decirnos que era imposible el ponernos en libertad y que se nos iba a trasladar.

—¿A dónde y para qué?—A la comisaría de Bellavista y para que... pasáramos la noche bien.

Pedí hablar por teléfono con mi familia o con la misma autoridad prefectural de Lima, que me conocía; en vano: se me dijo cortésmente que el teléfono estaba descompuesto.

Tuve la sensación de encontrarme en el fondo de un pozo, sobre cuya boca alguien dejaba caer pesadamente la losa sepulcral de la incomunicación.

(Continuará)

BRIDGE CONTRATO AMERICANO CONVENCIÓN VANDERBILT

VIDA DE CHARLES LINDBERGH UN VUELO DE SALVAMENTO



STUDIEMOS ahora la lógica de la respuesta de Norte, entendiendo siempre que Sur es el convencionalista inicial y Norte quien debe responder.

a) Hemos dicho que una declaración o doble de Oeste exige a Norte de su obligación de intervenir en el remate para evitar que las cosas queden ahí. Fácil es comprender la razón de ello: la declaración de Oeste basta para que Sur, sin necesidad de su compañero, tenga la oportunidad de hacer valer su mano. Este acto rompe la cadena de la convención y restaura el sistema regular del remate.

b) Si la convención llega a sur normal hasta Norte, y éste carece de dos "quick-

(CONTINUACION)

tricks", Norte debe declarar "un diamante". Poca es la información que resulta de este acto para Sur, pues ella tiene caracteres casi negativos y demuestra debilidad, alejando las posibilidades del "slam". En cambio, una declaración saltante de Norte puede resultar preciosa.

c) La convención ha previsto el caso de una mano excesivamente pobre en el jugador representado por Norte, y ha creado la contestación artificial de "un diamante", que no violenta en nada la libre acción del primer convencionalista, para intervenir nuevamente en el remate sin mayor compromiso. Resulta de ello que, así como la declaración de un trébol Vanderbilt es indicativa de fuerza, informando de la existencia de tres "quick-tricks" al menos, la contestación artificial de "un diamante" es signo de debilidad y demuestra la no posesión de los dos "quick-tricks".

d) Por lo tanto, si Norte posee dos "quick-tricks", debe envalentonar a Sur, declarando cualquier cosa que no sea "un diamante". Y si la fuerza de Norte estuviera formada con cartas de este palo, la declaración que corresponde es la de "dos diamantes", demostrando así fuerza y cantidad: ella equivale a la declaración de "un diamante" en el remate regular.

e) Si Norte tiene dos "quick-tricks" y cuatro cartas de un palo, en el cual no existen "quick-tricks", el buen sentido dicta que sólo debe declararse este palo si en él se posee al menos dos honores. Si los "quick-tricks" forman parte de palos de tres cartas solamente, y en el palo de cuatro car-



♠ Q-6 2	♥ 7-4 3	♦ A-K 5	♣ K-Q 10-9 5
------------	------------	------------	--------------------

NORTE

Score: cero a cero. Sur da las cartas y declara un pique. Oeste, dos corazones. Norte, dos piques. Este, tres corazones. Sur, tres piques. Oeste, pasa. Norte, cuatro piques. Este, dobla. Todos pasan. Oeste inicia el juego con el rey de corazón. ¿Cómo debe jugar Sur para cumplir su contrato?

(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)

SUR

♠ A-K J-10 8	♥ 10-5	♦ Q-6 5-2	♣ J-8
--------------------	--------	--------------	-------



f) Teniendo más de los dos "quick-tricks" reglamentarios, la respuesta de Norte debe traducir el máximo de su fuerza. Pero si este jugador posee en esas condiciones dos palos para declarar, no es prudente responder con un contrato abultado desde un principio, porque ello podría impedir el remate del segundo palo sin gran riesgo.

g) Como es posible que Sur convencionalista tenga pretensiones al "slam", Norte, por fuerte que sea su mano, no tiene derecho a engañarlo en su primer respuesta, y si no tiene los dos "quick-tricks" de reglamento, su contestación debe ser siempre "un diamante". Alentarlo sin ese requisito puede resultar perjudicial, porque esa mala maniobra llevará a Sur a un error de cálculo que le haga fracasar un remate importante.

La respuesta de "un diamante" que niega dos "quick-tricks" no implica siempre carencia absoluta de fuerza. En caso de que Norte tenga un palo largo y capaz, puede siempre declararlo en la forma que convenga, pero sólo en la segunda vuelta del remate. Norte no

debe olvidar que su compañero no puede dejar subsistente ese "un diamante" artificial y que tendrá oportunidad de hablar nuevamente.

Vanderbilt sostiene que la característica más fuerte del "trébol convención" es que dice mucho más que cualquier declaración regular. No he hecho hasta ahora más que exponer un sistema y la defensa que de él hace su autor. Hay opiniones a favor y en contra de esta convención y en un próximo artículo haré comentarios al respecto.

Sumario de "la convención de trébol":

1.º Exige una respuesta.
2.º Su declaración no tiene relación con los tréboles que posea el convencionalista en mano.

♠ 9-7-5 4-3	♥ Q-9-8	♦ J-9	♣ A-7-2
----------------	---------	-------	---------

3.º Declara poseer un mínimo de tres "quick-tricks".
4.º "Dos tréboles", no sólo son convención, sino que tienen el equivalente en "un trébol" del remate regular.

5.º El convencionalista no puede tener una mano compuesta de dos palos únicamente.
6.º Particularmente puede indicar si el bando del convencionalista está en zona vulnerable; que quien lo declara tiene la reserva de un palo o un sin triunfo, el cual puede declarar y jugar cómodamente.

7.º Un doble o una declaración de los adversarios rompe la cadena de la convención y restaura el remate regular. Por consecuencia, una declaración de "un diamante" en esas condiciones deja de ser artificial e indica fuerza y palo largo.

Después de la declaración de "un trébol" y el "paso" del adversario, la respuesta de "un diamante" significa:

1.º Que se dé una respuesta.
2.º Que no tiene relación con los diamantes que posee quien lo declara.

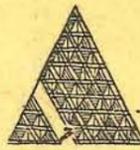
3.º Niega dos "quick-tricks" y gran parte de las probabilidades del "slam".

Por tal razón, la declaración de "dos tréboles", "dos diamantes" o "uno" de pique, corazón o sin triunfo, requiere:

1.º Un mínimo de "dos quick-tricks".
2.º Indica cuatro cartas con dos honores, por lo menos en el palo declarado.

3.º Demuestra, salvo la excepción de poseer dos palos para declarar, toda la fuerza del triunfo que se remata, calculada en relación a la información del mínimo de elementos que debe tener el convencionalista inicial.

LEON
CASABAL



DEMAS de sus vuelos destinados a estrechar los vínculos internacionales, y su trascendental viaje a París, otro vuelo se destaca en la

carrera del coronel Lindbergh. Se trata de un viaje de socorro. A fines de abril de 1928, el aeroplano Bremen, el primero en efectuar la travesía aérea del Atlántico de Oeste a Oeste, aterrizó en la desolada y desierta isla de Greenly, en la península del Labrador. La tripulación del aeroplano alemán se hallaba extenuada, y para facilitar su regreso al mundo civilizado muchos aviadores acudieron en su auxilio, entre ellos Floyd Bennett, que había volado sobre el Polo Norte con el comandante Richard Evelyn Byrd. Por causa de los rigores del clima, Bennett enfermó de neumonía, y la única esperanza de salvación fue un suero que sólo podía ser obtenido en el Instituto Rockefeller de Nueva York.

John D. Rockefeller, hijo, ofreció el suero y pidió un piloto para que se encargara de llevarlo al enfermo. Por intermedio de la Fundación Guggenheim se supo que Lindbergh estaba en condiciones de efectuar el viaje. El joven aviador consintió de inmediato en cumplir el encargo, y pocas horas después se hallaba en rápido vuelo hacia Quebec, en un biplano del ejército. Llegó sin tropiezo a su punto de destino, pero el esfuerzo resultó inútil, pues el suero, sometido a condiciones atmosféricas harto desfavorables, había perdido su eficacia para combatir la enfermedad que causó la muerte de Bennett.

Trató de esquivar las multitudes

Después de aceptar su cargo en la Transcontinental Air Transport, Inc., el coronel Lindbergh trató de esquivar la atención del público, pero no siempre logró salir airoso en sus propósitos. Voló hasta algunas ciudades, y aunque sus planes fueron conocidos por escasas personas, esos viajes tuvieron por objeto primordial favorecer el establecimiento de aeródromos y de líneas comerciales de transporte aéreo.

El 27 de octubre de 1928, Lindbergh recibió la Medalla de Roosevelt correspondiente a ese año en compañía de Charles Evans Hughes, ex secretario de Estado, y de Frank M. Chapman, experto en ornitología del Museo de Historia Natural de Nueva York. La citación reza en parte:

"Por más que nuestra generación considere que el dinero es la pauta del éxito, y que para alcanzar el triunfo y la fama es necesario recurrir a la agresividad, la logrería, la ostentación y los manejos políticos, vemos ahora que Charles Lindbergh, un joven de vida sencilla, que llegó a alcanzar un triunfo de magnitud jamás lograda por ningún otro joven en la historia del mundo, rehuye la publicidad y hace a un lado las ofertas de riquezas sin límites".

Fué a votar por Hoover

Durante la campaña presidencial de 1928, Lindbergh voló desde Fort Worth, Texas, hasta San Luis, con el objeto de votar por Mr. Hoover, de quien se había declarado partidario públicamente. Después de este vuelo partió para visitar al embajador en Méjico, Dwight W. Morrow, con cuya hija, la señorita Ana Spencer Morrow, se comprometió más tarde.

El coronel Lindbergh permaneció en Méjico dos semanas, y se había propuesto regresar a los Estados Unidos en aeroplano desde Tampico el 24 de noviembre. No partió hasta el día siguiente, pero pocos se enteraron de esto, y cuando se tuvo noticia de que un aeroplano desconocido se había destruido en Matamoros, Méjico, la creencia de que se trataba del aparato piloteado por el

IV

célebre aviador causó espanto en toda la nación. Sin embargo, esta falsa alarma, lo mismo que varias otras que hicieron suponer la muerte o gravedad de estado del joven aviador, fué disipada así que Lindbergh aterrizó sano y salvo en San Antonio.

Poco después el aviador se vinculó por segunda vez con la aviación comercial, al aceptar el cargo de consejero técnico para el equipo y las rutas de la Pan American Airways, que había establecido ya un servicio de transporte aéreo de pasajeros y correspondencia desde Florida hasta las Indias Occidentales y las islas Bahamas, y en aquel entonces efectuaba los preparativos para inaugurar el servicio de correspondencia entre Miami y Cristóbal en la zona del Canal. El primer trabajo encomendado a Lindbergh en el desempeño de su nuevo cargo fué volar con la correspondencia hasta Panamá y volver a Florida en el viaje inaugural de la ruta.

Transportó correspondencia el día en que cumplía 27 años

Partió de Miami el 3 de febrero de 1929, día en que cumplía 27 años, en un aeroplano Sikorsky anfibio y aterrizó tres días más tarde en Cristóbal, después de haber cubierto varias etapas determinadas de antemano, con el objeto de entregar y recoger correspondencia, y cumplió en forma estricta el horario que se había fijado previamente para el vuelo.

El viaje de regreso suscitó una ansiedad considerable, pues llegó a La Habana con seis horas de retraso. Lindbergh explicó el hecho diciendo que la turbulencia del agua en las proximidades de la isla Cozumel, en Méjico, había dificultado su partida, y que, además, se vió en la necesidad de dedicar algún tiempo a inspeccionar desde el aire el país sobre el cual fuera trazada su ruta.

El interés que despertó la llegada de Lindbergh a La Habana fué acrecentado por una noticia transmitida desde la ciudad de Méjico algunas horas antes. El embajador Morrow había llamado a los corresponsales de los diarios a su oficina para anunciarles el compromiso de su hija, la Srta. Ana Morrow, con el joven Lindbergh; en esta forma quedaban confirmados los rumores que circulaban desde varios meses atrás acerca de ese compromiso.

Se rehusa a hablar del compromiso

Pero ni siquiera este anuncio categórico fué suficiente para quebrantar la acostumbrada reticencia del coronel Lindbergh, quien se negó a hacer comentarios acerca de su compromiso o a discutir los planes para la boda. Se encontró por primera vez con la señorita Morrow en diciembre de 1927, cuando se detuvo en la ciudad de Méjico durante su vuelo panamericano de "buena voluntad".

Después de haber terminado su vuelo para el transporte de correspondencia, el coronel Lindbergh regresó a Nueva York, pero volvió a partir inmediatamente en otro vuelo de inspección para la Transcontinental Air Transport. Sin embargo, cuando llegó a Wichita, abandonó momentáneamente su trabajo y voló hasta la ciudad de Méjico para efectuar a la señorita Morrow la primera visita posterior al compromiso formalmente contraído con ella.

Entretanto, se había anunciado en Washington que el coronel Lindbergh acababa de aceptar el cargo de consejero técnico de la sección aeronáutica del Departamento de Comercio. Se hizo saber que el aviador no necesitaría dedicar un tiempo determinado a este trabajo, pues su labor se limitaría a aconsejar ocasionalmente a los funcionarios del Gobierno acerca de los diversos aspectos de la reglamentación, estableci-

EL PRINCIPE DE GALES QUIERE HACER VIDA DE ESTANCIERO EN SU PROXIMO VIAJE A LA AMERICA DEL SUR



miento de líneas de servicio y provisión de equipo, construcción de aeródromos, trazado de planos, estudios aeronáuticos y prevención de accidentes.

El aeroplano pierde una rueda

Mientras se hallaba en casa de su novia, el coronel Lindbergh y la señorita Morrow decidieron efectuar un picnic aéreo. Partieron al mediodía del aeródromo Valbuena, y en un lugar de la ruta (quizá cuando remontaban el vuelo desde algún campo donde descendieran para consumir el lunch), se desprendió la rueda derecha del aeroplano, de Lindbergh, que era el "Ciudad de Wichita".

La pareja no halló otra solución que regresar al aeródromo Valbuena y afrontar el peligro de aterrizar sobre una sola rueda, pues ni el coronel Lindbergh, ni la señorita Morrow, poseían paracaídas. Para proteger a la señorita Morrow lo mejor posible, y evitar que resultara herida, el coronel Lindbergh la rodeó de todos los cojines que había en la cabina, y le explicó la forma más eficaz para resistir el accidente.

Mientras volaba sobre el aeródromo, Lindbergh se asomó, agitando un brazo vigorosamente, con el objeto de que los aviadores mejicanos que se hallaban en tierra notaran el desperfecto del aeroplano y se prepararan para el inevitable accidente. Pero aquellos aviadores no podían hacer otra cosa que disponerse a prestar auxilio a las posibles víctimas, de manera que la vida de la señorita Morrow como la de Lindbergh mismo, se hallaban en manos del joven coronel.

Un hábil aterrizaje

La misma destreza con que guiara su aeroplano en las rutas de transporte de correspondencia y en las grandes extensiones oceánicas, permitió que el coronel saliera airoso en esta difícil circunstancia, que puso dos vidas en peligro. El joven aviador efectuó el mejor aterrizaje posible. El "Ciudad de Wichita" se deslizó sobre su única rueda en una extensión que excedió a 30 metros antes de amornar su impulso y de que el motor se detuviera completamente.

La señorita Morrow resultó ilesa, pues sólo experimentó la brusca sacudida; pero el coronel Lindbergh sufrió la dislocación de un hombro, aunque no reveló su mal hasta algún tiempo después, cuando se hallaba almorzando con los Morrrows. El aeroplano resultó destruido.

El accidente, ocurrido el 27 de febrero de 1929, no fué obstáculo para que el coronel y la señorita Morrow emprendieran un nuevo viaje al día siguiente. Aún cuando el aeroplano destruido se encontraba todavía en el aeródromo, y Lindbergh tenía un brazo en cabestrillo, el coronel efectuó tres vuelos cortos con la señorita Morrow en un rápido biplano de cabina abierta, para poner en práctica el consejo que había recibido en sus días de estudiante de aviación: todo aviador debe realizar un nuevo vuelo lo antes posible después de un accidente, con el fin de evitar el desarrollo de algún temor o timidez instintiva. Durante estos viajes, el coronel Lindbergh efectuó la clase de aterrizajes que lo hicieron famoso, muy diferentes a su peligroso descenso que atrajo la atención de todo el país.

En automóvil hasta Cuernavaca

Cuatro días más tarde, el coronel Lindbergh acompañó a la familia del embajador Morrow hasta su residencia veraniega, situada en Cuernavaca, Méjico. En esta ocasión, los automóviles de los viajeros avanzaron entre filas de soldados que el Gobierno situó a lo largo del camino, con el objeto de impedir cualquier ataque por parte de los bandoleros de la región.

El coronel Lindbergh permaneció más de un mes en la ciudad de Méjico, y empleó parte de ese tiempo en enseñar a la señorita Morrow el manejo de un aeroplano. El 31 de marzo, el coronel Lindbergh tuvo el pesar de enterarse de la muerte del embajador Herrick, que fuera su cordial amigo desde la noche en que el aviador descendió del "Espíritu de San Luis", y dijo a la multitud que había esperado horas enteras en Le Bourget para presenciar el final de su épico viaje: "Yo soy Charles Lindbergh".

(Continuará)

N secreto de importancia oculta la decisión del príncipe de Gales de vestir el traje de cazador de zorros y de "ir de caza" nuevamente en este invierno.

Está preparándose concienzudamente, a fin de encontrarse en la plenitud de su maestría como jinete cuando llegue el momento de emprender su jira a la América del Sur, a principios de año. ¿La razón?

El heredero del trono británico proyecta pasar una temporada en una estancia durante su visita a la Argentina. Gusta de la vida campestre al aire libre y de la estancia, por lo cual cuida tanto de su Estancia E. P. en las laderas de Alberta, del Canadá. A menudo le he oído decir que jamás ha disfrutado vacaciones más felices, libre de todo protocolo, barullo y alboroto, que durante sus breves escapadas a su estancia. Ha leído y oído contar mucho acerca de las interesantes cabañas ganaderas de la América del Sur, y durante el tiempo que le dejen libre sus deberes oficiales en la gran Exposición Industrial del Imperio Británico, que se inaugurará en Buenos Aires el 14 de marzo de 1931, antes de dirigirse a Río de Janeiro, donde se propone permanecer por lo menos tres semanas, el futuro primer monarca del mundo, en compañía del príncipe Jorge, su hermano menor, se entregará a los placeres y a la vida montaraz del vaquero. Porque el "Príncipe estanciero" es persona completamente distinta del Príncipe de Gales. Su placer estriba en "vivir rústicamente", olvidado de su posición y de su futuro. Preguntado a quienes le han visto en su Estancia E. P., de Canadá. Recuerdo muy bien un incidente típico. Se acababa de instalar en el "bungalow" cuando la mañana se tornó lluviosa. El Príncipe Estanciero se encaró con su administrador, W. L. Carlyle, antiguo "amo" del gran Bar U. Ranch contiguo, y le preguntó ávidamente:

—¿Qué vamos a hacer esta mañana?

El administrador Carlyle no titubeó. Sabía que el Príncipe andaba a caza de nuevas emociones día tras día en aquellas sus vacaciones de aventura.

—Con un tiempo como éste no podemos hacer nada afuera —respondió, y agregó:— Pero creo que es una linda ocasión para limpiar los establos.

En menos de diez minutos, el Príncipe trajeado de "overall" y calzando botas, trabajaba en los establos como un caballero veterano. Pero no termina aquí el cuento. De las cabañas cercanas llegaron de visita algunos vecinos de categoría. Cuando el Príncipe hace vida de estancia no se observa en su derredor ninguna etiqueta; de modo que al anunciarse las visitas, el regío y momentáneo mozo de establo, replicó:

—Dígame que estoy muy ocupado y que se molesten en venir a hablarme aquí.

Tal es el príncipe de Gales, al margen de la etiqueta cortesana.

Y he aquí por qué cabalga ahora rudamente en pos de los sabuesos. Lo cual me lleva a tocar el punto de que el Príncipe no es jinete mediocre. Sus muchas caídas del caballo durante sus cacerías y en las emocionantes y arduas carreras "de punta a punta", hace algunas temporadas, cuando sus aficiones hípcas le pusieron casi al borde de la muerte, no obedecieron a su falta de destreza en el arte de la equitación, sino que fueron el

castigo de su audacia extrema y de su maestría verdaderamente asombrosa, en realidad tales, que ninguno de sus compañeros de carrera o de caza se atrevió a emularle ni a seguirle. Cuando el Príncipe vuela a campo traviesa, jinete en brioso corcel, se transfigura. La sangre precipitase también por sus venas, y a la sazón su voluntad entera se concentra en el placer de la caza o en la resolución de cruzar primero el poste.

Todo el ánimo y una buena parte de la destreza de Tom Mix maniéstanse en la audaz manera de cabalgar de este Príncipe personalísimo. Cuando monte en las pampas sudamericanas dará una sorpresa a los gauchos de por allá. Habrán oído contar que el Príncipe es un jinete bisoño; un jinete aprendiz, capaz solamente de montar un caballo de parada, y que es derribado apenas sube a uno de verdad. Permiseme, pues, que diga algunas cosas ciertas acerca del Príncipe, como jinete, y el porqué la nación pidió que dejase de participar de cacerías y carreras, cuando supo que corría el peligro de sufrir una caída fatal.

"Gran corredor y de gran corazón", fué el elogio que un famoso maestro de equitación tributó al Príncipe, con motivo de sus mejores hazañas de 1928, última temporada en que Su Alteza Real "se abandonó" a su ímpetu tanto en las partidas de caza como en las carreras "de punta a punta".

Sus compañeros oficiales del ejército, también arriesgados jinetes, suelen discutir la maestría hípica del Príncipe. "Es buen jinete; es audaz; pero no lo prudente que debería ser", reza la opinión general.

Díran también que el Príncipe gusta de la emoción de volar a campo traviesa, caballero en un potrillo favorito, y todo caballo que monta es un favorito, porque el real jinete es uno de los más notables aficionados a caballos y a animales de todo el país. Le he oído "conversar de caballos y de cabalgatas" durante dos o tres horas, de sobremesa con oficiales de la guardia. Y no hay visitador de los establos reales contiguos al Palacio Buckingham más frecuente que Su Alteza. Conoce a los cincuenta bayos de hermosura peregrina, que se albergan allí como caballos del Estado. Cuida, sobre todo, de estar presente cuando los mozos derriban y amaestran a animales recién llegados a los establos, y a menudo les ayuda en sus faenas. Vemos aquí también al Príncipe preparándose para las emergencias. Quiere saber manejar caballos como un experto, a fin de "no ser mojado" en público. Cuando haga vida de estanciero en la Argentina ayudará eficazmente a derribar "bronchos", en caso necesario, y estará en aptitud de cabalgar sobre un animal domesticado. Cuando le vendieron sus caballos de caza, luego de su decisión, tomada a regañadientes, de no seguir montando, a raíz de la alarma nacional por sus frecuentes caídas infortunadas, el Príncipe manifestó vivísima emoción al separarse de sus animales, porque era para él como abandonar a sus amigos más íntimos. ¿Así se conduce un "jinete de parada"?

No es un secreto en los círculos elevados, que mortificó profundamente al Príncipe el enorme clamor que alzó una parte del público inglés, con motivo de sus frecuentes caídas en las carreras o en las cacerías. Renunció a uno de los mayores placeres y diversiones de su vida atareada, por

deferencia al clamor público, pero quedó hondamente afectado.

Puedo revelar asimismo que el Príncipe cifra mucho orgullo en sus corceles y no cabalga en un mal caballo. Demostró aquel orgullo en cierta ocasión, en que (estando yo a su lado), aun presa de terribles dolores a consecuencia de una caída en una carrera de "cross-country":

—¿Qué ha ocurrido?— preguntó, al recobrar el sentido, y ver que una enfermera le restañaba la sangre de la cara.

—Cayó usted, señor— respondió la enfermera, compadecida.

Tras una pausa, replicó el Príncipe con voz fuerte:

—Yo no caí: el caballo debió caer conmigo.

Y, efectivamente, esto fué precisamente lo que ocurrió. El salto que remató en caída era muy difícil: una escarpada valla de maleza, de 1.35 m. de altura por delante y una pendiente posterior de dos metros, que caía a un suelo más duro que un sendero de granito. La carrera era muy reñida y al llegar a la valla los corredores, el Príncipe se hallaba ventajosamente colocado a la cabeza. Hizo saltar su caballo en el momento preciso, pero el animal arrancó demasiado pronto y cayó sobre la valla en vez de caer al otro lado, rodando malamente y despidiendo por fuerza a su real jinete.

Según oí decir a un testigo ocular en aquel punto, ni un domador de "bronchos" del más bravo Oeste habría esperado una sacudida tan súbita y fatal. Los demás jinetes se esforzaron en saltar a un costado del Príncipe; pero la cabalgadura de éste, en su afán por desembarazarse, lo coceó, habiendo sido la coza y no la caída la causa de la contusión del caído. Así es como cabalga el Príncipe de Gales.

Circunstancias análogas caracterizaron otra caída que sufrió, fracturándose un hueso del cuello, con la diferencia de que provino de intentar un salto audaz que se negaron a probar sus demás compañeros de caza, inclusive el maestro de cazadores. Montaba el Príncipe un fino, brioso y amaestrado caballo de caza, y le aturdira la emoción de una persecución encarnizada de un rastrero cercano, sostenida hacia dos horas. De pronto los jinetes se enfrentaron con una ancha y formidable valla de postes y rieles que tenía una zanja a cada lado y una caída de un metro a los campos que quedaban detrás. El obstáculo era tal, que el maestro tiró riendas, renunciando a la prueba, imitándole otros de sus compañeros de caza. El Príncipe no advirtió la prevención o arrastrado por la fogosidad de la persecución, creyó que podría intentar el salto. De todos modos, sin la menor vacilación, lanzó su caballo contra la valla. El animal salvó las zanjadas de agua y los rieles con un salto limpio, pero la inesperada y profunda caída al lado opuesto le asustó, haciéndole caer en un montículo y despidir rudamente al Príncipe por la cabeza.

En esta ocasión también el que cayó fué el caballo y no el Príncipe, y a fe que había sido un tremendo salto.

Fuó un accidente grave, un caso de traslado en camilla; pero el Príncipe, aunque presa de terribles dolores, no desmayó. Según él, es un desgraciado el jinete incapaz de arrostrar caídas; de modo que esta vez su único comentario fué: "Bueno, fué un salto difícil". Y no volvió a quejarse de su accidente.

THOMAS G. MIDDLETON
(Para LA NACION) LONDRES, noviembre de 1930.

Jamás pide favores y ni siquiera se le ocurre pensar en la menor etiqueta, mientras hace vida de campo. Si los vaqueros le tratan, cuando vive con ellos, como uno de los suyos, se sentirá feliz y disfrutará de su compañía; pero si empiezan por darle el "sí señor" sombrero en mano, no sólo no le agrada este tratamiento, sino que probablemente les manifestará con rudeza su desagrado.

Verán al Príncipe de Gales vestir el traje del estanciero lo mismo que el Stetson. Querrá e insistirá en que le dejen ensayar los caballos en la cabaña, y aunque sean juguetones, los domeñará. Cabalgará duro con los vaqueros durante largas horas, a campo traviesa, disfrutando de cada minuto de la excursión. Al final del día querrá compartir los juegos y las bebidas de sus camaradas jinetes. Fumará su pipa con ellos y contará cuentos.

Y créanme que no hay narrador más ameno que el Príncipe de Gales. Relata las aventuras más emocionantes en forma llana y sencilla, que asombra a sus oyentes. Ningún otro joven del mundo entero tiene experiencias más diversas que éste. Pero gusta más de escuchar que de hablar. Incitará a los vaqueros a que refieran sus incidencias emocionantes. Les emulará y luego les contará algún suceso sensacional que le acaeció a ese respecto.

Los hombres de las cabañas canadienses no podían de pronto entender a su nuevo vecino, que parecía hallarse como en su casa en la vida de la dehesa y de la estancia; pero el Príncipe se halla en seguida a sus anchas donde quiera que va. Es el mejor camarada que se pueda imaginar.

Trátesele a fondo y se le querrá.

El Príncipe llevará probablemente alguno de sus aeroplanos a la América del Sur para emprender varios vuelos de consideración durante su estadía. ¿Saben ustedes para qué? De nuevo les voy a revelar las intimidades del Príncipe. Ello no obedece meramente a su entusiasmo por la aviación, tan grande como su gusto por la equitación y por el golf. Obedece a su gran deseo de ver todo lo que pueda de la América del Sur. Comprende que acaso no tenga otra oportunidad de conocerla, pues sabe que con el curso de los años sus responsabilidades oficiales se irán agravando y no podrá viajar por el extranjero. Como a la mayoría de nosotros, el mundo sudamericano fascina inmensamente al Príncipe de Gales. Quiere hacer una jira muy amplia por el Brasil y por la costa occidental de Sud América.

El príncipe Jorge, real compañero de viaje del de Gales, es un joven muy tranquilo, casi retraído, pero muy interesante y personal. Completamente sencillo y despejado, no posee aún la franqueza y soltura de su hermano mayor. No es un jinete consumado, pero sí muy audaz. No está muy familiarizado con la vida al aire libre, pero tampoco le acobarda. Está aprendiendo a ser buen camarada; pero progresa en esto rápidamente, pues tiene buena voluntad. Como su hermano, no le agrada el barullo, antes bien es propenso a una severidad de maneras aun mayor.

También él quiere gozar de cada minuto de su viaje y se propone hacerlo en todas las formas posibles. Quiere disfrutar de todas las emociones y las experiencias que Sud América pueda ofrecerle.

Irá bien acompañado para encontrarlas.



LAWRENCE GRAY
Y WYNNE GIBSON
EN "JUGUETES
DEL PLACER", RE-
CIENTEMENTE
ESTRENADA



CARMEN LARRA-
BEITI, QUE DES-
EMPEÑA EL PRIN-
CIPAL PAPEL EN
LA PELICULA PA-
RAMOUNT "DOÑA
MENTIRAS", HA-
BLADA EN CASTE-
LLANO



LUPE VELEZ Y MANUEL ARBO EN UNA ESCENA DE LA PELICULA
"ORIENTE Y OCCIDENTE"



ALICE DAY, JOHN ST. POLIS Y WILLIAM COLLIER EN "PASO A
LA JUVENTUD", PRODUCCION RECIENTEMENTE ESTRENADA

EL SEPTIMO ARTE

CARTA DE HOLLYWOOD

POR

WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, noviembre de 1930.

Will Rogers, el popular ex-
intendente de Beverly Hills y
astro de Broadway y Cinelan-
dia, y últimamente de fama
universal por su inimitable ac-
tuación en "Tenemos que ver
a París", acaba de poner su
firma al pie de un nuevo con-
trato que en nombre de la
compañía Fox le hiciera su vi-
cepresidente y encargado ge-
neral de las actividades movi-
tonescas, Mr. Winfield Shee-
han. De acuerdo al nuevo pro-
ducto, Mr. Will Rogers apare-
cerá frente a los "mikes" y las
luces Kleig, en una serie de
cinco comedias parlantes con
argumentos encarrilados en las
mismas líneas de éxito que
marcaran su última produ-
cción. Mr. Rogers, respondiendo
con su sonrisa característica a
una pregunta que se le hiciera
respecto a los términos del
nuevo contrato, dijo: "El in-
significante obstáculo del au-
mento de 3500 dólares más por
semana ha sido favorablemen-
te resuelto a mi favor". Los
servicios profesionales sema-
nales de Rogers costarán en
adelante a la empresa contra-
tante la suma de 8500 dó-
lares.

Lucien Littlefield ha sido de-
finitivamente escogido para es-
poso de Marie Dressler—no en
la vida real, sino en la nueva
cinta sonora en que la celebra-
da característica trabajará en
la compañía de Polly Moran—.
La producción llevará por tí-
tulo "Reduciendo", que es la
última novedad hollywoodense,
que se manifiesta en forma
epidémica y ha atacado fuerte-
mente al bello sexo de la co-
lonia filmica. "Reduciendo" es,
o más bien dicho, será, una co-
pia fiel de la manía de redu-
cir de peso y de los diversos
métodos que las damas ponen
en práctica para guardar la
línea estética general. Además
de Marie Dressler y Polly Mo-
ran, componen el elenco Ches-
ter Conklin, Anita Page, Law-
rence Gray, Thelma Todd, Sam
Hardy, Charles Peck y Charles
Reisner.

Una novedad mecánica en la
forma de un departamento mo-
bile con cuartos intercambia-
bles, es la nota sobresaliente
en la película sonora "Last

But Not Leased", una entrete-
nida comedia vitafónica que
actualmente está dirigiendo
Alf Goulding en los "studios"
de Burbank. Alice White y Bi-
llie Waynee proveen, respecti-
vamente, el interés romántico
y chistoso en la obra. A pro-
pósito de Alice, la actriz y los
dirigentes de la First National
parece que aun no han podi-
do llegar a un acuerdo respec-
to al sueldo y cantidad de pe-
lículas que Alice haría para
beneficio de la empresa, en el
caso de que la compañía hi-
ciera uso de su privilegio, en
renovar por un año más el
contrato con miss White y re-
cibiendo la estrella el mismo
sueldo de que hoy disfruta.
Pero Alice es joven y llena de
ambición, y la ascensión me-
teórica al firmamento de Ci-
nelandia la ha mareado un po-
co. Exigir hoy un aumento de
sueldo con el estado actual fi-
nanciero general, y especial-
mente en la industria cinema-
tográfica, es sencillamente im-
ponerse unas largas vaca-
ciones.

Harold Lloyd ha partido pa-
ra Nueva York, donde asistirá
a la "première" de su última
comedia parlante titulada "Los
pies primero". Sumando la
distancia que Harold y su co-
pañía recorrieran para impre-
sionar la cinta con interiores
en Hollywood y exteriores en
San Francisco y Hawaii, has-
ta su asistencia al estreno
neoyorquino, el actor cómico
ha viajado alrededor de 12.000
millas para completar la pre-
sentación de su nuevo esfuer-
zo bufo.

Cecil De Mille acaba de
anunciar que, hasta el presen-
te, el único actor por él con-
tratado para actuar en su pró-
xima superproducción a lla-
marse "The Squawman", es el
actor Roland Young, una de
las figuras masculinas recien-
tamente importadas a Holly-
wood, procedente de La Gran
Via Blanca de la metrópoli
del Este, que actuará el papel
principal. Esta será la versión
parlante de la célebre película
silenciosa del mismo nombre,
con la que el espectacular De
Mille hiciera su debut en la
industria del celuloide.



El Hada de los montes

ILUSTRACION DE J.C. NIVERGO

EL día llegaba a su fin. Don Segundo, cansado de trabajar durante tantas horas, se dejó caer pesadamente sobre un banco, cerca del fuego, mientras contemplaba a lo lejos el sol que se ocultaba entre los árboles.

Doña Gumersinda puso la sopa sobre las brasas y se sentó junto a él.

—¿En qué piensas, Segundo?—preguntó ella.

—Pienso en todos los árboles que he cortado durante toda mi vida en este triste trabajo de leñador, y me pregunto si uno al hacerlo no comete un crimen. Al fin los árboles sufren y mueren como uno... ¡y son tan útiles y tan hermosos! Mira los pinos, los robles, los álamos... todos, en fin. ¡Es una crueldad!

—¿Qué diablo te pica?—exclamó la mujer—. ¿Te has vuelto loco...? Deja de decir tonterías y vamos a comer, que me hace buena falta descansar. Mientras tú cometías esos asesinatos, yo no he dejado de trabajar. No puedo más de cansada. La vida es injusta; ¡tener que seguir siempre trabajando a la edad que tenemos y después de tantos años de penurias...!

—Tienes razón, mujer. Nuestra madre Eva nos hizo una mala jugada con eso de escu-

char a la serpiente. Sin ella estaríamos gozando todos del paraíso terrenal, en vez de pasarnos la vida trabajando y sufriendo. Y lo peor es que las mujeres son tan curiosas, que la mayoría de ellas harían lo mismo que Eva.

—Lo que es por mí no puedes decir eso, pues no soy nada curiosa...

No bien había dicho estas palabras sintieron un ruido detrás del banco en que estaban sentados, y dándose vuelta, vieron que una hada pequeñísima salía de entre unos arbustos, acercándose hacia ellos amablemente.

—¿Qué cosa tan preciosa!—exclamaron a la vez el leñador y su mujer.

—Buena gente—dijo el hada con una voccecita que sonaba como un cristal—. Sus quejas me parecen justas y quiero poner remedio a su miseria. He aquí una bolsa llena de oro; tómenla. Pueden disponer de ella como mejor les convenga, y por más que gasten, siempre habrá la misma cantidad de oro dentro de ella. Podréis vivir así con toda tranquilidad el resto de vuestra vida, y sólo exijo una condición. Toma este cántaro, Gumersinda. Iréis juntos a enterrarlo en el interior de la Cueva de las Hadas, cuidando de

que nadie os vea. No sólo no debéis desenterrarlo jamás, sino que tendréis que cuidar también de que nadie llegue a encontrarlo. Si esto llegara a suceder, el oro desaparecería de vuestra bolsa y viviríais de nuevo en la miseria.

Don Segundo y Gumersinda, locos de alegría, juraron obedecer a cuanto había ordenado el hada.

Esta, después de saludarlos nuevamente, saltó sobre una rama y se fué alejando de árbol en árbol hasta desaparecer.

Una vez solos, el leñador y su mujer abrieron la bolsa, comprobando que contenía tres docenas de monedas de oro, lo que era más que suficiente para poder vivir con toda tranquilidad y holgura.

La pareja empezó por adquirir un mobiliario adecuado y renovar su guardarropa, lo que le hacía buena falta. Luego compraron comestibles y buen vino. Ya no trabajaban como antes, contentándose con ocuparse de la cocina y de la limpieza y dedicando el resto del día a pasear. Cuando por la noche abrían nuevamente la bolsa, veían invariablemente que ésta contenía las tres docenas de monedas de oro.

Pero después de un tiempo, acostumbrados a trabajar, comenzaron a aburrirse de esa nueva vida. Por otra parte, los vecinos, asombrados al ver el cambio producido en su vida, empezaron a hablar, y ellos tuvieron que mentir diciendo que habían heredado a un tío muy rico que vivía en el extranjero.

La ociosidad cansa más que el trabajo y, además, inspira malas ideas. Fué así como Gumersinda comenzó a desear cambiar esa clase de vida por otra más suntuosa, llegando a decir a su marido:

—¿Qué quieres hacer con tres miserables docenas de monedas de oro? Mucho más nos convendría apoderarnos del capital e instalarnos a vivir en una gran ciudad, como lo hacen los ricos verdaderos. Compráramos un magnífico castillo para veranear y tendríamos infinidad de servidores.

—Todo eso está bien—respondió el leñador—, ¿pero dónde está ese tesoro?

—¡No seas tonto! Está enterrado en ese cántaro, en la Cueva de las Hadas.

—¿Cómo sabes que había allí dentro un tesoro?—preguntaba el hombre.

—Por lo mucho que pesaba cuando lo llevamos hasta allí... Además, ¿crees tú que si no fuese tan valioso lo habría recomendado tanto el hada?

—Sí, pero hemos jurado no tocarlo.

—Eso no importa. Quitamos todo el oro que hay allí dentro y nos vamos con él a un lugar donde ella no pueda encontrarlos.

—No opino como tú—insistía el leñador—. Las hadas tienen el brazo muy largo, por más pequeñas que sean. Además, hemos jurado obedecerle y hay que cumplir los juramentos.

Tanto y tanto repitió lo mismo Gumersinda sin obtener el consentimiento de su marido, que por fin resolvió hacerlo sin consultarlo, y aprovechando una mañana que éste se había quedado dormido, corrió hasta la Cueva de las Hadas, desenterró el cántaro y sacó su contenido... ¡Qué desilusión! ¡El cántaro sólo contenía cenizas!

Mientras tanto, el leñador despertó y no viéndolo a su mujer sospechó lo que estaba haciendo. Sin perder un minuto corrió al lugar donde se encontraba el cántaro, y viendo a Gumersinda sentada tristemente en el suelo, comprendió que no se encontraba allí el ansiado tesoro. Sin pronunciar una palabra, nuestro hombre tomó el cántaro, enterrándolo nuevamente en el mismo lugar.

Cuando llegaron de nuevo a su casa les esperaba allí otro rudo golpe. Al querer sacar Gumersinda una moneda para ir al mercado, vio con espanto que de adentro de la bolsa sólo salía también cenizas.

En el mismo instante apareció el hada, diciendo:

—¿Habéis cumplido debidamente con vuestra palabra?

Gumersinda creyó poder engañar al hada y respondió:

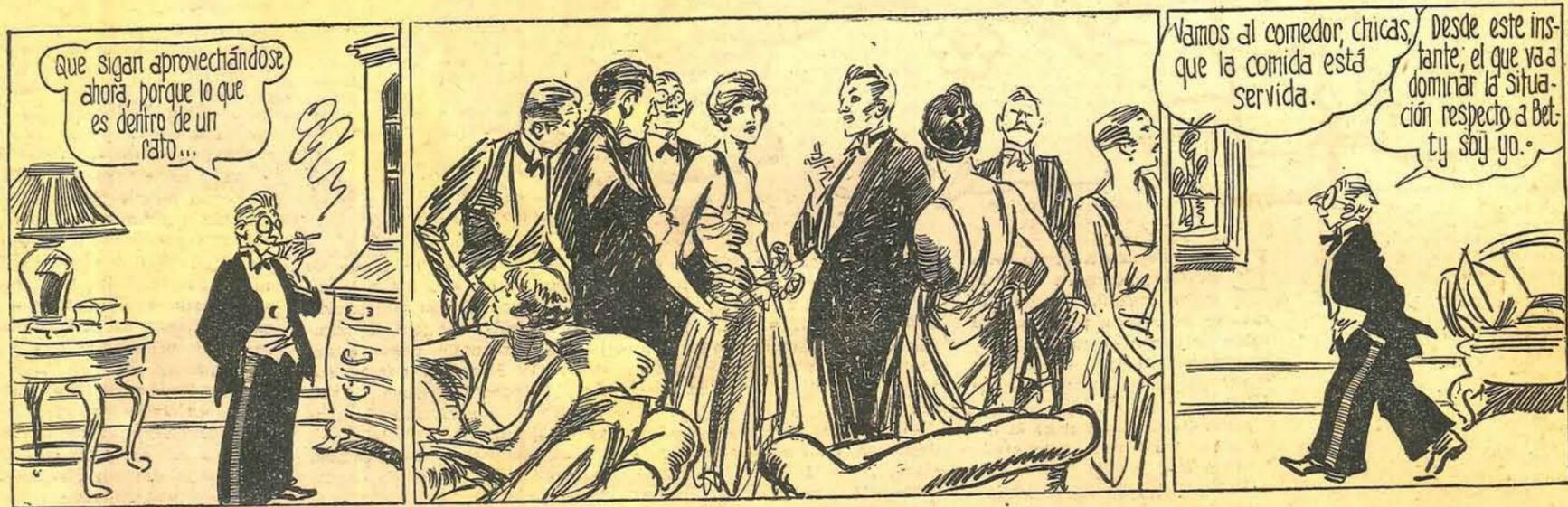
—Sí, buena hada. El cántaro se encuentra siempre en el mismo lugar.

—Eso es cierto, pero lo habéis desenterrado y en vez del tesoro que creíais encontrar, sólo hallaste en él un puñado de cenizas. En adelante serás víctima de tu ambición y de tu curiosidad. En cuanto a ti, Segundo, serás castigado por tu debilidad. Hubieras debido obligar a tu mujer a cumplir con su palabra. Adiós, ya no me verán nunca más.

Efectivamente, el hada desapareció para siempre, y durante toda su vida la pareja de leñadores tuvo que trabajar duramente para ganarse el pan.

Betty POR C. A. Vought

DESPIDIENDO EL AÑO



BIBLIOGRAFIA NACIONAL Y EXTRANJERA

"VERSOS DE AMOR"

Por TONA VENTURA

ES enternecedora la confesión del alma cuitada que ha dado en cantar su dolor en estos versos. Aspirar sólo su autora a que se compadeciera fraternalmente su dolor y a que el relato de su padecimiento despertara en el corazón del lector una dulce emoción.

Esa es la síntesis de su generosidad trocada en armoniosa dulzura que se manifiesta diversamente en el libro, hasta el final; en que, abarcada la totalidad de la sensación, es fácil la apreciación del valor artístico de Tona Ventura. "Enemigos", "Aguarda", "Tu carta" y "Nada me importa" son querellas de enamorados y la palabra con que se retrata la inquietud del momento, suele dibujar en el rostro esquivo un mohín pueril que es anhelo de amorosa reconciliación. Poco a poco, el sencillo verso de la autora que sólo se proponía referir con sencillez sus inquietudes sentimentales, va remontándose hacia las alturas líricas y el ánimo del lector se siente invadido por un deleite estético.

Empieza la impresión más profunda con la gran sencillez de todas sus páginas: "Tal un orfebre antiguo—he pulido mi amor como una joya—; dos años en silencio le he guardado y te lo ofrezco ahora". Y se va ahondando hasta la inminencia trágica: "No es sólo virtud—; es que tengo miedo — que tu amor se acabe — si empiezan tus besos".

Su ternura se hace maternal y estanto su afán generoso, que sólo sabe deshacer en ágrimas. Adquiere entonces su palabra un extraño acento de sinceridad, de emoción verdadera cuya pureza se transmite a la dignidad de la forma.

Ahí se define bien la elegancia de las formas constructivas por sencillas maneras que le dan más valor y la inspiración rica suscita las variedades métricas más adecuadas al asunto.

A pesar de la brevedad y llaneza de las líneas exteriores en composiciones como: "Me tiene sin cuidado", se advierte la fecundidad imaginativa y la riqueza sentimental de inspiración clara que logra expresar en bellas síntesis.

Tal es el poema que encierra "Femina", de emoción esencialmente femenina, en la que revela de manera igualmente eficaz los rasgos exquisitos de mujer y el atractivo de su frivolidad, originada en trágicos sentimientos, con todo lo cual compone diestramente el grato conjunto.

En esa composición demuestran, como en el hermoso romance de "Santa Librada", el dominio del verso y el selecto espíritu inspirador, del que es dado esperar una labor valiosa.

"GENESIS Y ESENCIA DEL ARTE MEDIEVAL"

Por ENRIQUE DE GANDIA

PRESENTA el señor Enrique de Gandia en esta obra el estado actual de las investigaciones históricas relativas al arte cristiano hasta el siglo XIII, su origen, su expansión y el espíritu místico que informa su esencia, y deduce de amplios eruditos estudios, que fué España y no Francia, como se cree generalmente, la iniciadora en estas cuestiones artísticas en la Edad Media, en el continente europeo, demostrando que la expansión de los estilos románico y gótico ascendió de sur a norte, llevados a toda Europa por los peregrinos que regresaban de Santiago de Compostela, y que las formas arquitectónicas y artísticas que se supuso originarias de Francia y Alemania, se hallan con anterioridad en la península ibérica, importadas desde el Oriente. Estudia luego el origen del arte cristiano, y establece que no hay que buscarlo en las Catacumbas ni mucho menos en las mentes de los monjes occidentales de los siglos XI y XII, pues las esculturas de los claustros y de las catedrales medievales, según él, son copia o inspiración de las miniaturas de códices de estilo oriental y de marfiles hispanoárabigos, todos pintados y esculpidos en España antes que

COMENTARIOS ACERCA DE LA PRODUCCION ACTUAL

en Francia, bajo la inspiración directa de los modelos de Egipto, Siria, Capadocia, Constantinopla y de las ciudades griegas del Oriente del Mediterráneo.

Con acopio de citas, estudia el autor la formación del arte cristiano occidental; la decadencia del arte clásico ante la religión cristiana; el resurgimiento de las grandes catedrales a que dió ocasión el fin del milenismo, o sea la creencia de que el mundo iba a extinguirse en el año 1000; los códices iluminados, la influencia de las miniaturas en los marfiles tallados y de los tejidos orientales en la escultura medieval; la expansión del arte románico y del arte gótico, y las peregrinaciones a Santiago de Compostela, cuya catedral fué, desde los primeros años de su fundación, una fuente inagotable de motivos artísticos que los peregrinos llevaron a los más apartados sitios de Europa. Llega el señor de Gandia al fin del ciclo creador de la escuela de las peregrinaciones, para arribar a las conclusiones de que hablamos al comienzo.

Se trata de un estudio serio y bien realizado, en que el autor pone de relieve una vez más sus dotes de investigador honesto y sagaz, y en que a su labor personal, de suyo valiosa, añade la opinión autorizada de numerosos autores europeos y norteamericanos especializados en estas investigaciones.

"LA VIUDA DEL CONVENTILLO"

Por ALBERTO ROMERO

UN tema trivial por lo humano: el caso de la mujer que al aproximarse el otoño de su vida, desdeña el amor apacible, que le ofrece un hogar tranquilo y todas las comodidades compatibles con su situación social, para entregarse a una aventura amorosa, con un desconocido que nada le ofrece, sino la atracción de la misma aventura, y que, después de perder con éste cuanto tenía, incluso su propia dignidad de mujer, vuelve al amor desafiado, que la acoge, si no con amor, con una sabia indulgencia comprensiva. Tal ha servido a Alberto Romero, el joven escritor chileno, para ofrecernos en "La viuda del conventillo", un cuadro de la vida del vecino país, en determinado ambiente de su capital, ese que se desarrolla un tanto al margen de las conveniencias sociales y aun del código penal. Tres tipos vigorosamente tratados actúan como protagonistas de la obra. De ellos, se destaca la "viuda", mujer del pueblo, animosa, sufrida, capaz de todos los heroísmos cuando la impulsa el amor y capaz también, llegado el caso, de confesar su fracaso sentimental, y reaccionar en consecuencia, y la secundan, con trazos rotundos y con indudables aciertos psicológicos, el "despachero" italiano, que mantiene incólume su afecto a través de todos los desdenes y que sabe perdonar cuando llega la oportunidad, y el "huaso", ingenuo, sencillo, silvestre al principio, y que, en contacto con la vorágine de la civilización, se transforma hasta convertirse en francamente malo, no tanto por impulso intrínseco sino por la fuerza fatal del ambiente. Con la base de estos tres personajes, en que se subvierten los valores clásicos de la dramática, puesto que el galán asume el doble papel de tal y de villano, Alberto Romero compone una novela de costumbres, fecunda en dramática y en color local, en que es dable admirar el acierto con que están retratados los tipos y caracteres, aun algunos secundarios, así como la pintura del ambiente, de una fidelidad poco común y de una sabia valoración de detalles, tanto más asequible cuanto más se conozca ese medio. Desmañado a ratos, pero vigoroso en los instantes dramáticos, el estilo de Alberto Romero no es lo más meritorio de la obra. Independientemente de los chilenismos y de los modismos, que contribuyen a dar la sensación de ambiente,



y que por lo tanto nada tienen de reprochable, hay que señalar la poca desenvoltura con que maneja el castellano, y sobre todo, sus frecuentes faltas de sintaxis y su afán de asignar a las palabras significados que en realidad no tienen.

"FRENTE AL AZUR"

Por CARLOS LORENZO BORSANI

DEMUSTRAR buena inspiración el autor de estas poesías que se manifiesta en la diversidad de inquietudes que mueven su estro.

Aparte de la deficiencia artística que hemos de señalar, cuando es objetivo, sabe hallar el colorido más atrayente y las líneas salientes de las figuras. Cuando describe su paisaje interior o expresa amorosas querellas, dispone de nobles recursos, que traducen con belleza su emoción. Y hasta suele disponer de robusta ideología cuando lo anima la musa satírica.

Así es su composición dedicada al siglo actual, cuya elocuencia define con irónica síntesis, y sus versos dedicados "Al hombre"; como su inspiración en "El odio" y otras de su índole.

En otras composiciones su musa remonta el vuelo y logra la audacia propia del género lírico. Sabe en ellas transmitir su emoción, como en "A tu confesión", en que mezcla a la impresión de belleza del paisaje exterior, un alba poblada de rumores, de perfumes y de arrullos, a la imagen subjetiva de la amada, cuyo amor fué premiado con la gracia y el canto.

No es posible el aprecio cabal de los valores poéticos del señor Borsani, por la falta de selección en las composiciones que forman su libro, la mayor parte de las cuales debieran haber sido perfeccionadas en su forma para gustar su contenido. El descuido de su verso malogra la mayor parte de sus composiciones, en las que la inconveniente combinación de metros diversos destruye la armonía y forman un desagradable conjunto. Otras veces el descuido del ritmo quiebra la música y el verso es prosaico, además de otros graves defectos de forma, como las frecuentes faltas de ortografía en palabras de uso corriente que pudieran atribuirse al descuido de la impresión.

Tales inconvenientes, que dificultan el juicio acerca del valor real de los motivos inspiradores y su selección artística han de ser salvados por el autor en su obra próxima, con empeñosa dedicación y más preocupación por la forma que ha de darle los recursos de expresión que no posee actualmente.

"EL FINANCIERO"

Por TEODORO DREISER

UNA pintura vigorosa de la vida norteamericana de 1850 a 1875, especialmente en el campo de las finanzas, es la novela de Teodoro Dreiser que acaba de ser traducida al español.

En casi quinientas páginas, el gran novelista traza la figura de un hombre representativo de una clase numerosa de

los Estados Unidos, ambicioso, hábil, dominador, que, presa del vértigo de los negocios desde su juventud, escala las más altas posiciones en el mundo económico a fuerza de golpes afortunados y cae precipitadamente hasta las lobregeces de una cárcel, para volver con bríos renovados y avasalladores a conquistar la situación perdida, a multiplicar su capital, aprovechando, por su visión clara y certera, la caída de otros, para elevar sobre una catástrofe financiera su robusta personalidad triunfadora. Es la época en que la gran República del norte sale de la guerra de secesión y emprende en impulso irrefrenable el camino del progreso vertiginoso y delirante. Los hombres tenían el presentimiento de la grandeza cercana de la nación y sentían la fiebre de labrarse su propia grandeza. Para conseguirlo rápidamente, se lanzaban a los negocios con ánimo de jugadores y substituían el esfuerzo lento y moderado con la audacia desprecupada de quien se ha librado de prejuicios que obstaculizarían su marcha hacia la fortuna ambicionada y de quien considera que los principios de la ética no tienen personería en los asuntos de negocio.

Teodoro Dreiser presenta al protagonista de su obra de cuerpo entero. Lo describe con minuciosidad, lo analiza en forma penetrante y completa, haciendo un examen detenido de su personalidad psíquica, y lo muestra fuerte, egoísta, seguro de sí mismo, siempre, aun cuando atraviesa trances que serían para otros definitivamente aplastadores; y es así como el financiero Frank Algernon Cowperwood surge de las densas, macizas páginas de la novela, con rasgos firmes e inconfundibles, no sólo cuando actúa en su medio, es decir, en los círculos de las finanzas, en la Bolsa, en los bancos, sino también en su vida privada, en su hogar constituido y en la aventura que lo aleja de su familia y que pone en la avidez de su vida llena de cifras, una rara nota de sentimiento desinteresado.

Hemos aludido a lo denso y macizo del estilo, que se caracteriza, además, por su verismo y su precisión. Teodoro Dreiser es un escritor realista. Describe la vida en forma objetiva, serena, sin énfasis, sin divagaciones. Todo lo que expone sirve para darnos una impresión más exacta de los personajes, que, cada cual en su plano, "viven" y actúan con perfecta naturalidad, sin salirse ninguno de ellos de la órbita que le traza su propia modalidad, de manera que, si bien rodean a una personalidad tan absorbente y dominante como la del "financiero", no desaparecen en la penumbra, sino que contribuyen eficientemente a que el libro que comentamos nos dé la sensación de un cuadro animado y exacto de un período, por cierto, muy interesante del desarrollo de los Estados Unidos de América, precursor del actual poderío.

"COMO LOS HE VISTO YO"

Por JULIA GARCIA GAMES

JULIA García Games, escritora argentina residente en Chile, ha reunido en este volumen una serie de siluetas de escritores de allende los Andes. Con un sentido ecléctico, estudia la autora la vida y la labor literaria de escritores de las más variadas y opuestas tendencias, que se destacan en la poesía, la novela, la historia y demás actividades literarias del vecino país. Escrita sin pretensiones de crítica, esta obra es, más que otra cosa, un apunte biobibliográfico de la literatura chilena de la época actual, en que, si bien es cierto que faltan muchos valores destacados y nuevos, constituye un trabajo de aliento. Amable y fina, la autora elogia sin reserva a todos sus biografiados. Y es que, más que a analizar sus tendencias, sus teorías estéticas, su personalidad literaria en fin, se ha consagrado a recoger las impresiones proporcionadas por los

mismos escritores y a darles una forma ágil y amena, que se lee con agrado y que sabe esquivar con gracia e inteligencia los escollos de la crítica. A través de las páginas de "Cómo los he visto yo" desfilan, así, veintinueve escritores chilenos contemporáneos, sin más orden que el capricho de la autora y confundidos jóvenes con viejos, prestigiosos con nuevos, poetas con novelistas, etcétera. Las siluetas están, por lo general, bien trazadas; las personalidades perfectamente definidas, y para completar el carácter de la obra, encontramos hasta resúmenes bien hechos de las principales obras de cada autor, en que el lirismo de la autora interpreta caracteres y personajes y proporciona una visión subjetiva de esas obras, muy acorde con el título del libro: "Cómo los he visto yo". Primero de una serie, este volumen está destinado, principalmente, a dar conocer a las figuras más interesantes de las letras del vecino país, donde si bien abundan los valores positivos, con dificultad logran traspasar las fronteras, fenómeno que, por lo demás, ocurre con casi toda la literatura hispanoamericana.

"HADOS"

Por ISABEL DE MONSERRATE

DE esta extensa novela de Isabel de Monserrate, pseudónimo de una distinguida escritora colombiana residente en los Estados Unidos, se desprende un vigoroso aliento dramático, cuya intensidad adquiere por momentos contornos realmente extraordinarios. Es esta la característica más pronunciada del libro. Mejor que hacia las galas del estilo, mejor que hacia el desarrollo lógico y natural del asunto, la autora inclina su atención sobre los sentimientos de sus criaturas y ahondándolos, mostrándolos al desnudo, les otorga una categoría de primer plano, en el que se reflejan con nitidez los sucesos, en una gradual repercusión psicológica. El método, si no nuevo, reviste una excepcional importancia en esta oportunidad por la evidente predisposición de la novelista para su cultivo.

Nos hemos referido a las criaturas de esta novela, y aunque en rigor son diversos los personajes que desfilan por las páginas de "Hados", únicamente uno, el de la verdadera protagonista, una mujer a la que seguimos en sus pasos terrenales desde las horas de su adolescencia hasta las de su temprana muerte, se perfila con rasgos precisos y fuertes. Por otra parte, se justifica esta particular dedicación por que el peso de la obra recae, en concreto, sobre esa figura y es su vida, llena de incertidumbres, maltratada con incansable tenacidad por la suerte, la que anima y concentra el interés de la fábula. Lo que merece destacarse en este caso consiste en el procedimiento observado por Isabel de Monserrate. Ha atendido con minuciosa delectación al retrato íntimo del personaje, ha trazado la evolución de su espíritu con singular acierto, con una realidad comunicativa y plena. En cambio, desdeñó los aspectos físicos y demás contingencias materiales con visible voluntad. Su pluma, al tener que aludir a acontecimientos triviales y prosaicos, se vuelve áspera, escueta en exceso, se vierte en un lenguaje demasiado sumario. Pero se resuelve en forma diametralmente opuesta al abordar las inquietudes, los dolores del mismo personaje y logra notas muy altas de comprensión humana, que sirven para revelar de paso el excelente sentido de lo dramático que posee la escritora colombiana.

Presenta Isabel de Monserrate con "Hados" su primera producción. Adelantemos, desde luego, que permite esperar mucho de su futura labor. Su estilo, algo descuidado, denuncia ahora una nerviosidad fácilmente corregible con un mayor reposo. Añadamos, también, que en algunos capítulos de esta novela ha conseguido trazar pintadas costumbristas de delicada factura, en las que sería de desear insistiera en sus próximos trabajos.

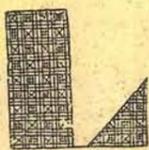
EL TRIUNFO DE MR. BABBITT

POR

NEMESIO GARCIA NARANJO

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, noviembre de 1930.



La Academia de Suecia acaba de otorgar el premio Nobel de literatura, correspondiente a 1930, al novelista norteamericano Sinclair Lewis. Desde que dicho premio fué instituido, o sea desde hace treinta años, sólo una vez había salido de Europa, para rendir tributo al gran poeta de India, Rabindranath Tagore. Ahora, por primera vez cruza el Océano Atlántico y pretende colocar a Mr. Lewis en el cenáculo de los inmortales.

¿Merece tamaña consagración el novelista norteamericano? ¿Tiene títulos para codearse con Rudyard Kipling y Romain Rolland, con Jacinto Benavente y George Shaw? Muy pocos dicen que sí, muchos dicen que no; pero lo que nadie puede negar es que Sinclair Lewis ha pintado con perfección un tipo y un escenario: el tipo es Mr. Babbitt y el escenario es Main Street.

Main Street es el resumen de los Estados Unidos; Babbitt la encarnación de la gran mayoría del pueblo norteamericano, que no sabe lo que es ser feliz, pero sí sabe lo que es vivir satisfecho. Para pintar este tipo desabrido y este escenario opaco, no hacía falta un artista audaz de paleta rutilante, sino un espíritu que tuviese la comprensión difícilísima de la mediocridad. Delante de ese enjambre de millones de gentes que tienen los mismos gustos, las mismas ideas, los mismos sentimientos, que, en una palabra, son desesperadamente iguales, un Gabriel D'Annunzio habría apartado los ojos con horror; Sinclair Lewis, por lo contrario, encontró en ese montón descolorido y anónimo la fuente de su inspiración. Para describir a Aquiles, se necesitó al más grande de los rapsodas homéricos; para describir la vida metódica y sin rugosidades de Mr. Babbitt, el Homero ideal es Sinclair Lewis.

Naturalmente, la historia de un mediocre tiene que ser aburrida. No es posible describir la monotonía con sacudidas de vértigo, ni es posible tampoco confeccionar buen atole con miel de las abejas del Himeto. La biografía de Mr. Babbitt casi es un inventario. Sinclair Lewis tuvo el singular talento o la intuición penetrante de comprenderlo, y sus obras son admirables porque se leen entre hostezos.

Y así debe ser. Por más bien construido que sea un ferrocarril que atraviesa una llanura, no es posible hacer en él un viaje divertido. Desde la ventanilla del tren se divisará una Naturaleza escueta y vacía y se sentirá la impresión de la

asfixia. Imagínese una excursión por las estepas de Siberia, o por las pampas argentinas, o por los llanos de Venezuela, o por la mesa central de Méjico: ni un árbol gigantesco, ni una serranía hostil, ni un obstáculo poderoso que mate el aburrimiento del viaje desesperado. Siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo... Eso es lo que se siente cuando se leen "Main Street" y "Babbitt". Y eso es lo que se debe sentir: estas dos novelas constituyen la epopeya de la monotonía, el evangelio de la mediocridad, la biblia aplastada de la turba anónima...

¿Cómo pintar a Babbitt, con las tintas contrastadas que empleaba Rembrandt, en sus retratos inmortales? ¡No, por Dios! Si Rembrandt hubiera conocido a este hombre simbólico se habría dado cuenta de que su fisonomía de perfiles borrosos estaba que ni mandada hacer para que la recogiera uno de esos fotógrafos que hacen retratos para pasaportes. Sinclair Lewis no ha desafiado el empleo de una cámara Eastman, y ese es su mérito, su grande e indiscutible mérito. Por eso, su obra, aunque tediosa, es útil y original.

El tipo de Babbitt no se concibe en España, ni en Portugal, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania ni en Italia: es un producto exclusivo de un país, en donde la masa tiene más fuerza que el individuo. Es no más un Don Nadie, que unido a muchos millones de otros Nadies, forma el Alguien más importante de la gran Unión Norteamericana. Sería apasionado e injusto decir que todos los norteamericanos son Babbitts. Hay muchos que se rebelan contra el medio, y esa rebelión mental es prueba inconcusa de su individualismo indómito; pero lo malo es que Babbitt impera en todos los campos: las águilas no pueden emplear sus picos y sus garras en contra de los zancudos que las picotean con toda impunidad. Las personalidades más ilustres quedan aplastadas por los que carecen de personalidad.

En el símbolo maravilloso de Cervantes, Sancho Panza siempre tiene razón; pero Don Quijote es el amo; no obstante sus errores, se le sigue reconociendo el señorío. En los Estados Unidos, los Babbitts son los amos: para ellos se escriben periódicos y libros, se pintan cuadros y se compone música especial. Naturalmente, para que Babbitt quede satisfecho, el Arte no tiene audacias, la Ciencia no tiene complicaciones, la Filosofía no presenta dudas, la Política carece de intransigencias, la Religión no tiene intolerancias. Babbitt no



NO de los mayores placeres del hombre de letras, uno de aquellos que es absolutamente imposible robarle, consiste, no diré que en descubrir talentos ignorados (no existen tales, porque hoy todo se sabe), pero sí en conocer cuáles son los verdaderos valores en medio de la espantosa anarquía que domina el gusto público. La publicidad intensiva a que la docilidad sorprendente de que da prueba la mayor parte de los críticos, siguiendo las indicaciones de esa publicidad, han hecho desaparecer el sentimiento de toda jerarquía en el lector medio. Pero el hombre de letras se las arregla como puede en ese caso, y, sin ceder nunca al espíritu de contradicción, experimenta una gran alegría gustando de las obras maestras por sí mismas y siguiendo la evolución de los hombres de valer auténticos.

Eugène Marsan, a quien nunca nadie, que yo sepa, ha pensado en "lanzar", es uno de esos autores privilegiados. Su público le sigue siendo fiel y crece sin cesar, feliz de encontrar en este autor un pensamiento cada vez más maduro, una sensibilidad que la inteligencia no ha hecho sino aumentar.

Largo tiempo ha estado Eugène Marsan sin publicar nada o casi nada. Hacía periodismo a la manera de un Mallarmé o de un Fenelón. Su estilo, modelado con un escrúpulo, un refinamiento de expresión que confina con el preciosismo, y su frase, un poco semejante a la de Toullet, dúctil, sabia, perfilada, encantaba a aquellos que en los diarios se asombraban de encontrar tales primores, rodeados de las vulgaridades habituales.

De vez en cuando, una "plquette", consagrada a algún tema aparentemente frívolo, venía a recordarnos que el autor no había renunciado a tomar parte en la "vida literaria" según se dice. Después, Marsan volvía a sus trabajos casi anónimos.

Sin embargo, trabajaba, soñaba e imaginaba. Se recogía para una obra más densa. Uno se daba cuenta de esa madurez en la calidad nueva de los opúsculos que accedía a darnos. Tal esa "Nouvelle Armande" que es una de las obras más lindas que pueden leerse, y en la que se afirma una sensibilidad voluptuosa, que es muy suya, y que convierte a nuestro autor en indiscutible heredero de Stendhal. Queda por hacer un estudio muy curioso sobre el concepto del amor según Eugène Marsan. Esa inconstancia perpetua, pero en la que entra tanta devoción, un tal lirismo, ese gusto profundo por la belleza, ese cuidado de la perfección, esa precisión de sentimientos y de sensaciones, que se acuerda tan pintorescamente con una especie de emoción siempre dispuesta a vacilar en el vértigo; todo eso compone una suerte de filtro, del cual únicamente su autor conoce el secreto, a menos que él mismo lo ignore, pues su dosificación es muy variable. Leed "La Nouvelle Armande" y os convenceréis. Pero hoy quiero hablar de otras obras. En efecto, Eugène Marsan acaba de publicar, casi seguidamente, a tres meses de distancia, dos libros de peso.

El primero, a propósito de los centenarios del Romanticismo: "Instances" y en los "Cahiers d'Occident" el titulado "Signes de notre temps". Ciertamente es que

quiere problemas difíciles ni discusiones acaloradas: para él, la felicidad consiste en un colchón de plumas para el cuerpo, y en otro colchón de plumas para el espíritu.

Y ha triunfado en los Estados Unidos en toda la línea: Babbitt escribe en los periódicos, y pronuncia sermones en los templos, y administra justicia en los tribunales, y fabrica automóviles en el campo de la industria, y legisla en el Congreso y pontifica en las universidades. Y no conforme con imponerse en la Unión Norteamericana, cruza el Atlántico, y consigue que la Academia sueca lo mire con interés.

Alentado por el éxito de "Main Street" y de "Babbitt", Sinclair Lewis quiso hacer li-

DOS NUEVOS LIBROS DE EUGENE MARSAN

(Para LA NACION)

PARIS, noviembre de 1930.

la mayoría de los estudios incluídos en estos dos volúmenes habían ya aparecido en los diarios. Pero existen hombres, gracias a Dios, más numerosos de los que se cree, para quienes la actualidad no es más que un pretexto. Escarban en ella para buscar en su fondo la medula de una verdad superior. Y entonces, cuando tienen la fantasía de reunir esas reflexiones momentáneas, nos damos cuenta, con admiración, de que ellos no son otra cosa que aspectos diversos de una concepción unitaria del arte y de la vida.

Eugène Marsan es un espíritu clásico. Me satisface tanto más elogiarle cuanto que durante toda mi vida he manifestado una simpatía muy viva hacia el ideal opuesto. Soy romántico y lo seré siempre. Pero mientras me irritan en grado sumo los



EUGENE MARSAN

clásicos innatos, para quienes el romanticismo es siempre sinónimo de desorden, de infatuación y de necia complacencia sentimental, reconozco sin empacho el valor de los argumentos empleados por Marsan, al mismo tiempo que la alta cortesía intelectual de que da pruebas respecto a sus adversarios. Lejos de negar todo valor a un Rousseau, a un Chateaubriand, a un Hugo, les acata, por el contrario, más generosamente que muchos de sus turiferarios. Pero Marsan eleva el debate a una altura en que desaparece toda cuestión de personas. Lo que se plantea ante su conciencia es un problema espiritual y juzga de una importancia vital el resolverlo. Trátase para él de saber si la razón debe dominar en el hombre el impulso del lirismo o si este impulso debe arrastrarlo todo. Ruego se observe que esta fué la cuestión que

FRANCIS DE MIOMANDRE

literatura humana. Ha escrito una sátira contra los médicos que se llama "Arrowsmith" y un libelo contra los ministros religiosos que se titula "Elmer Gantry". Estas dos obras son malas, desde un punto de vista moral, y más malas aun desde un punto de vista estético. ¿A quién se le ocurre pintar a Elmer Gantry, después que Molière pintó a Tartufo? ¿Ah! Para delinear la figura de Babbitt, Sinclair Lewis no puede ser superado ni por Shakespeare; pero para dibujar hipócritas o farsantes, se requiere la paleta maravillosa de Molière.

Por supuesto que, hacer fotografías exactas de Babbitt no es tarea fácil y la prueba es que sólo Sinclair Lewis las ha hecho. Más que cualidades ar-

preocupó a un hombre como Goethe durante toda su existencia. Y pensando en Goethe es como descubro los puntos donde la concepción de Marsan coincide con la mía. En cierto grado de meditación y de cultura el impulso romántico y la razón clásica se unen en armonía perfecta. En ese caso ya no se trata de romanticismo ni de classicismo, sino de obras maestras. Y la obra maestra es, por excelencia, aquella en la cual el ideal romántico, la intuición se desposa con la forma racional, la forma clásica. Si se exigiera todo mi pensamiento, diría que únicamente el classicismo existe, puesto que él viene a ser ante la historia la selección hecha por el tiempo de obras que en su momento fueron románticas. La actitud polémica adoptada por Marsan — no me cansaré de repetir con cuánta mesura y cortesía — procede del temor que experimenta al ver las doctrinas románticas sirviendo de justificación a todas las arbitrariedades y extravagancias de la literatura. Pero tales doctrinas, en resumen, no son más que programas, y todos sabemos que sólo son valederos aquellos libros que fueron compuestos olvidando todos los programas y obediendo a una intuición, que después vino a encontrarse de acuerdo con una razón superior. En resumidas cuentas, Eugène Marsan y yo gustamos aproximadamente de las mismas cosas, porque con la madurez tendemos hacia una idéntica concepción de la vida, concepción que nos hace comprender la importancia soberana de la sensibilidad, al mismo tiempo que el valor definitivo de la razón. Para decirlo con una frase: el fervor (que es la virtud esencial del romanticismo) debe unirse al gusto (que es la virtud esencial clásica) de una manera indiscernible a fin de formar al artista completo, el único que podemos gustar sin reservas, cualesquiera que sea la escuela a que pertenezca.

La mejor prueba de la amplitud de espíritu con que Eugène Marsan encara esta cuestión es su generosidad respecto a los autores contemporáneos más alejados de su doctrina. "Signes de notre temps" es a este respecto, un libro de una imparcialidad extraordinaria. Es que, antes que nada, Marsan es un hombre de gusto y su gusto no tiene nada de libresco. A pesar de su experiencia — y quizá a causa de ella — sigue siendo prodigiosamente vivaz, sensible y lozano. No creo ser indiscreto afirmando que existe en este punto una relación estrecha y muy sutil, muy delicada, entre la sensibilidad amorosa de Marsan (tan estremecida, tan ardiente en "Passantes" y en "Les chambres du plaisir") y su sensibilidad estética. Quién sabe si en último análisis, estas dos sensibilidades no forman más que una sola, si no son los dos aspectos intercambiables de una misma facultad de entusiasmo, presta a vibrar ante todas las formas de lo bello. Lo creería así fácilmente, pues nuestro autor, que habla frecuentemente de las mujeres con un vocabulario de "amateur d'art", habla del arte con léxico de enamorado.

Sea como quiera, por su severidad hacia sí mismo, por su delicada mesura, por las timideces de su fervor, por la perfección de su estilo, Eugène Marsan merece el honroso título de artista clásico. Se le volverá a leer con agrado cuando la mayoría de las celebridades estruendosas del momento hayan caído en el olvido.

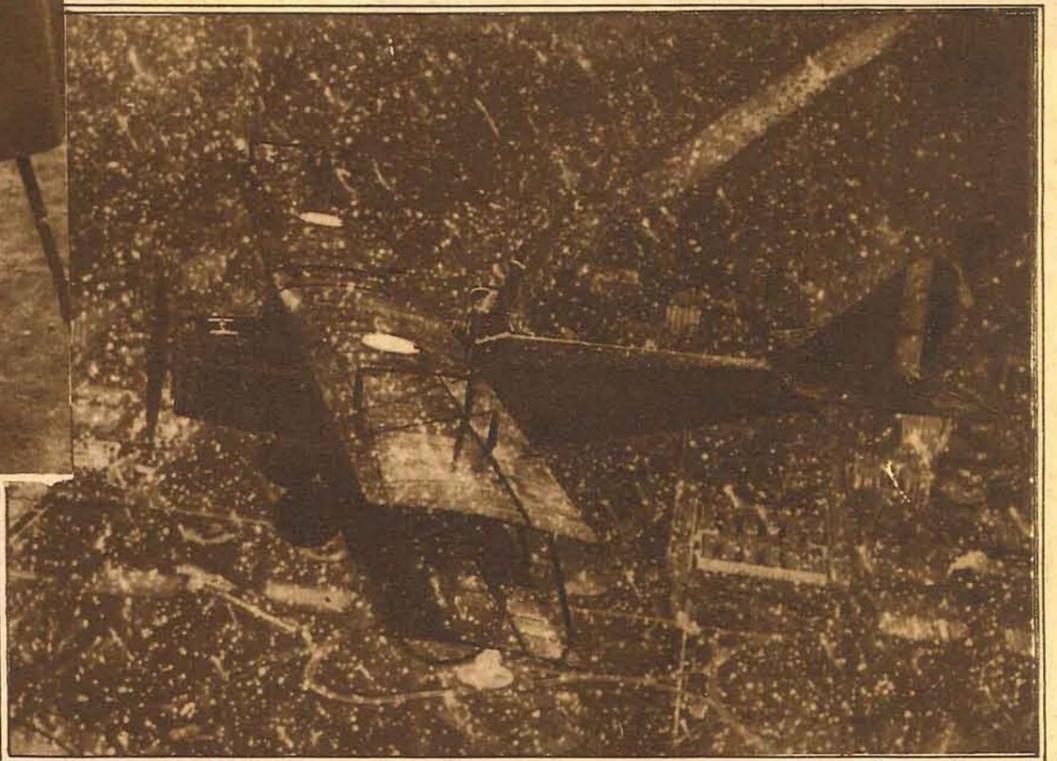
tísticas, hay que tener valor. Más que obras de belleza, las novelas del escritor laureado son inventarios de impresionantes franquezas.

Muchos norteamericanos, en vez de sentirse honrados por la consagración de Sinclair Lewis, se manifiestan resentidos de que las únicas obras yanquis que despiertan la admiración de la Academia sueca sean aquellas en donde se pregona la mediocridad de los Estados Unidos. Desde este punto de vista, tienen razón. Escoger la novela "Babbitt" como manifestación de la cultura norteamericana, es lo mismo que escoger al "Tartarin", de Alphonse Daudet, para rendir un tributo de gloria al pueblecillo de Tarascón.



El Rey Carol de Rumania recibe la bendición durante el acto del juramento de los nuevos oficiales aviadores.

Primera reunión celebrada en el Palacio Monroe de Río de Janeiro por los miembros del Tribunal Especial Revolucionario que preside el Dr. José Joaquín Seabra.



La Santa Claus moderna ha prescindido ya del tradicional trineo tirado por los no menos tradicionales renos, y reparte hoy a la gente menuda sus regalos tripulando un avión de muchísimos caballos de fuerza.



Lila Lee, estrella de la First National, luciendo un nuevo y sugestivo modelo de traje de amazona.



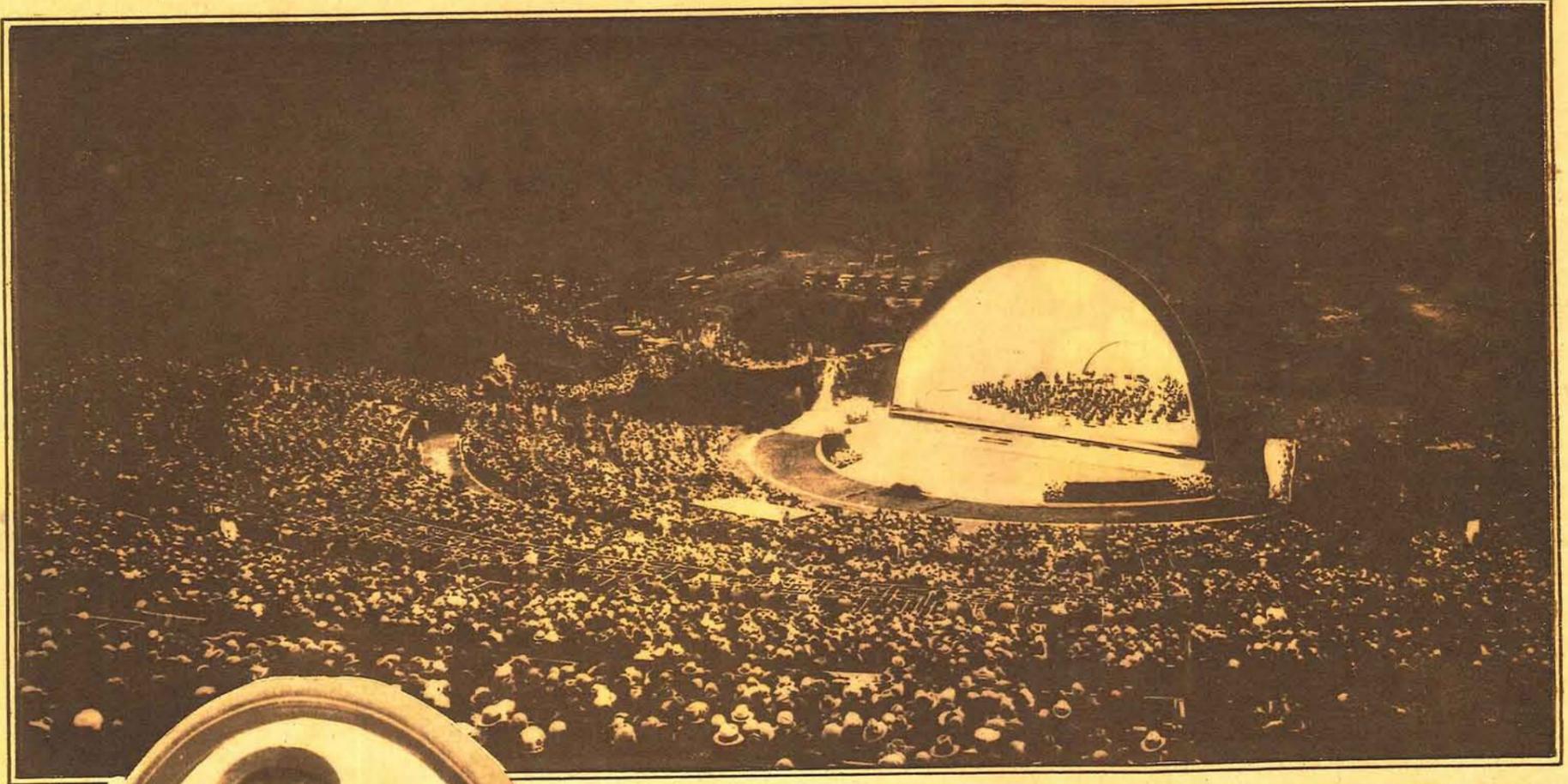
GAL
MADRID
BUENOS AIRES

Heno
de
Pravia

es el Jabón que da distinción a las manos al suavizar y embellecer el cutis.

Precio \$ 0,70





Una vista nocturna del famoso "Tazón" de Hollywood.

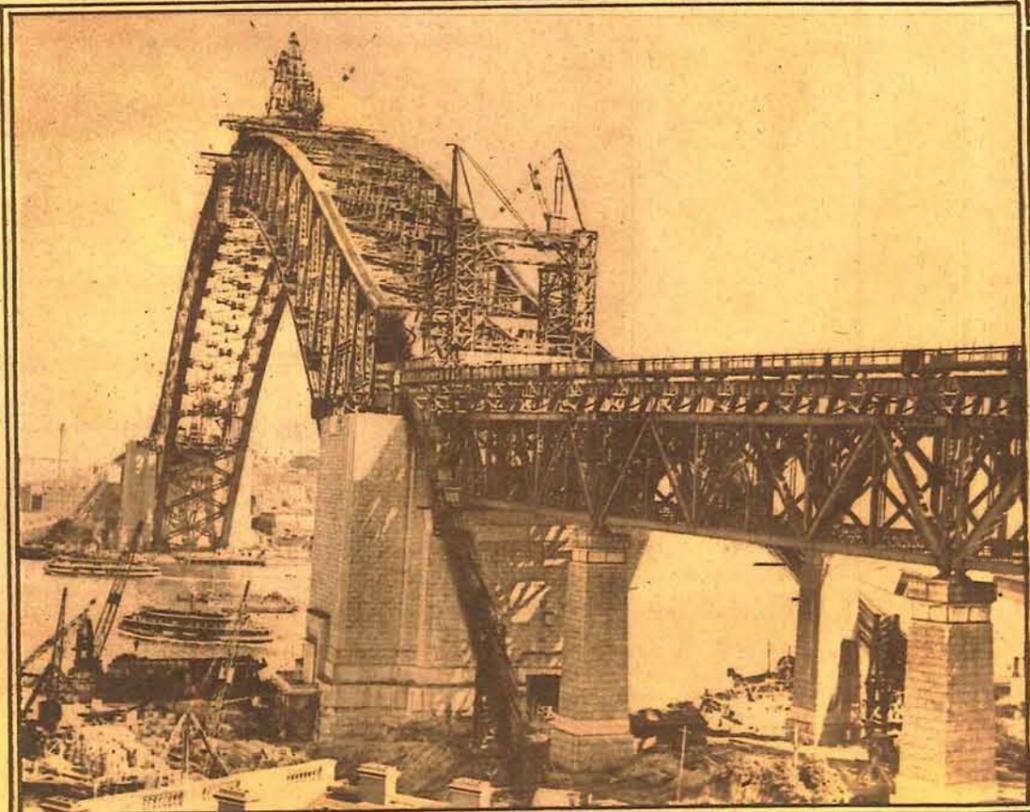


Curioso vehículo ideado por un ingeniero francés para la diversión de chicos y grandes. El pasajero se ubica en el asiento interior que conserva siempre su posición vertical, mientras la llanta de la rueda gira movida por un pequeño motor. El aparato es susceptible de alcanzar altas velocidades con la mayor seguridad para el viajero.



Estas cinco lindas chicas, destacados elementos todas ellas de un conjunto de baile norteamericano, alternan los estudios coreográficos en la playa con la práctica del "Pase inglés". Y la que saca de primeras "siete", gana, como puede verse.

El gigantesco puente de acero que se está construyendo en el puerto de Sidney, Australia. Tiene 503 metros de luz y 132.50 de altura.

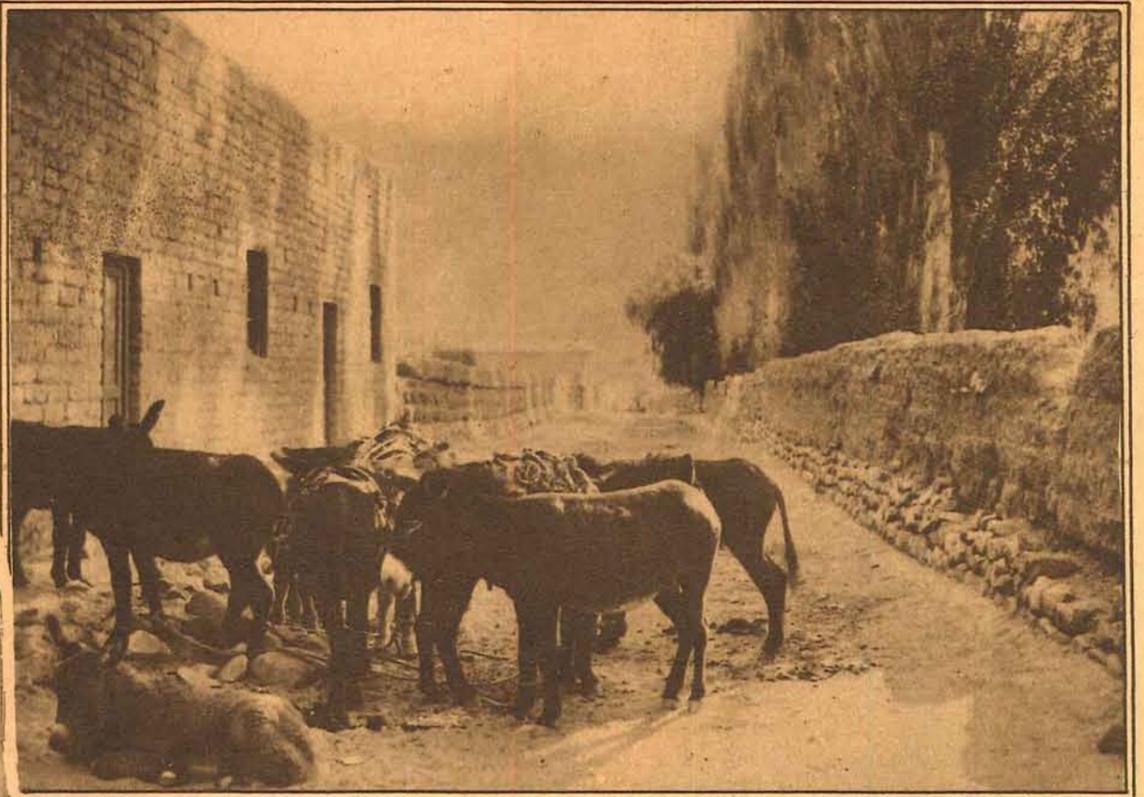


Nueva receta para el estómago

Los que sufren de dolores después de las comidas u otras molestias como ardor, flatulencia, pesadez, etc., deben saber que son causadas por el exceso de acidez en el estómago. Para neutralizar esta acidez nada más eficaz que el bicarbonato cálcico, producto científico, muy concentrado, pues basta $\frac{1}{2}$ cucharadita disuelta en un poco de agua para calmar al instante toda molestia o dolor, obteniendo la más perfecta digestión. Pídase el interesante folleto editado por los Sres. Laich y Rey, calle Belgrano 2544, Bs. As., quienes lo envían gratis a nuestros lectores.

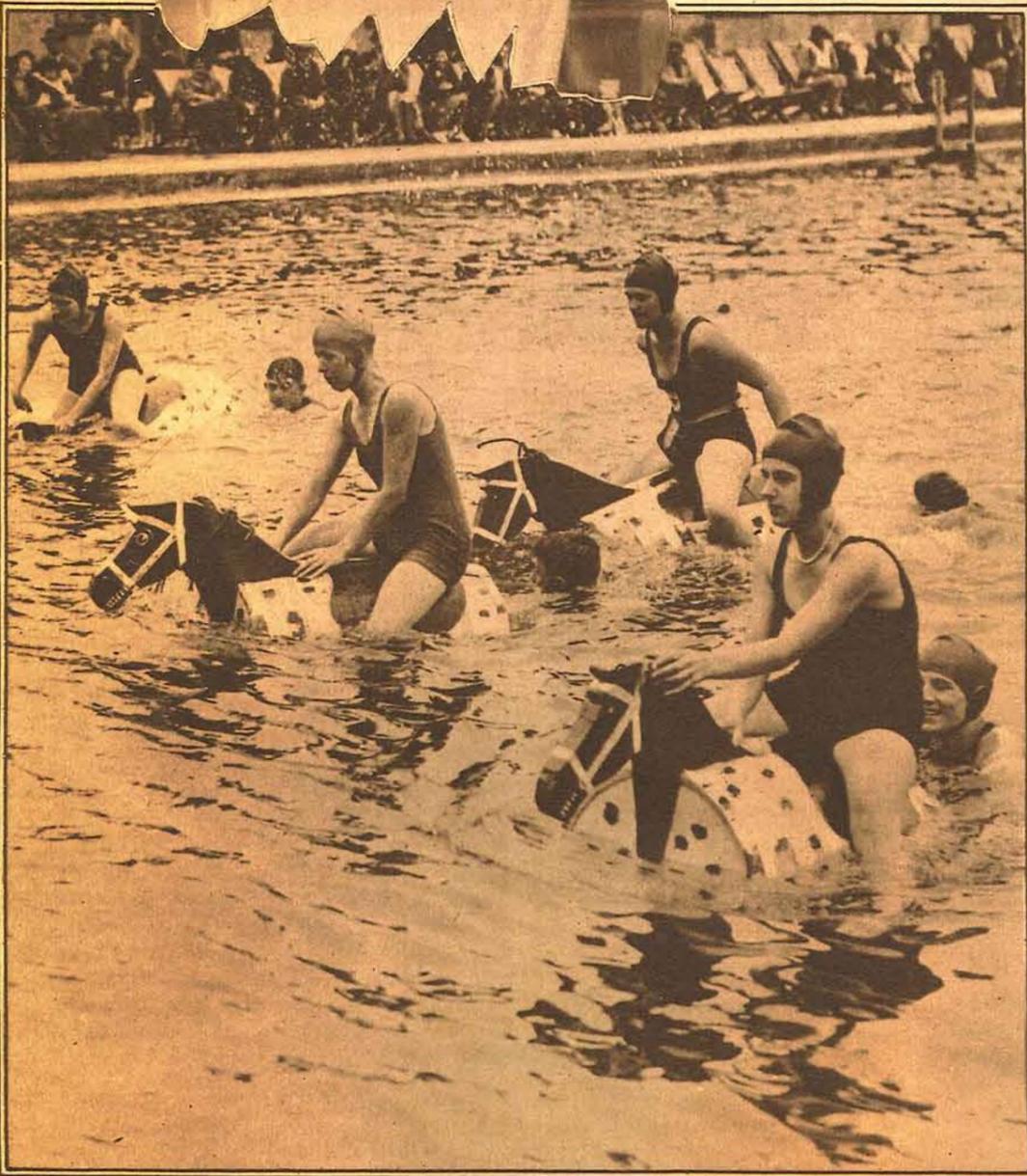
SUNSET

Lo mejor para teñir. Recíbase imitaciones.

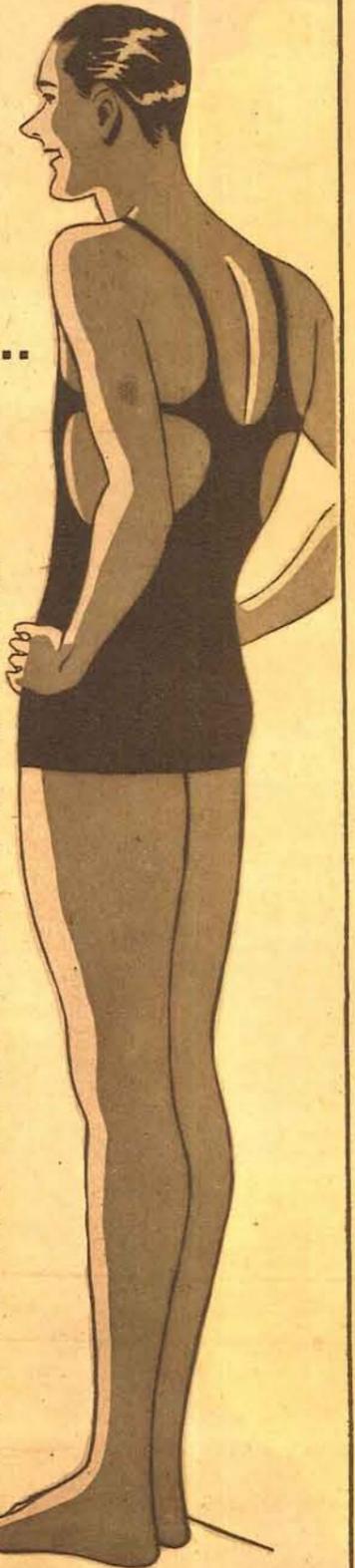
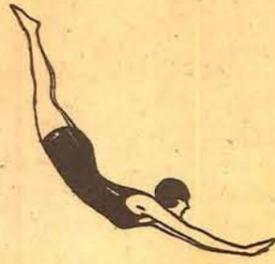


Del norte típico argentino. Todo un cuadro: una calle de Tilcara, Jujuy.

En la Riviera estuvo muy en boga, en la última temporada estival, este sombrero que tiene dos ventajas: protege el rostro de los rayos solares excesivos y permite la observación a distancia.



"Derby acuático", tal el nombre de esta prueba que se disputa en Londres en las principales piletas y que acaso veamos pronto entre nosotros.



JANTZEN... COMODIDAD EN LA NATACION

UNA zambullida en el océano... en una espaciosa pileta... ¡y la alegría de nadar ágilmente sintiendo el cuerpo ajustado por el Jantzen!

Con este traje de baño usted puede nadar con toda la ligereza posible a través del agua. Han sido tejidos con hebras de lana fuertes y elásticas que facilitan los movimientos.

No se deforma ni se estira. Vea los nuevos modelos para hombres, para mujeres y para chicos; los encontrará en las casas de prestigio. El corte y los colores son de lo más distinguido. ¡Usted encontrará en cualquiera de las casas del ramo el color y el modelo de su preferencia!

Jantzen

(El traje que transformó el baño en natación).

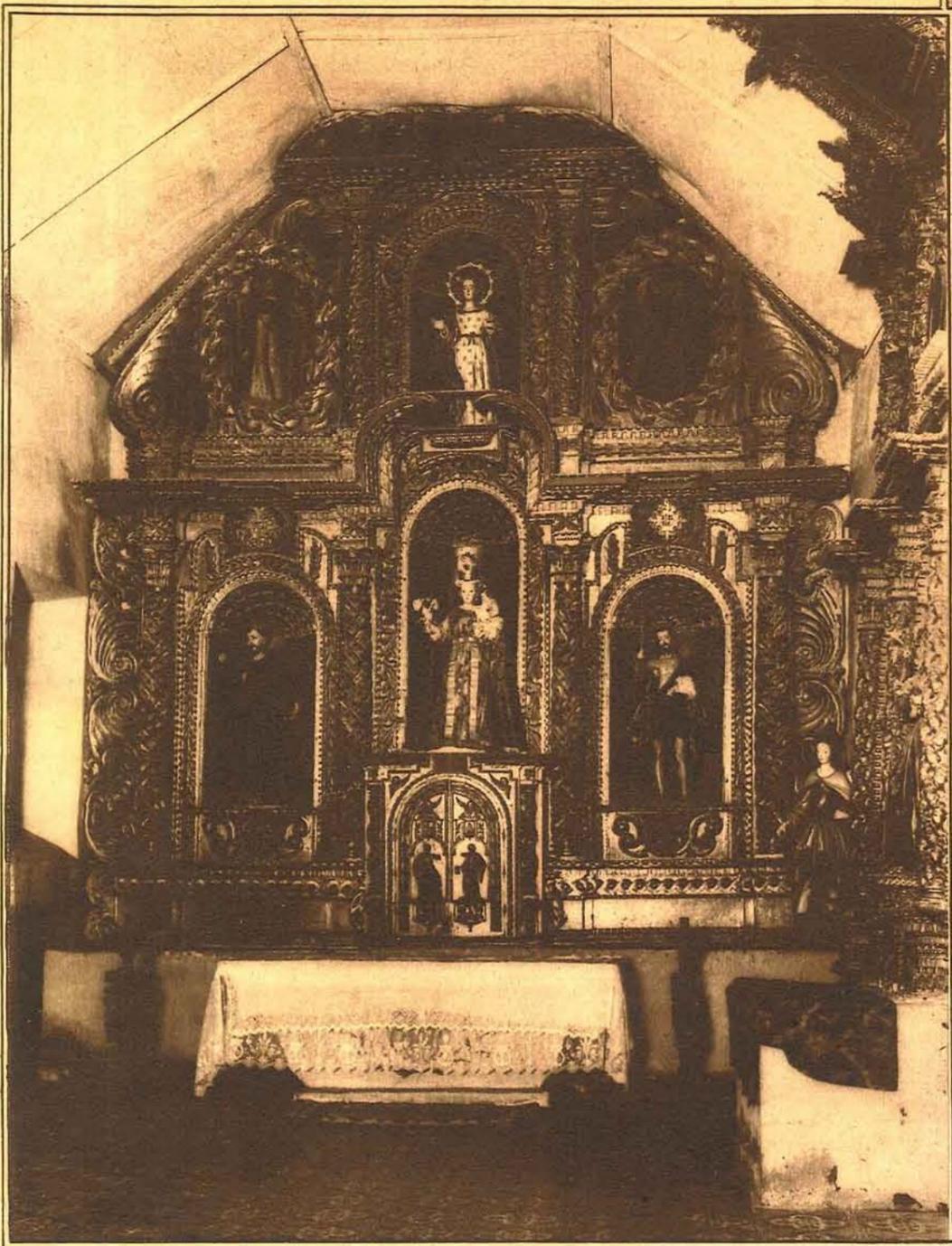
ARTHUR S. HAWTREY
Cerrito 665 Buenos Aires

Sírvase mandarme la guía de colores JANTZEN.

Nombre

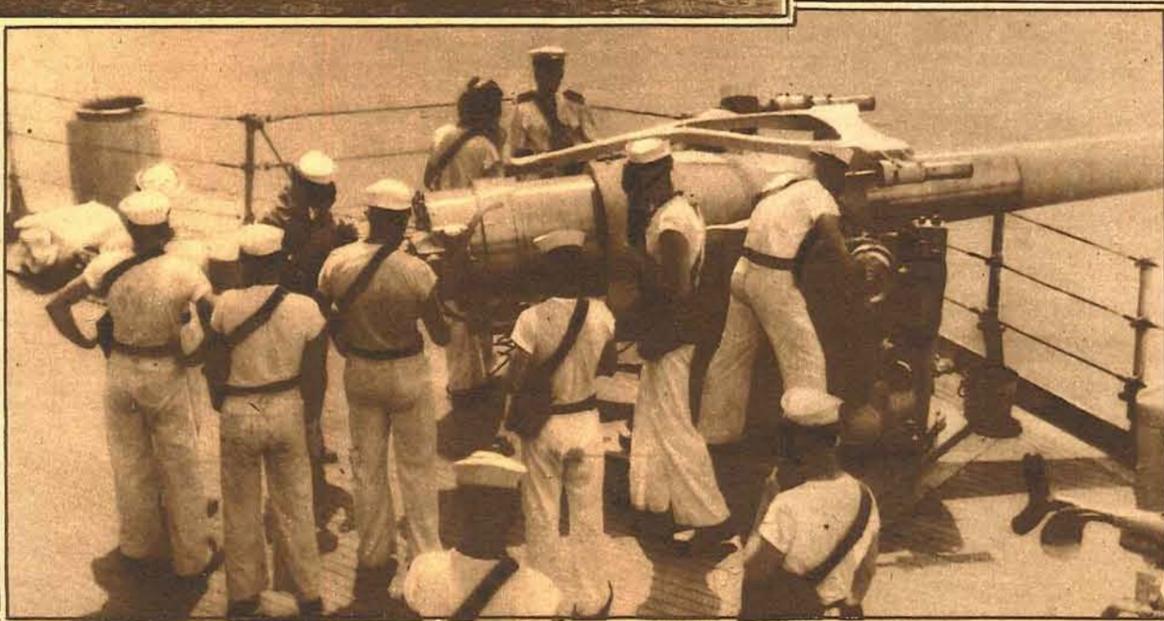
Dirección

004 LN 28/12/30



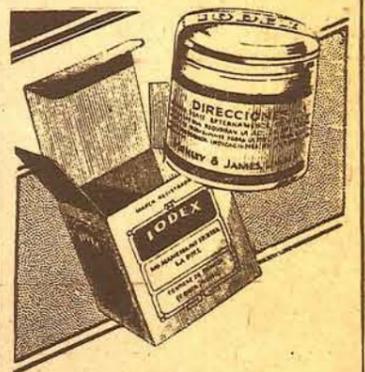
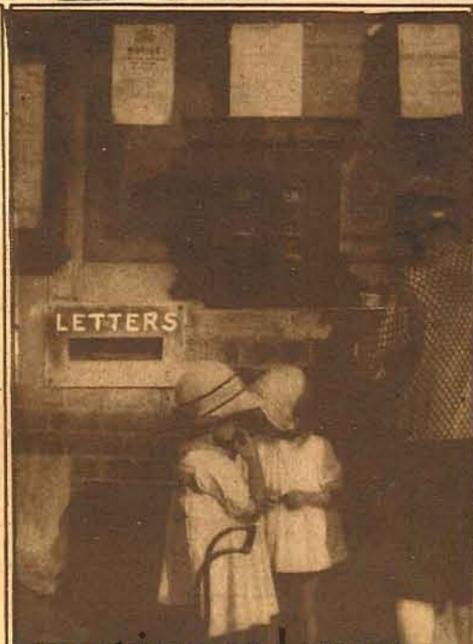
Retablo del altar central y altar lateral de la Iglesia de Yavi, Jujuy. De madera tallada a fuego y con incrustaciones, son joyas notables de gran mérito artístico y arquitectónico que datan del año 1690. El retablo, juntamente con el célebre púlpito de la Iglesia Matriz de Jujuy son las obras artísticas más valiosas de todo el norte argentino.

El peligro moderno de ataques aéreos con bombas de gases ha obligado a la marina norteamericana a dotar a las tripulaciones de los barcos de máscaras como las que usan las fuerzas de tierra.



Delegados hindúes, acompañados de un "policeman" salen de la Cámara de los Lores después de la conferencia británico-hindú.

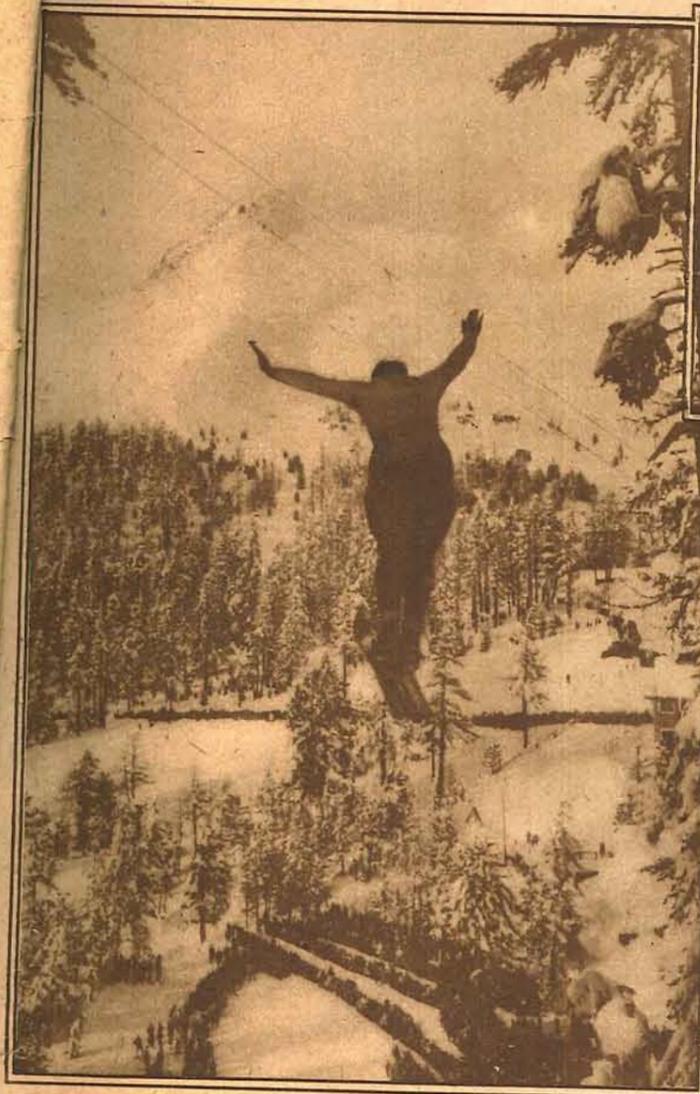
La Dirección General de Correos y Telégrafos ha llamado a licitación pública para la provisión de máquinas franqueadoras para ser colocadas oficialmente en los buzones de la repartición. La fotografía muestra una máquina de expendio de timbres, en uso en Gran Bretaña: se echa una moneda y luego, al levantarse la puerta de resguardo, un timbre sale lo suficiente para ser arrancado de la perforación.



Las Irritaciones de la Piel

... desaparecen gradualmente con el uso fiel de Iodex. Es magnífico para granos, barros, diviesos, picaduras de insectos, etc. Posee las virtudes del yodo, pero ni quema ni irrita la tez. Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

IODEX
MENLEY & JAMES, LTD.
70 West 40th St., Nueva York, E.U.A.



Notable salto en "skies" desde la famosa Cresta de Saint Moritz.



"Bob" de dos plazas en un arriesgado viraje, en Davos, Suiza.

"Palidecen las pecas; se alisa la indiscreta arruga" dice la eximia actriz doña Blanca Podestá

Su valioso secreto de Belleza y Juventud

"Aplicaciones constantes de la Crema de Oriente Vindobona, dice doña Blanca Podestá. La famosa actriz, que tanto brilla por su arte como por su lozana hermosura, ha revelado el secreto de su tocador, que es también el de muchas entre sus destacadas compañeras. Crema de Oriente Vindobona es todo cuanto Ud. necesita. "La edad no interesa", dice la gentil actriz, "Crema de Oriente Vindobona" resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña."

El tratamiento fácil y de resultados rápidos

Cualquier cutis — el cutis de usted, se renueva normalmente con sólo este tratamiento sencillo y agradable. Cuando Ud. va a reposar no descansa su rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber aplicado Crema de Oriente Vindobona. Con la ligera presión de los dedos penetra por la epidermis hasta las capas ocultas de la misma y allí "trabaja". Sí; realmente, hay bajo la superficie marchita de su piel un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que usted ostentará mañana. Allí la Crema de Oriente Vindobona estimula y allí disuelve las pecas y manchas cutáneas, refina los poros, alisa las arrugas y blanquea la piel. Usted podrá constatar los resultados ya a la mañana siguiente de la primera aplicación. Su espejo le confirmará que aparece una nueva belleza en su rostro, un cutis lozano, blanco, liso y suave, que estaba oculto detrás de la máscara que sobre él había formado la capa exterior marchita. Ese proceso de renovación, de verdadero embellecimiento es agradable. Nadie se dará cuenta de que usted sigue un tratamiento. Sana las grietas y paspaduras en seguida que se aplique, y protege la piel contra las inclemencias del tiempo.

Garantía Vindobona

Por si no bastara la opinión de miles de señoras bellas de Europa y América, los Laboratorios Vindobona garantizan ampliamente la bondad de los productos que ofrecen. Si a usted la Crema de Oriente Vindobona no le diera resultados satisfactorios, preséntese con sus boletas de compra, o si reside en el interior, escribanos y le devolveremos íntegro el dinero gastado.

Crema de Oriente Vindobona se vende en la Sucursal Argentina de los **LABORATORIOS VINDOBONA**

FLORIDA 8, PISO 1º (Venta atendida por señoritas)

EN MONTEVIDEO: Andes 1338, piso 2º

También se vende en las casas más prestigiosas del ramo, entre ellas:

Franco Inglesa Sarmiento y Florida	Gath y Chaves Casa Central y Suc.
Casa Argentina Scherrer Suipacha 171	Farm. Ferrini Florida 820
Farm. Scanapieco Esmeralda y Tucumán	Farmacia Canning Canning y Santa Fe
Farm. L'Aiglón Callao 200	Farmacia Chialvo Sarmiento y Talcahuano
Ciudad de México Florida y Sarmiento	Farmacia González Rivadavia 5400

BUENOS AIRES

Pedidos del interior se atienden en el día.

Folleto gratis. — Llame y remita el cupón.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O. 62
Florida 8 - Piso 1º - Buenos Aires.

Sírvanse enviarme gratis folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle

Ciudad

F. C.



"Admiran mi cutis blanco, terso, de impecable pureza. ¿El secreto? — Aplicaciones constantes de Crema de Oriente Vindobona. El cutis mejora, se libra de imperfecciones. Gradualmente palidecen las pecas, se alisa la indiscreta arruga... Crema de Oriente Vindobona, la crema de exquisito perfume, resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña. La edad no interesa."

Blanca Podestá

El "olor de la limpieza" en las axilas, manos y pies

En verano, por la excesiva transpiración del cuerpo — en particular el sudor en las axilas, — usted percibe de su piel olores desagradables. Usted puede y debe evitarlos. Esa negligencia en su higiene no tiene excusa. El uso de Nilidor en las axilas, manos y pies, suprime los olores porque anula el sudor excesivo, sudor anormal.

Se usa dondequiera se presente la transpiración. La corrige, la corta, evitando y no tapando los olores desagradables.

Nilidor es un líquido antiséptico y completamente inofensivo. Dos aplicaciones semanales son suficientes. No obstruye los poros. Mantiene seca la piel, de la cual sólo se percibe el más rico perfume, "el olor de la limpieza".

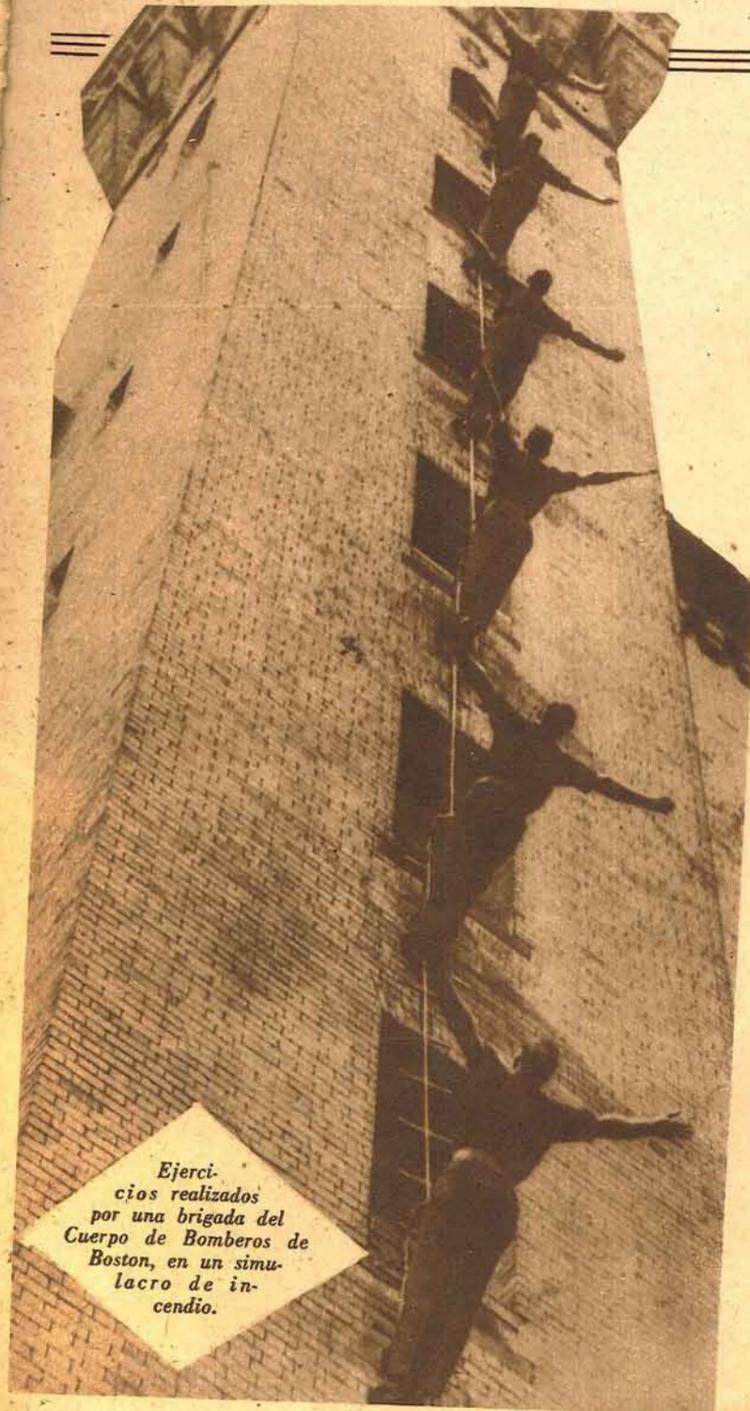
Nilidor protege sus ropas delicadas del daño que les causa el sudor.

Nilidor, el nuevo y más perfecto antisudoral, se vende — en frascos de abundante contenido — en todas las buenas farmacias, tiendas y perfumerías, entre ellas:

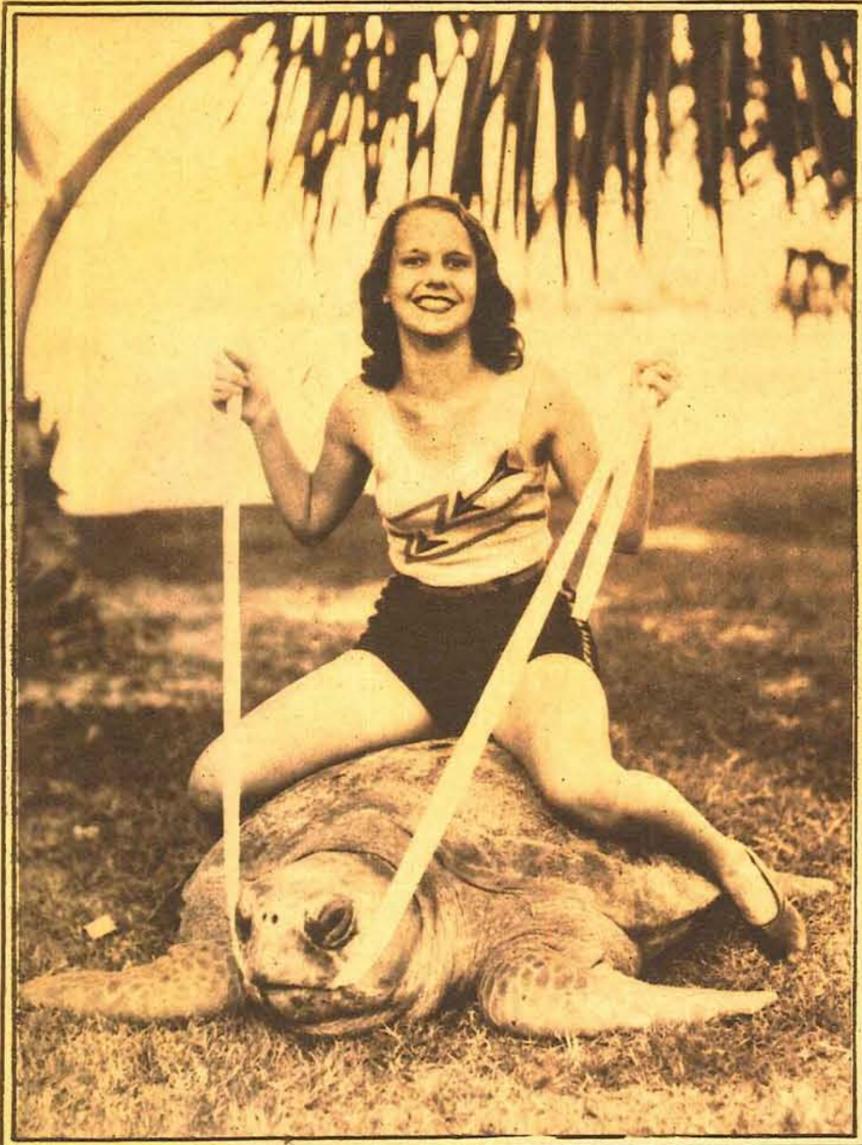
Franco Inglesa, Sarmiento y Florida; Gath & Chaves, Casa Central y Sucursales; Casa Argentina Scherrer, Suipacha 171; Farmacia Scanapieco, Esmeralda y Tucumán; Farmacia Chialvo, Sarmiento y Talcahuano; Farmacia L'Aiglón, Callao 200; Farmacia Gibson, Florida 281; Farmacia González, Rivadavia 5400; Ciudad de México, Florida y Sarmiento, y en la sucursal argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA 8, PISO 1º BUENOS AIRES

NILIDOR



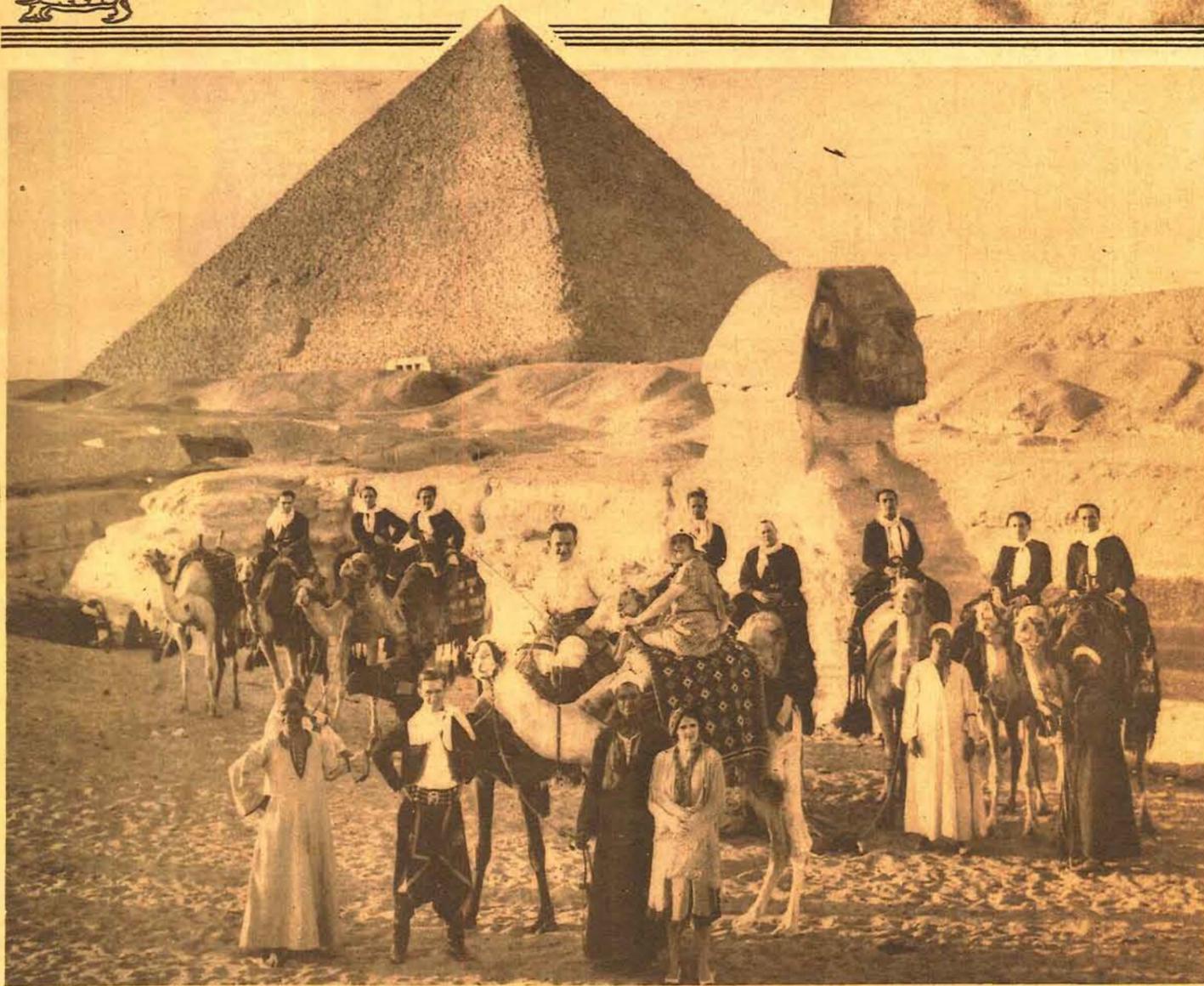
Ejercicios realizados por una brigada del Cuerpo de Bomberos de Boston, en un simulacro de incendio.



Una tortuga de 300 años de edad salió a dar un paseo por la playa de Miami, en Florida, y Dorothy Campbell aprovechó la oportunidad para sentir las emociones inherentes a la velocidad desarrollada por su "joven" cabalgadura.



Max McClure, de 16 años de edad, alumno de una escuela de Lawrence, muestra un choclo de 0.40 centímetros, que obtuvo el primer premio en un concurso organizado en esa ciudad. Este meritorio muchacho, con su cosecha de maíz del año 1927 ha costeado sus estudios hasta este año.



La orquesta argentina Eduardo Bianco que ha dado seis grandes conciertos en el Teatro Kursaal, del Cairo, al pie de la Esfinge.



EL AIRE, EL POLVO Y EL SOL conspiran por marchitar su cutis. Protéjalo usando Crema Hinds y note como se conserva blanco, terso y juvenil.

CREMA HINDS



Miss Rose Gale, Miss Dolores Eline y Miss Margie Essele, festejando con una original danza la inauguración de la pileta "Nueva Washington".



Susana Nora Ocampo, aplaudida cancionista nacional que actúa en nuestros escenarios y que ha tenido éxito en su presentación en "broadcastings".



La actriz francesa Germaine Auger paseando por Deauville sus magníficos perros de raza.



**El
más preciado
regalo
para ella?...**



Una caja, atada con una bonita cinta de alegres colores... y dentro, entre el papel de seda, unos pares de las famosas Medias Holeproof de Seda Pura Natural.

Pueden adquirirse en los nuevos estilos N°s 2245, 4443 y 2000, con las nuevas Cuchillas Caladas, en todas las buenas tiendas de la República.

Las legítimas, llevan la marca Holeproof impresa en cada par.

Medias Holeproof
Medias de rica Seda Natural



Torta Paradiso

(Consagrada el "broche" final, más digno y delicioso, de toda mesa en fiesta. En las clásicas reuniones familiares de estos días acompañe, así, el brindis de champagne con bocados de tan exquisita golosina)

Pídala a su proveedor

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO

TERRABUSI

Se vende en todo el país